ALCIBÍADES

La ambición del poder



Víctor M. Renero

Alcibíades lo tenía todo para convertirse en el personaje más famoso de la Grecia Clásica: nobleza, riqueza, astucia, belleza. Tutelado por Pericles y educado por Sócrates, su vida fue un constante camino en pos del poder y la gloria. Buscando siempre destacar en sus actividades públicas, mostrando una gran habilidad en el arte de venderse a un pueblo entregado, inmerso en un cúmulo de habladurías y escándalos, de su mente saldrían las grandes empresas de la Guerra del Peloponeso, en las que arrastraría a Atenas entera hasta su ruina. Guiado por una ambición sin límites y dotado de una asombrosa capacidad de adaptación, mantuvo a toda Grecia pendiente de él, de sus arriesgados juegos políticos y sus calculadas alianzas estratégicas. Su vida privada fue un incensante muestrario de anécdotas que nos desvelan su personalidad en un viaje por la Antigüedad, desde Atenas a Sicilia y de Esparta a Persia. Admirado y odiado por todos a un tiempo, fue víctima de la leyenda que él mismo contribuyó a forjar.



Víctor Manuel Renero Arribas nació en Madrid en 1968. Licenciado en Historia Antigua por la Universidad Autónoma de Madrid, se dedica pronto al estudio de la Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España, tema sobre el que ha escrito diversos artículos científicos: *Celtiberian studies and Spanish Celtic Historiography in the XIXth Century* (1995, en colaboración con Juan Renales), *Historiografía e Identidad Cultural: La recuperación de la Cantabria Antigua y su influencia en la sociedad montañesa* (s.XVIII-XIX) (1995). Desde 1994 es profesor de Enseñanza Secundaria.

Víctor M. Renero Arribas

ALCIBÍADES

La ambición del poder



Colección: EL LEGADO DE LA HISTORIA Nº 2

Dirección de Historia Antigua: Federico Lara Peinado
Dirección de Historia Media y Moderna: Manuel Peni Ríos

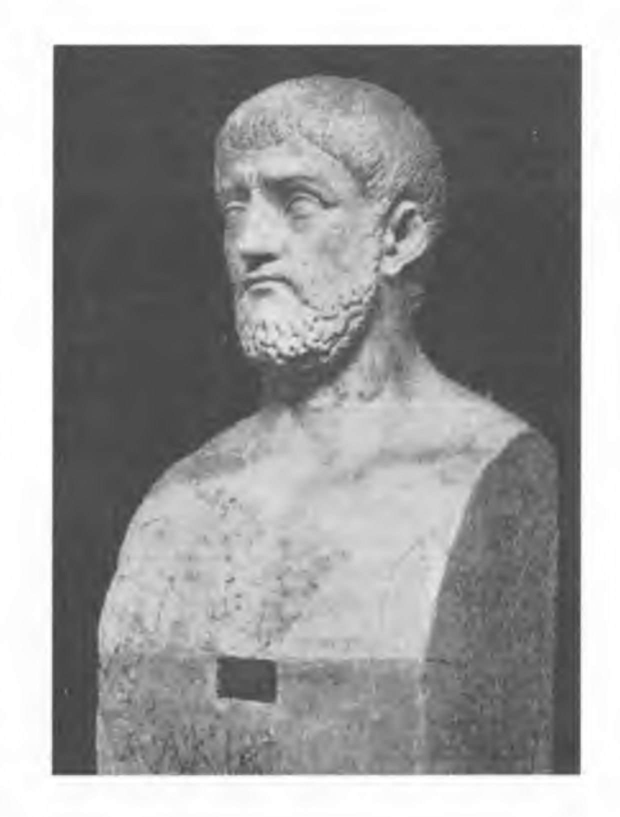
Luna, 28 - 28004 MADRID
Tel. (91) 532 94 09 - Fax (91) 532 56 82
I.S.B.N. 84-88676-33-6
Depósito legal: M-746-1998
Preimpresión: Antares
Fotomecánica: A'Resti
Imprime: Gráficas Marte
Encuadernación: Maenagraf
Portada: Efebo de Maratón (Museo Nacional de Atenas)

Impreso en España - Printed in Spain.





A mi esposa Ana Nájar Moreno,
quien en los momentos más difíciles
siempre supo animarme con su sonrisa.



Busto de Alcibíades.
(Museo Vaticano).

INTRODUCCIÓN

En ocasiones he meditado con gran admiración acerca de la maravillosa constitución de Alcibíades, quien con tanta facilidad podía adaptarse a diversas situaciones sin perjuicio para su salud; unas veces superando a los persas en pompa y lujo, otras a los espartanos en austeridad; tan reformado en Esparta, tan voluptuoso en Jonia.

Montaigne: *Ensayos*

La Grecia de mediados del siglo V a.C. que asiste al nacimiento de Alcibíades en Atenas, acaba de atravesar una de sus más duras pruebas. En tres ocasiones, en el 490 a.C. en Maratón, en el 480 a.C. en Salamina y al año siguiente en Platea, había logrado contener la invasión del poderoso imperio persa que se extendía desde la India hasta Asia Menor. La victoria había sido conseguida gracias al esfuerzo conjunto de todos los estados griegos, pero, a pesar de todo, subsistía la individualidad en cada uno de ellos. La Grecia del siglo V a.C. no formó nunca un Estado unido, ni tan siquiera una confederación de Estados. En todas las regiones griegas se levantaban orgullosas ciudades-estado que controlaban un extenso territorio en torno suyo y continuaban alimentando las rivalidades con los pueblos vecinos, tal y como las habían heredado de sus antepasados. Incluso cada ciudad se gobernaba de forma diferente, lle-

gándose a tres sistemas clásicos, después de numerosas tensiones entre los distintos estamentos sociales de las ciudades. La monarquía había prácticamente desaparecido del mundo griego y se mantenía solamente con poder efectivo en el norte, en Macedonia, región que a duras penas era considerada griega, o bien de forma anquilosada bajo una forma de control aristocrático como en Esparta; las ciudades se gobernaban por tiranos, aventureros políticos o demagogos que se hacían fácilmente con el poder apoyándose en la voluntad popular, regímenes oligárquicos, donde el control político residía en un pequeño número de ciudadanos de rango aristocrático, o bajo la democracia, donde el común de los ciudadanos, exclusivamente los nacidos en la ciudad de padre y madre de igual condición, participaban en las asambleas y eran elegidos para cualquiera de los cargos públicos. A consecuencia de las tensiones que se habían originado, durante las épocas de mayor inestabilidad política, numerosos ciudadanos habían sido desterrados y obligados a marchar en busca de mejores condiciones políticas o económicas. Estos desterrados fundaron prósperas colonias que siguieron manteniendo la tradicional rivalidad y los diferentes regímenes políticos de las metrópolis de las que procedían. Así, ya desde el siglo VI a.C., el mundo griego dejó de reducirse a la Grecia continental, extendiéndose por Oriente hasta los confines del Mar Negro y la costa de Asia Menor, región conocida como Jonia, y por Occidente en el sur de la península italiana y las islas de Sicilia y Cerdeña, la Magna Grecia, llegando hasta las costas del levante ibérico.

De entre las numerosas formas de gobierno dos destacaban especialmente, tanto por su fuerza militar y naval, que se habían puesto al servicio de Grecia entera, deteniendo al persa y elevando su prestigio, como por ser los líderes respectivos de dos sistemas políticos antagónicos: la oligarquía y la democracia.

La ciudad de Atenas, capital de la región de Ática, en el año del nacimiento de Alcibíades, 450 a.C., estaba en la cima de su prestigio, obtenido durante las guerras contra los persas y se había convertido, gracias a su poder militar y a su poderosa flota, en una potencia con una clara tendencia imperialista. Atenas se gobernaba por un sistema que ha dado en llamarse democracia, pero que, en sentido estricto, corresponde más bien al término Isonomía, es decir la base del régimen era la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. La soberanía popular residía en la asamblea, a

la que acudían todos los ciudadanos y de la cual salían elegidos los quinientos miembros del consejo que elaboraban las propuestas que serían luego discutidas y votadas en la asamblea. Entre los ciudadanos se elegían también los jueces, miembros del jurado y funcionarios, todos ellos cargos a sueldo del Estado. Sin embargo, el sistema ateniense estaba reservado exclusivamente a los hombres mayores de dieciocho años que gozaran de los derechos ciudadanos, conferidos al que demostraba haber nacido de padre y madre ateniense. En consecuencia, quedaban al margen de los asuntos políticos una gran masa de habitantes, formada por las mujeres, los extranjeros, fueran o no griegos, conocidos como metecos y los esclavos. De hecho, de una población total de medio millón de habitantes en toda el Ática, solamente cuarenta mil tenían derechos políticos y trescientos mil eran esclavos, formando el resto metecos, mujeres y niños, población libre pero sin poder de decisión sobre los asuntos del Estado.

Atenas se hallaba, en torno a la mitad de siglo, bajo el gobierno de Pericles, figura política de gran calibre que elevó a la ciudad hasta lo más alto de su poder, época en que florecieron los más insignes miembros del pensamiento y la literatura griegas, hombre que embelleció la ciudad auspiciando la construcción de los maravillosos ejemplos arquitectónicos que aún se conservan en la Acrópolis. Pero también fue el dirigente que orientó la ciudad hacia una política de clara tendencia expansionista, creando una alianza, la Liga de Delos, en la que obligaba a participar a las ciudades del norte de Grecia, Asia Menor y las islas, que contribuían, con cierta reticencia, mediante el pago de un impuesto del que se beneficiaba Atenas y a cambio del cual defendía a sus aliados del peligro persa gracias a su poderosa flota. Este sistema de control político sobre Grecia, diseñada por Pericles, acabaría arruinando a la ciudad.

La otra gran potencia griega era Esparta. Capital de la región de Laconia, situada al sur de la península del Peloponeso, su régimen político era en teoría una monarquía doble, diarquía, cuyo verdadero poder no residía en los reyes sino en el Consejo y especialmente en una serie de magistrados, los éforos, de extracción oligárquica, existiendo una asamblea que simplemente aprobaba las decisiones de los aristócratas. En Esparta el Estado controlaba todos los ámbitos de la vida del ciudadano desde el momento en que nacía, preocupándose, fundamentalmente, por conver-

tirle en un soldado al servicio de la ciudad con el objetivo de crear una estructura políticamente fuerte que garantizara su supervivencia. El número de ciudadanos espartanos era muy reducido y basaban su control sobre los pueblos vecinos, sometidos y esclavizados, en su disciplina y su probada experiencia militar. Esparta no parecía poseer, en un principio, ansias imperialistas tan altas como las atenienses, pero sí que mantenía el control efectivo sobre todos los pueblos del Peloponeso, a los que integraba en sus intereses mediante la creación de un sistema de alianzas.

Dos potencias, dos pueblos poderosos con objetivos encontrados no tardarían en olvidar su antiguo apoyo mutuo en defensa de Grecia contra el enemigo persa; el enfrentamiento definitivo entre ambas ciudades, por motivos políticos y azuzadas por el odio de sus aliadas, se plasmaría en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), el mayor y más terrible conflicto fratricida que vivió el mundo griego, y en el que los contendientes acabaron labrando su propia ruina.

Capítulo I

ALCIBÍADES EL ALCMEÓNIDA

En el mes de Targelión, junio del 407 a.C., se acercaba ya el fin de la primavera y del año civil en todo el Ática; los campesinos deberían terminar la recogida de la mies y en la ciudad prepararse las fiestas de las Plinterias en honor de Atenea. Atenas y su territorio mantendrían así su ritmo cotidiano. Pero nada era igual después de diecisiete años de guerra y con los enemigos ocupando las tierras de labor y a escasos veinte kilómetros de la ciudad. Atenas era un continuo hervidero de conjuras y rumores, fruto del histerismo colectivo a que estaban sometidos los ciudadanos, quienes, ese año, pedían con más fervor, si cabe, la intervención de Atenea, la diosa protectora de la ciudad.

Sin embargo, por aquellos días, algo más que un rumor circulaba por la ciudad. Se le esperaba desde hacía tanto tiempo que, cuando empezó a correr la voz de que navegaba hacia el puerto de El Pireo, la gente no podía aguardar el momento de verle desembarcar de nuevo. Pronto el rumor se convirtió en un hecho confirmado. Atenas entera se vació por completo, una riada humana descendió hasta los muelles, una masa en la que se mezclaban esclavos y ciudadanos, hombres y mujeres, ancianos y niños, llenos de una euforia incontenible. Allí, frente al mar, se agolpaban todos, los ancianos se abrían paso y los hombres elevaban a sus pequeños sobre sus hombros para que pudieran ver mejor. En el horizonte surgió la imagen de una inmensa flota con velas púrpura decorada con guirnaldas y escudos dorados que cegaban a la multitud, dejándola adivinar la riqueza de los tesoros obtenidos en el campo de batalla; dos-

cientas naves capturadas al enemigo presentaban sus espolones cortados, y en ellas imaginaban los atenienses, con regocijo, la humillación de los prisioneros. La multitud se agitaba y todos, esclavos y libres, rivalizaban por verle antes que nadie.

Aquella flota avanzaba veloz hacia el puerto, dispuesta a alcanzar el objetivo tantas veces anhelado, y a cada ola surcada los atenienses acompañaban ocultos deseos de gloria, libertad y victoria de la mano del que consideraban el más excelente de los hombres, el libertador de Atenas, que devolvería a la ciudad su perdido esplendor. Permanecieron en silencio, conscientes de vivir aquel momento que tanto habían deseado. Las naves atracaron suavemente, alzando al tiempo sus remos. Todas las miradas se dirigieron a un punto. Sobre la cubierta de la más espléndida trirreme se alzaba un hombre, de rostro joven y facciones amables, aún en su madurez.

Lentamente fue dejando caer su mirada sobre la masa expectante. Un momento de duda se cruzó en su rostro buscando la reacción de la multitud, hasta que reconoció a sus familiares, dispuestos a recibirle en primer lugar. Cuando se decidió a descender a tierra firme, los presentes estallaron en vítores y gritos de alegría, todos se arremolinaban en derredor suyo, todos querían tocar al noble hijo de Atenas; entre aclamaciones, música y una inusitada algarabía fue solemnemente conducido hasta la ciudad.

Alcibíades, el noble hijo de Clinias, el Alcmeónida, había regresado por fin y el pueblo celebraba su retorno. Aquel mismo pueblo que años atrás le acusara de traición, condenándolo a muerte y maldiciendo su nombre.

El retorno de su primer destierro, en el año 408 a.C., narrado por el historiador Diodoro Sículo, expresa con claridad la personalidad de Alcibíades, capaz de suscitar las más controvertidas opiniones. Amado y odiado al mismo tiempo, el hombre más famoso de su época, de quien, como dice su biógrafo Plutarco «se conocía hasta el nombre de su nodriza», supo utilizar sus cualidades para explotar las debilidades humanas en cada momento y según sus conveniencias. Toda su vida estuvo dirigida por la ambición, por ser más que nadie, por poseer valores por encima de lo material, el poder sobre sus semejantes, la inmortalidad que confiere la gloria.

Él definió este objetivo, con cierta arrogancia, en su célebre discurso ante la asamblea ateniense en los días difíciles de la expedición a Sicilia; su mayor deseo sería que la ciudad le recordara en el futuro y que las generaciones venideras tuvieran a gala pertenecer a su dinastía. Es lógico, por tanto, que su ambición desmedida le hiciera desear siempre algo más de lo que ya había logrado, inmerso en un constante ejercicio de superación personal y de demostración pública de sus cualidades. Se consideraba superior a todos los grandes hombres pasados o contemporáneos suyos. Incluso el filósofo Sócrates, su maestro, quizás el hombre que mejor comprendió su carácter, reconocía que Alcibíades no estaba dispuesto a vivir sin poder saturar a toda la humanidad con su nombre y poder.

Persiguiendo ese supremo fin, manejaba los hilos políticos a su antojo y era capaz de adaptarse a cada situación y sacar provecho de ella por muy adversa que fuera. Así, se decía de él que en Jonia era más lujurioso que los jonios, en Tebas más tebano que ellos mismos en los ejercicios gimnásticos, en Esparta rivalizaba con los espartanos en dureza física y austeridad y con los Tracios en beber vino. Sin embargo, no se trataba de una adaptación innata sino de permanecer siempre del lado de los más fuertes en los momentos más adversos, incluso convirtiéndose en uno de ellos si era necesario.

Su ambición era pareja a su arrogancia y superioridad sobre los demás. A pesar de presentarse como defensor de la democracia, no estaba dispuesto a reconocer su igualdad con el resto de los ciudadanos; ni siquiera que fuese tan sólo un poco superior. Este aspecto le convertía a sus ojos en un ser capaz de hacer lo que quisiera y cuando quisiera, burlarse de sus conciudadanos en todo momento y transgredir las normas de la convivencia ateniense. Extrañamente, el pueblo le adoraba y legiones de aduladores le seguían y le toleraban todo tipo de tropelías, siendo continuamente vejados y despreciados por él. No obstante este trato, sus admiradores no cejaban en su adulación. Despreciaba a los gobernantes y al pueblo, incluso, su arrogancia le llevaba a mofarse hasta de los mismos dioses y sus sagrados ritos y manifestaciones.

Se consideraba capaz, en su superioridad, de dar consejos a la ciudad y de discernir entre lo justo y lo injusto, entre el bien y el mal. Realmente, como afirmaba Sócrates: «He estado examinando como te comportabas con tus admiradores y me he dado cuenta de que, por numerosos

y orgullosos que fueran, ninguno de ellos se ha librado de verse superado por tu arrogancia». Fruto de este carácter era su osadía en todos los actos públicos y privados, que le granjeaban admiración por todas partes; osadía que no respondía sino a lo que Sócrates denominaba irónicamente "exaltación de espíritu" y que realmente demostraba una gran insensatez propia de quien creía poseer el justo juicio en cada momento. La ambición desmedida era su fuerza vital en todo instante; pero, sin duda, el aspecto de su carácter que de forma más negativa destacaban sus enemigos era su gusto por los placeres mundanos. Adúltero, ladrón de esposas ajenas, incestuoso, borracho empedernido, perpetrador de actos ilegales de violencia, son algunos de los epítetos más ligeros. Su encanto personal seducía a hombres y mujeres por igual; amado por multitud de mujeres casadas, tanto en Atenas como en Esparta, no dudaba en abandonarlas e irrumpir en los prostíbulos más famosos. Frecuentaba prostitutas de las que se hacía acompañar durante las campañas militares. No es extraño que los comediantes dijeran de él que no sólo era un hombre sino "el único hombre de todas las mujeres". Sus correrías eran conocidas en toda Atenas y sus adversarios políticos se abstenían en ocasiones de denunciar su actitud, por temor a encontrarse entre los engañados por Alcibíades.

Invitado estrella en todos los banquetes, acto social por excelencia en el mundo griego, incluso aunque el anfitrión no le hubiera tenido en cuenta, llegaba arropado por una multitud de aduladores embriagados, siendo siempre recibido con grandes muestras de alegría; animaba todas las fiestas y era el primero en rivalizar en bebida, comida y discursos. Era el ejemplo de la corrupción de la juventud, dispuesto a realizar actos ilegales e inmorales en cualquier momento por puro capricho, por burla, sin que le importaran los perjuicios que pudiera causar. No sólo se trataba de chiquillerías, como decían muchos atenienses, sino de verdaderos ataques a las instituciones básicas del Estado; nadie se libraba de ser humillado por él, sin importarle la riqueza o el prestigio personal; solamente hubo una persona objeto de su respeto: Sócrates.

Alcibíades era seductor por naturaleza, cautivaba con su encanto y belleza, y sus enamorados le seguían devotamente y se hacían partícipes de sus actos. Esto era lo que más irritaba a quienes le odiaban, el que su actitud fuera tomada como modelo por los jóvenes atenienses. La moli-

cie, la lujuria y el continuo halago de sus seguidores corrompían el espíritu virtuoso que sólo Sócrates pudo captar. Personalidad contradictoria, era capaz de dirigir un pueblo, superando los momentos más adversos, y hundirse en la corrupción mundana; su indiscutible papel en la Grecia de su época se debió no sólo a este carácter sino a todos los componentes que contribuyeron a forjarlo y que le impulsaron en su camino de ambición. Alcibíades lo tenía todo: belleza, talento, riqueza y nobleza.

Apenas conservamos retratos de Alcibíades; sólo copias romanas de obras helenísticas, donde se nos presenta un rostro de facciones amables y barba recortada. Sus contemporáneos alababan constantemente su belleza física, hasta el punto de ser conocido como "el bello Alcibíades". Su hermosura y su aspecto afable y encantador florecieron en todas las etapas de su vida, poseía una excelente constitución que combinaba sus rasgos mas refinados con un fuerte componente viril; él mismo explotaba este don de la belleza intemporal caminando con pose afectada, luciendo largo cabello, arrastrando suavemente el manto de color púrpura y el cuello ligeramente ladeado en un alarde de coquetería. Árbitro de la moda de su tiempo, solía llevar unos zapatos de un diseño especial, que, a partir de entonces, pasaron a denominarse con su nombre.

Su forma de hablar desvelaba una pequeña dislalia, pronunciaba la "l" por "r", que era objeto de mofa por los comediógrafos atenienses; esta particularidad, lejos de afearle, proporcionaba a su voz un atractivo que acentuaba sus dotes de persuasión. Su hermosura atraía grandes masas de enamorados, convirtiéndole en el hombre más bello de la Atenas de su tiempo y en el más deseado. Sabedor de su cualidad física, se servía de ella para seducir según sus intereses o para hacer sufrir sólo por el mero hecho de divertirse y tener motivo para ejercitar su arrogancia y superioridad.

Junto con su belleza, Alcibíades destacaba por su talento innato. Él mismo lo consideraba así, cuando afirmaba ante Sócrates que no necesitaba instruirse ni ejercitarse, puesto que sus cualidades de nacimiento ya le situaban por encima de los atenienses. Conocedor de las debilidades populares, expresaba lo que el pueblo quería escuchar, ocultando sus verdaderas intenciones; de esta forma, siempre tenía en cuenta sus intereses presentes sin pensar en las consecuencias futuras de su discurso.

Al encanto de su voz unía unas dotes oratorias que le mostraban hábil en el uso de la palabra, con una asombrosa capacidad para encontrar

lo que convenía en cada circunstancia, aunque en ocasiones vacilaba o se quedaba callado en medio del discurso, buscando las palabras y expresiones apropiadas para cada situación.

Talento, virtud y hermosura no hubieran dado el impulso necesario a Alcibíades en su camino hacia la ambición. Su éxito radicaba, indudablemente, en el entorno familiar que le protegió y le abrió las puertas necesarias para el triunfo. Alcibíades pertenecía a una familia de rancio abolengo. Por parte paterna descendía de los Eupátridas, el exclusivo grupo de familias nobles cuyos antepasados se remontaban a los tiempos míticos; uno de sus antepasados fue Clístenes, el gran reformador de la democracia ateniense. Por parte materna el esplendor de sus orígenes no era menor, puesto que pertenecía a la noble y reputada familia ateniense de los Alcmeónidas, descendientes de Alcmeón, el primer ateniense que triunfó en los Juegos de Olimpia y cuyos orígenes se remontaban a Néstor, rey de Pilos, uno de los miembros de la expedición griega contra Troya, que aparece en la *Ilíada* de Homero; entre sus parientes se encontraba el mismísimo Pericles, primo hermano de su madre, el gran estadista que impulsó el esplendor ateniense a mediados del siglo V a.C., hasta convertir a la ciudad en la primera potencia de Grecia, respetada incluso por el Imperio Persa.

Este entorno le facilitó tempranamente su entrada en el mundo político y le hizo comprender los elementos clave necesarios para la adquisición del poder y la gloria. Sus antepasados ya habían participado en el gobierno de la ciudad luchando contra los antiguos tiranos, siendo parte activa en la fundación del sistema democrático, aunque en ciertos momentos de su vida Alcibíades intentara ocultarlo. Algunos de sus ancestros padecieron ostracismo, el mecanismo de control político ateniense consistente en el destierro votado por la asamblea popular; símbolo de ignominia política y ciudadana, los adversarios de Alcibíades invocaban constantemente el ostracismo de sus antepasados como prueba del carácter hereditario de su degeneración moral y política.

Pero la importancia de su familia no se reducía a la nobleza de sus orígenes o al renombre de sus antepasados dentro de Atenas. La influencia de su clan se extendía también en otras ciudades; la rama paterna tenía amplios contactos con otros grupos aristocráticos de Grecia, especialmente con algunas importantes familias espartanas. Este tipo de

relaciones entre grupos políticos dominantes, incluso de ciudades rivales, era muy común en la Grecia clásica. Se establecían lazos de amistad entre las aristocracias, vínculos conocidos como "proxenia", con el objeto de representar y defender los intereses de sus miembros en la ciudad rival. Así, el abuelo de Alcibíades había representado los intereses de algunas familias importantes de Esparta ante Atenas, e incluso Alcibíades había recibido su nombre en honor de uno de los miembros de la aristocracia espartana con quien su familia mantenía vínculos de amistad. Aunque su abuelo había renunciado a esta proxenia durante una época de aversión ateniense hacia todo lo espartano, Alcibíades intentó renovarla, recordando a los espartanos las estrechas relaciones mantenidas por sus antepasados con la aristocracia de Esparta, recibiendo la hospitalidad estipulada en virtud de estos pactos.

Procediendo de tan nobles orígenes, siendo miembro de las familias predilectas de Atenas, Alcibíades gozó de todos los medios económicos necesarios para encumbrarse. Eupátridas y Alcmeónidas gozaban de las mayores riquezas del Ática, bien por medio del comercio o de la posesión de innumerables tierras de labor. Su familia paterna ya había participado en diversos combates aportando y equipando sus propias naves, algo reservado exclusivamente a las familias más ricas de Atenas, y él mismo continuó esta tradición aportando a la flota ateniense trirremes, naves de tres filas de remos, de su propiedad. De los Alcmeónidas, la rama materna, se contaba que estando exiliados en Delfos habían financiado la reconstrucción del santuario del dios Apolo. Por otro lado, Alcibíades, gran amante de las carreras de carros poseía una de las cuadras más renombradas de Grecia, participando con gran éxito en los certámenes olímpicos. Con todo, no escatimaba en el disfrute de su fortuna, puesto que tenía una extraordinaria tendencia a la prodigalidad; gastaba grandes sumas en donaciones y costosísimos caprichos muy por encima de sus posibilidades financieras.

No era, sin embargo, la riqueza material el motivo por el que más se enorgullecía. Su verdadero interés estribaba en destacar por sus propias cualidades y que el pueblo le adulara por ello y no por su importancia económica. Anécdotas que reflejan este aspecto circulaban por Atenas dentro del conjunto de rumores y hazañas que corrían entre los atenienses acerca de su persona; en cierta ocasión compró un perro de gran belleza, pero,

sobre todo, de un valor económico tal que toda Atenas se hacía lenguas del animal. Poco después Alcibíades le cortó el rabo y cuando sus allegados le reprocharon tal acto y le informaron que los ciudadanos criticaban negativamente esta actitud, él respondió que era mejor que hablaran de él por tal hecho y así no lo harían por otras cosas. No quería que se le nombrase por su riqueza, sino que se hablase de él por sí mismo, por su talento y sus extravagancias, estando siempre en boca de todos.

Gracias a este importante apoyo financiero, pudo iniciar su labor política contribuyendo al mantenimiento de las actividades públicas más importantes de Atenas. También se valió de su patrimonio para comprar voluntades y reunir una ingente masa de servidores dispuestos a secundarle en todas sus empresas. Al final de sus días, junto con la herencia familiar, había logrado amasar una importante fortuna personal, fruto de los botines arrebatados al enemigo en sus triunfos militares y, seguramente, a las no menos importantes riquezas proporcionadas por el Imperio Persa. Sus enemigos incluso le llegaron a acusar de enriquecerse durante su etapa como miembro de la dirección política de la ciudad, a costa del bien público, entendiendo que consideraba los bienes de Atenas como de uso privado. Los atenienses le mantuvieron con gran dispendio durante el tiempo que fue estratego, es decir, jefe del ejército, considerando que alguien que contenía de tal manera a los espartanos, salvando a la ciudad, debería recibir el doble de dinero; por ello se estimaba que la fortuna de Alcibíades debía de ser incalculable. Sin embargo, al morir, el recuento de sus bienes, conservado en una estela de piedra, arrojaba un balance exiguo, estimando algunos que la fortuna que dejó a sus hijos era menor que la que él recibió de sus tutores.

Talento, belleza, riqueza y nobleza contribuyeron a formar una singular personalidad que marcó toda una época a finales del s. V. a.C. El más excelente de los hombres, el mejor orador, un líder nato. «Un canalla», según dice el orador Lisias, «si le hubierais ejecutado a la edad en que le cogísteis por primera vez delinquiendo contra nosotros, no se hubieran abatido tantas desgracias sobre la ciudad».

Capítulo II

EL NIÑO MIMADO DE ATENAS

Alcibíades, del demo, es decir del distrito, de Escambónidas, nació en Atenas hacia el 450 a.C.. Hijo del eupátrida Clinias y de Dinómaca, miembro de la familia alcmeónida y prima hermana de Pericles. A los cuatro años quedó huérfano tras la muerte de su padre en combate naval, en la batalla de Coronea; la costumbre estipulaba que la tutela sobre el menor debía recaer en la rama paterna, pero fue Pericles, pariente por parte de madre, y su hermano Arifrón, quienes se hicieron cargo de Alcibíades y su hermano Clinias. Las razones de esta ruptura con la norma tradicional tenía que ver seguramente con la gran amistad que unió siempre a Pericles con el padre de Alcibíades. Ambos tutores, pues, se dedicaron a la labor formativa de los huérfanos, tarea que se reveló difícil en el caso de Clinias, de quién Alcibíades mismo decía que estaba loco, siendo de la misma opinión Arifrón.

Alcibíades, como todos los niños atenienses, comenzó su educación en la escuela, donde acudía acompañado de un pedagogo, un esclavo encargado de cuidarle durante su estancia en el recinto escolar. Pronto empezó a mostrar su carácter soberbio y altanero. Sócrates le observaba frecuentemente en sus juegos con sus compañeros, donde ya parecía saber discernir entre lo justo y lo injusto y se permitía decir con plena seguridad quien de ellos actuaba de forma injusta y con engaños. En cierta ocasión, estando en la calle jugando con sus compañeros a las tabas, uno de los juegos infantiles más populares de Atenas, rogó a un yuntero que no pasara con su carro porque había caído su taba en medio de la

calzada; ante la burla del individuo y su intención de continuar su camino, el niño Alcibíades se arrojó ante la yunta exhortándole a que pasara sobre él si quería; el yuntero, al ver esto, retrocedió, mientras los compañeros de juego y la gente próxima, tras unos momentos de estupor, corrían gritando hacia el niño.

Pronto, pues, comenzaba a aflorar la fuerza de su convencimiento en su capacidad superior y de ello dará sobrados ejemplos en cada etapa de su formación ciudadana; ejemplos que pasarán a formar parte de la leyenda de Alcibíades que empezaba a forjarse en la ciudad.

Como era costumbre en Atenas, los niños comenzaban su formación a partir de los cinco años y se consideraba terminada sobre los dieciocho, aunque la educación completa sólo era recibida por los hijos de familias nobles, y los más humildes abandonaban sus estudios sabiendo únicamente leer y escribir y teniendo unos conocimientos básicos de los grandes autores griegos.

La enseñanza ateniense estaba exclusivamente en manos privadas y el Estado tan sólo velaba por su calidad moral. Los padres pagaban al profesor por sus clases y los niños acudían a casa de éste. Atenas solamente subvencionaba a los huérfanos de caídos en combate, y, aunque este era el caso de Alcibíades, su alto rango social y sobrado patrimonio eran más que suficientes para financiar su adecuada formación.

No hacía falta ninguna preparación ni título especial para ejercer la enseñanza. Se consideraba que cualquiera que supiera leer y escribir, y mantuviera una conducta virtuosa y recta, podía asumir la función docente. Así, había profesionales con mejores y peores aptitudes, pero todos ellos cobraban una cantidad muy exigua por su labor, lo que les obligaba a llevar una vida en condiciones muy precarias. La figura del docente era objeto de burla en las obras de teatro griegas, caracterizado como poco más que un mendigo y haciendo gala de su ignorancia.

A los cinco años, Alcibíades acudía a casa del gramático, primera fase de la educación de todo ateniense. Le acompañaba su pedagogo, un esclavo tracio del que conocemos su nombre, Zópiro, y a quien Pericles confió su educación. Este esclavo, además, era quien le llevaba el material escolar y permanecía con él durante la clase, escuchando la explicación del profesor y recitándole la lección más tarde, ya en su casa. En la casa del gramático aprendió a leer y a escribir siguiendo un rígido méto-

do que partía de lo más sencillo a lo más complejo, comenzando por el aprendizaje del alfabeto, formando sílabas y ejercitándose con palabras de raro uso y difícil pronunciación. Se aplicaba en la lectura de los grandes poetas, aprendiendo sus versos de memoria y recitándolos ante el profesor. De entre los escritores antiguos, Homero era el más preciado, puesto que sus obras contenían todo lo que el ateniense podía necesitar en su vida como ciudadano; lecciones sobre moral y política, enseñanzas sobre la asunción de los deberes del ciudadano y el respeto a los dioses. Igualmente aprendió a escribir sobre tablillas de madera cubiertas de cera con ayuda de un cálamo. Siempre, siguiendo el mismo sistema de aprendizaje, primero observaba al maestro y después practicaba sobre la tablilla hasta coger la soltura necesaria para pasar al papiro y la tinta. Alcibíades aprendió, igualmente, las reglas básicas de la aritmética griega siguiendo un sencillo sistema de cómputo digital; los contenidos se reducían exclusivamente a las cuatro reglas básicas que permitieran desenvolverse al futuro ciudadano. Es fácil entender que el método de enseñanza ateniense requería grandes esfuerzos por parte del alumno y, por tanto, un aprendizaje muy lento; de modo que los jóvenes atenienses empleaban varios años antes de alcanzar un cierto dominio de la comprensión lectora y la escritura.

Nunca debió sentir un gran amor por esta fase de su formación. Seguramente no sentía ningún respeto hacia sus profesores, a quienes consideraba personas de condición miserable que no podían enseñarle nada que él, por su talento innato, no supiera ya. De este desprecio hacia los maestros son significativas dos anécdotas de su época de juventud. Se contaba que, en cierta ocasión, mientras paseaba, se llegó hasta la casa de un maestro al que pidió una obra de Homero. Como el docente no dispusiera de ninguna, Alcibíades le abofeteó sin miramientos; sabedor de ésto, otro maestro se le acercó ofreciéndole, gustosamente, una obra de Homero corregida por él mismo, ante lo cual Alcibíades le increpó reprochándole que sabiendo corregir al mismísimo Homero se limitara a enseñar a leer en vez de instruir a los jóvenes. No cabe duda que su experiencia con los gramáticos no debió dejar huella en su carácter.

A partir de los diez años, Alcibíades continuó su formación educativa recibiendo, como era costumbre, la instrucción musical en casa del citarista, es decir el tañedor de cítara o lira, instrumento de siete o nueve

cuerdas que constaba de una caja de resonancia recubierta de piel. El dominio del arte de las Musas era signo de un hombre intelectualmente cultivado; su desconocimiento suponía un lastre importante en la formación del ciudadano. La música griega era monódica, de un solo tono, y muy estructurada en torno a las tradiciones de los antepasados. Su función equivalía al mantenimiento del orden social establecido y la transmisión de conocimientos musicales era incompatible con la innovación, es decir con la renovación del legado cultural.

Alcibíades se entregó a los secretos de la cítara, cuya invención se atribuía al dios Hermes, y de la flauta doble, "el aulos", instrumento de doble tubo de caña con lengüetas que permitían el sonido vibratorio. El aprendizaje se realizaba mediante la observación inicial del maestro, tanto en su forma de tocar como de cantar, siguiendo las rígidas normas que establecían la disposición corporal del músico; posteriormente el alumno se iniciaba por sí mismo aprendiendo de oído las canciones tradicionales, ya que no existía aún la escritura musical. Al mismo tiempo se iniciaba en el canto individual y coral mediante la entonación, de forma respetuosa, de las letras de los antiguos poetas líricos, que luego tendría ocasión de demostrar en los grandes certámenes festivos, en los que competían coros de todos los demos de Atenas. Tampoco Alcibíades dejó escapar la oportunidad de hacerse notar en esta etapa de su vida. Fiel a su estilo, que no le abandonaría jamás, no tardó en demostrar el poco respeto que sentía por las tradiciones atenienses. Pronto destacó como un gran virtuoso en el arte de la cítara, actividad que consideraba que no dañaba en nada la figura de un hombre libre; pero, igualmente, comenzó a despreciar el uso de la flauta doble, estimando que su uso era propio de personas viles e indignas. Argumentaba que al tocador de flauta se le deformaba el rostro de modo grotesco, hasta el punto de que ni siquiera sus familiares podían reconocerlo; además, decía, sus propias características suponían un bozal y una mordaza que privaba del noble uso de la voz y de la palabra, algo que no sucedía con la cítara, a la que se acompañaba con la recitación de hermosos poemas. Seguramente, Alcibíades pensaba en el aparatoso sistema que utilizaban los tañedores profesionales para sostener la flauta, consistente en tiras de cuero sujetas a la cabeza.

Por otro lado, Alcibíades señalaba el origen tebano del instrumento, por tanto extraño y odioso, pues Tebas y Atenas mantenían una gran



Palestra, en el santuario de Olimpia
(Foto: V. M. Renero)

enemistad desde antaño: «Que toquen, pues, la flauta los hijos de los tebanos, pues ellos no saben conversar», decía. Como ejemplo de la inexistencia de tradición ateniense de este instrumento, se remontaba a la mitología olímpica, señalando que Atenea, la fundadora de la ciudad, había arrojado lejos la flauta al ver reflejado su rostro deformado en el agua, y que Apolo, fundador de la estirpe ateniense, y gran amante de la cítara, había derrotado y desollado al fauno Marsías, inventor de la flauta doble. Tanta comenzaba a ser su fama y tal su poder de seducción en la ciudad, que su ejemplo fue seguido por los demás jóvenes y el uso de la flauta doble fue poco a poco arrinconado hasta considerarse un ultraje su uso por parte de un hombre libre. De hecho, a partir de entonces, el uso de la flauta doble quedó reservado a las cortesanas, que amenizaban los banquetes atenienses.

A partir de los doce años, Alcibíades inició la última fase de su educación. A esa edad, como el resto de niños de familias nobles que completaban su proceso formativo hasta la mayoría de edad, Alcibíades comenzó a acudir a la Palestra, un gimnasio consistente en un amplio terreno deportivo al aire libre delimitado por muros y que contaba con una serie de alas dedicadas a vestuarios y salas de baños. Allí aprendió a ejercitar y desarrollar su cuerpo tras haber completado su formación intelectual básica.

Como todos los jóvenes, Alcibíades practicaba completamente desnudo. Previamente al ejercicio se lavaba en una fuente y se untaba el cuerpo con aceite, extendiendo después una capa de arena para proteger el cuerpo de las condiciones climáticas. Tras realizar el ejercicio se ayudaba de una espátula para quitarse la mezcla de aceite, arena y sudor, volviendo a lavarse.

Alcibíades se ejercitaba, bajo la severa guía del maestro, en las disciplinas del pentatlón griego: lucha, carrera, salto, disco y jabalina. Sabemos que los miembros de familias importantes practicaban también la hípica, un deporte de prestigio aristocrático; es posible que Alcibíades desarrollara en esta etapa su gran pasión deportiva, las carreras de carros.

La lucha consistía en el enfrentamiento por parejas, elegidas por sorteo. Previamente, los luchadores adaptaban el terreno picando la tierra y extendiendo arena, para, posteriormente, iniciar el combate. Ambos participantes se colocaban enfrentados con la cabeza agachada y los brazos extendidos, con la intención de agarrarse al cuerpo del contrario y tumbarle. Existían una serie de posiciones adecuadas a cada momento del

combate, pero Alcibíades introducía otras con tal de lograr lo que para él se conformaba como su supremo objetivo: triunfar, quedar siempre por encima de los demás a cualquier precio. En cierta ocasión, estando a punto de caer al suelo y por tanto ser derrotado, comenzó a morder los brazos del rival. Éste le increpó, diciéndole : «Muerdes, Alcibíades, como las mujeres», «No –replicó él– como los leones». Tal era su poco respeto, incluso por las normas del deporte. Era capaz de triunfar a toda costa, haciendo dudar a cualquiera de sus propios razonamientos por muy justos que fueran. Alcibíades convertía la treta y el engaño en monumentos a la virtud y al valor. Algunos de sus enemigos relataron que durante su formación gimnástica mató a palos a un servidor en la palestra; sin embargo, ni el mismo Plutarco cree que esto fuera cierto y lo achaca a las inquinas que se granjeó durante toda su vida. Es posible que así sea, una actitud tal no cuadra en el carácter sibilino e interesado de Alcibíades, capaz de hacer daño sólo por divertirse, pero no hasta el extremo de causar la muerte. Para él, seguramente, no tendría sentido la humillación si la víctima estuviera muerta.

Como vemos, Alcibíades ya empezó a hacerse notar durante su niñez. Sus constantes ataques al sistema tradicional ateniense eran de tal audacia que provocaban la admiración de los ciudadanos, los más jóvenes de los cuales le tenían como ejemplo y le secundaban en todas sus acciones. Incluso Pericles hubo de apartar a Alcibíades de su hermano, temiendo que éste se corrompiera con su ejemplo.

La etapa previa a la condición de la mayoría de edad, conocida como efebía, no sólo suponía el alcance del grado final de formación intelectual del ciudadano, sino también la adquisición de los valores morales proporcionados por los adultos, quienes se dejaban ver ahora por las cercanías de las palestras o en los lugares de reunión de los jóvenes, atraídos por sus hermosos cuerpos.

La pederastia es uno de los aspectos más controvertidos de la civilización griega. Generalmente se la ha intentado estudiar como una costumbre importada del mundo bárbaro, o bien se la ha tenido como un valor supremo de la tolerancia y el respeto individual inherente a la cultura griega. Sin embargo, entre todos los mitos sobre este asunto, hay que indicar que en la antigua Grecia el concepto de pederastia no era comparable al moderno de homosexualidad; la homosexualidad mili-

tante, como la conocemos hoy en día, no existía. La pederastia tenía un carácter iniciático; en la isla de Creta, la tradición establecía que grupos de adultos secuestraran a adolescentes, a los que se llevaban fuera de la ciudad amándolos durante dos meses; al cabo de ese tiempo el amante regalaba al amado un equipo militar completo. En Esparta los niños de doce años eran confiados a amantes escogidos entre los mejores adultos, para que les enseñaran a ser verdaderos espartanos. Poseemos inscripciones en algunos templos que hablan de prácticas sodomitas vinculadas a divinidades protectoras de la infancia y primera juventud.

En Atenas era algo socialmente aceptado, dentro de unos ciertos límites, pero desde luego no era unánimente compartido. Conocemos leyes atenienses que prohibían la entrada de adultos libres, junto con esclavos y extranjeros, en las escuelas, para observar los ejercicios gimnásticos de los jóvenes en la palestra. Estas leyes también se centraban en un determinado grupo, los llamados *neaniskoi*, es decir los jóvenes entre veinte y veinticinco años, a los que se prohibía la seducción de sus compañeros de menor edad; tal norma tenía su explicación en la idea de que los jóvenes veinteañeros aún se mantenían entre el ardor y la cordura y tal ambivalencia no sería el mejor ejemplo para transmitir a los futuros ciudadanos. Igualmente sabemos que maestros y profesores de gimnasio se aprovechaban, en ocasiones, de sus pupilos, y por tanto la legislación ateniense no permitía la permanencia de los alumnos en los recintos educativos entre la puesta del sol y el amanecer. Con todo, las sanciones a estas normas se centraban en la privación de los derechos ciudadanos y el rechazo social. Económicamente sólo se sancionaba el uso de la fuerza en la relación o la prostitución.

La pederastia era el último paso en la formación del futuro ciudadano. Por extraño que parezca, esta costumbre tenía por objeto la transmisión de los valores cívicos y morales al joven griego. Lógicamente, nadie mejor que otro ciudadano, adulto y libre, para formarle. Por tanto, la relación pederasta se entendía dentro de una enseñanza espiritual e intelectual de los deberes y actitudes a los que se enfrentaría el futuro ciudadano. Las propias características de la sociedad ateniense favorecían esta costumbre, por ser una sociedad donde el elemento predominante era el masculino, negándose todo tipo de derechos a las mujeres, quienes permanecían toda su vida encerradas en el gineceo, el ala de la casa reserva-



Relieve que representa una escena de lucha en la palestra
(Museo Nacional de Atenas)

da a ellas, sin poder participar en la vida pública. Pero este predominio masculino es sólo un elemento más que puede explicar la pederastia griega, aunque no el más importante.

La relación amorosa entre jóvenes y adultos estaba sometida a un código no escrito que regulaba todos los aspectos relativos a las distintas fases de la relación. La tradición distinguía, claramente, entre el amor vulgar, meramente físico y lascivo, y el amor "celeste", el amor a chicos impúberes pero con capacidad de raciocinio y a los que nunca se abandonaría por un mero deseo por otro. La edad ideal para la práctica de la pederastia se cifraba entre los trece y los dieciocho años, considerándose como un acto de "violencia sexual" el seducir a niños por debajo de la edad inferior con el consiguiente rechazo social. Igual que había una preferencia de edades, siendo la edad ideal entre los dieciséis y diecisiete años, también existían unas determinadas inclinaciones estéticas; así, los efebos solían ser clasificados por sus amados entre "culos largos", por su excesivo uso, y "culos estrechos", vírgenes; o, entre "culos blancos", con cierta palidez afeminada muy apreciada, y "culos negros", de una rudeza desagradable.

La pederastia no incluía el intercambio de papeles en la relación física, como podemos entender en la homosexualidad moderna. El joven siempre adoptaba la actitud pasiva en la relación hasta su mayoría de edad. Con la aparición del vello corporal, tenido por antiestético y símbolo de la pérdida de atractivo, el muchacho adoptaba un papel activo en sus futuras relaciones. En una ocasión Sócrates fue reprochado, con ironía, por un amigo al desear a un Alcibíades ya barbudo, a lo que el filósofo contestó diciendo que para Homero el joven era más seductor cuando apuntaba la barba.

Con todo, a veces este tipo de relaciones continuaban tras la mayoría de edad; esto era algo muy criticado por la sociedad ateniense. Frecuente objeto de sátira era el adulto libre que seguía manteniendo una actitud pasiva, como si aún fuera un joven efebo, convirtiéndose su situación en un elemento burlesco muy presente en las comedias áticas. El matrimonio no suponía nunca el fin de tales prácticas y a ningún ciudadano se le ocurría acusar de infidelidad a quien mantuviera relaciones extraconyugales, ya que en la antigua Grecia el concepto de fidelidad obligaba únicamente a la esposa y no al marido.

Alcibíades tampoco escapó al cortejo de los adultos atraídos por su belleza. Pronto aprendió a sacar partido de esta situación en provecho propio y a servirse de su orgullo y soberbia, para humillar y castigar a quienes buscaban compartir su amor y su cuerpo. Siendo aún un niño, su actitud empezó a crear serios problemas a sus tutores, al fugarse con uno de los hombres de peor fama de Atenas, tenido por vil y lujurioso; ante tal hecho, Pericles decidió esperar a que volviera y no publicar un bando denunciando su desaparición, lo que hubiera significado el reconocimiento público de su fuga y la condena moral para el resto de sus días. Algunos de sus amantes se desesperaban por conseguir sus favores; uno de ellos decía que: «El amor que siento por Alcibíades me ha llevado a una experiencia puntualmente análoga a la de las Bacantes (sacerdotisas del dios Dionisos), que cuando están inspiradas pueden hacer brotar leche y miel allí donde otros no sacarían ni siquiera agua de un pozo. Igualmente yo, incluso si no he aprendido nada que pueda transmitir a alguno por hacerlo bueno, he pensado que, en virtud de mi amor, mi compañía habría podido hacerlo mejor». Sócrates ironizaba sobre el asunto, diciendo que el que amase el cuerpo de Alcibíades no le querría verdaderamente por su personalidad sino solamente por su físico.

Alcibíades empezaba a destacar como una persona carente de cualquier tipo de principios. Sócrates percibió enseguida lo nocivo que resultaba para el joven la presencia constante en torno suyo de aduladores, atraídos unos por su admirada y lozana belleza, y otros, los más jóvenes, por su encanto personal. Esta corte de personas halagaba al joven llenándole la cabeza de ideas de gloria y honor, regalándole los oídos con todo aquello que su ambición quería escuchar. Unos le decían que era mucho más estimado que los más grandes generales y políticos atenienses, cuyos nombres eclipsaría; otros le comparaban con el mismo Pericles, diciéndole que sería más grande que él en poder y fama. Con tal gloria rodeándolo, Alcibíades se entregaba a todo tipo de placeres, hundiéndose en su propia soberbia y abandonándose a la molicie. Pronto fue famosa su actitud libertina y lujuriosa en toda Atenas. Todo tipo de rumores circulaban sobre él. Se decía que se acostaba con su propia madre y hermana, comentario a todas luces difamatorio y falso, pues sabemos que Alcibíades no tuvo hermanas; que había marchado a la ciudad de Abydos, famosa por ser un centro de relajación de costumbres, acompañado de

uno de sus amantes, no por cortesía oficial sino por recibir lecciones de las afamadas prostitutas de la ciudad. Una de éstas, Medontis, era compartida por él y por su acompañante; de esta relación nacería una hija, cuya paternidad nunca sería reconocida ni por Alcibíades ni por su amado. Tiempo después se llegaría a decir que ambos compartieron también a su hija, cuando ésta llegó a su pubertad, negando mutuamente que fuera hija de quien en ese momento la poseía.

Alcibíades, acompañado de su séquito, era el invitado especial en todas las fiestas y los jóvenes principales rivalizaban por su presencia en los múltiples banquetes que se celebraban entre las gentes acomodadas de la ciudad. Él mismo sabía de su poder sobre el grupo de acompañantes que le profesaban tanta devoción. Ellos serían el medio de experimentación del joven en su relación posterior con las masas populares. Sin duda, su actitud hacia los aduladores, y, especialmente, la respuesta de éstos, le proporcionó la materia necesaria para perfeccionar sus artes de demagogia y ensalzamiento popular. Con no poca frecuencia, se dedicaba no sólo a romper las normas sociales impuestas en la ciudad con ayuda de su cortejo, sino que incluso se permitía el hecho de vilipendiarlos y humillarlos como parte de su juego; lo más sorprendente para él debía ser que aquellos a los que maltrataba seguían profesándole gran devoción y esta facilidad para arrastrar a las masas y hacerlas tornar su voluntad le acompañaría siempre.

En cierta ocasión, un joven ateniense, perteneciente a una de las más importantes familias de la ciudad, y enamorado, como tantos otros, de Alcibíades, le invitó a su banquete rogándole encarecidamente su asistencia. Alcibíades rehusó, indicando expresamente que no tenía ningún interés en acudir; pero, iniciado el banquete, hizo su entrada inesperadamente, completamente borracho y seguido de su corte de aduladores. Su presencia sorprendió gratamente al anfitrión, pero Alcibíades no estaba dispuesto a limitarse a participar del banquete, tenía que hacer que hablaran de él. Tenía que demostrar que podía ser más grande y superior que cualquier ser humano, incluso en inmoralidad. Alcibíades permaneció en el umbral de la puerta de la casa y ordenó a un esclavo que entrara en la sala de banquetes y se llevara la mitad de las copas de oro y plata, para, una vez hecho esto, volverse a su casa tan borracho como llegó. Cuando los invitados, recuperados de la sorpresa y pasando a la in-



Relieve que representa una escena del juego de pelota.
(Museo Nacional de Atenas).

dignación, criticaron la actitud de Alcibíades por el robo y el desprecio cometido hacia la persona del anfitrión, éste, en el colmo de la devoción personal, alabó la bondad y la generosidad de Alcibíades, y adujo que pudiendo llevarse todas sus pertenencias le honraba el que sólo hubiese cogido la mitad.

La adulación por Alcibíades no tenía límites. Incluso había quien estaba dispuesto a dar su vida por él. Se contaba que un meteco, es decir un extranjero sin derecho a la ciudadanía ateniense, había vendido todos sus bienes y ofrecido el dinero obtenido a Alcibíades por amor a él. Éste, al saberlo, se echó a reír y le invitó a cenar a su casa. El incauto meteco acudió, seguro de su éxito, ante quien era objeto de su pasión, y teniéndose por el más dichoso de los hombres.

Para Alcibíades sólo era un peón más, un adulador del que se serviría para burlarse de las instituciones de la ciudad. Sabemos que tenía un cierto agravio personal contra los miembros del tribunal encargado de otorgar las concesiones de recaudación de impuestos, y el meteco iba a ser el vehículo de su desprecio; la jugada iba a ser completa al utilizar a un extranjero.

Tras agasajarlo, le ordenó que acudiera al ágora, la plaza pública, centro de la vida ateniense, con la intención de que pujara por el derecho a cobrar los impuestos públicos. En Atenas la recaudación de impuestos era ofrecida en subasta pública a particulares, que, a cambio, cobraban una comisión en proporción al volumen recaudado, lo que en ocasiones convertía esta labor en un suculento negocio. El meteco se asustó, aduciendo el alto precio de la puja, superior a lo que humildemente había ofrecido a su amado. Alcibíades, enfurecido, le amenazó con azotarle si no lo hacía.

Al día siguiente, por la mañana, el meteco se presentó en el ágora, temeroso de los representantes del pueblo, pero más de Alcibíades, por lo que acabó pujando y obtuvo el derecho a recaudar los impuestos. Cuando los miembros del tribunal de subasta reclamaron el pago del arrendamiento o un aval, el meteco empezó a temer por su vida; intentó huir entre la muchedumbre presente, que comenzó a abuchearle por la desfachatez de pujar sin posibilidades económicas. En ese momento, una figura joven se alzó en una esquina y la voz de Alcibíades se escuchó por todo el ágora: «¡Escribid mi nombre! ¡Es mi amigo y yo lo avalo!». La sorpresa fue grande, tanto en los presentes como en los recaudadores,

ante el golpe escenográfico de Alcibíades. La humillación fue completa, pues los recaudadores debían pagar las deudas del anterior ejercicio con la renta del nuevo arrendador de impuestos, por lo que, al poseer sólo un aval, ofrecieron una cifra elevada al meteco por renunciar al privilegio. Éste aceptó, aconsejado por Alcibíades, quien una vez más se permitió burlarse públicamente de los poderes del Estado, ganando nuevamente adeptos entre la juventud, atraídos por su insolencia y desprecio del mundo adulto.

Y es que no sólo las normas sociales o políticas eran un motivo de burla para él; incluso consideraba al pueblo como una masa inculta, en la que se apoyaría para lograr el objeto de su ambición sin límites: el honor, la gloria imperecedera. En cierta ocasión, se acercó a visitar a Pericles, consciente de la necesidad de conocer los elementos del juego político de quien en esos momentos dirigía la ciudad. Al llegar a su casa, le comunicaron que Pericles se hallaba muy ocupado estudiando como rendir cuentas a los atenienses y, por tanto, no disponía de tiempo para recibirlo. Alcibíades, ligeramente contrariado, se alejó de la casa de Pericles dando muestras de desagrado, diciendo en voz alta: «¿No sería mejor que examinara cómo no rendirles cuenta?».

No existe, sin duda, expresión mejor del talante que comenzaba a aflorar en el jóven Alcibíades; talante que pronto los atenienses, quienes hasta entonces experimentaban por él una mezcla de curiosidad y admiración, conocerían y sufrirían en el inicio de su carrera política.

Capítulo III

SÓCRATES, EL MAESTRO

Alcibíades, el joven libertino y disoluto, el niño mimado de Atenas, albergaba en su interior una mezcla de respeto y temor hacia una persona. Sócrates, el ciudadano más singular que dio la Atenas del siglo V a.C., era el único capaz de doblegar la voluntad de Alcibíades, de hacerle avergonzarse de su comportamiento y de sacar a la luz pública sus contradicciones y sus flaquezas.

Sócrates había nacido hacia el año 470/69 a.C., por tanto era veinte años mayor que Alcibíades. Era hijo de un escultor, Sofronisco, y su madre ejercía el oficio de comadrona. Recibió la formación educativa de todo ciudadano ateniense y pronto destacó por el cultivo de una filosofía cuyo método de aplicación se basó en la indagación a través de la dialéctica. Apenas se movió de Atenas, porque su campo de interés no estaba en el conocimiento del mundo, sino en el de la persona. Su afán estribaba en la búsqueda de la verdad, basándose en la idea de que el hombre adquiriría plena coherencia de su ser, sólo si conocía la verdadera diferencia entre lo justo y lo injusto. De esta forma el ser humano lograría el valor supremo: el ejercicio de la virtud.

El método que utilizaba para indagar sobre el conocimiento de la verdad y la justicia en las personas se fundamentó en la conversación y en la realización constante de preguntas que desnudaban el alma del interrogado. Esta forma de búsqueda de la verdad seguramente tenía un referente en el oficio de su padre, del mismo modo que el escultor liberaba la figura del bloque de piedra, así el filósofo descubría la verdad en el ser humano.

Sócrates se convirtió pronto en un personaje muy popular en Atenas. Se apartaba voluntariamente del deseo de posesiones materiales y frecuentaba las palestras y plazas públicas donde mantenía conversaciones con todo el mundo, discutiendo, interrogando, y, siempre, descubriendo la ignorancia de quienes creían poseer todo tipo de conocimientos y distinguir entre el bien y el mal. Esta labor pedagógica, sin duda interesante, le debió traer innumerables problemas y, junto con la admiración que suscitaba, surgieron también legiones de envidiosos. Los jóvenes le seguían por toda la ciudad, admirados por sus cualidades y profundamente enamorados de su persona. A pesar de que Sócrates era ya un adulto, y que, según se decía, el aseo personal no estaba entre sus virtudes, su elegancia y su carácter sencillo y agradable daban una luz especial a su cuerpo. Así, los atenienses más jóvenes y hermosos deseaban acostarse con él antes que con los más bellos de la ciudad.

Sócrates captó rápidamente el talento que poseía Alcibíades para alcanzar la virtud. Desde que era niño, el maestro le observaba en sus juegos y en su comportamiento con los demás. Cuando cumplió los diecinueve años y terminó su formación educativa, Sócrates le propuso ser su maestro, a lo cual Alcibíades aceptó con agrado, pues no había mayor orgullo para un joven ateniense de su época que caminar y ser aconsejado por el personaje más admirado de la ciudad. Alcibíades, además, desarrolló un profundo amor por Sócrates. Él, que tanto había rechazado y humillado a sus amantes, se encontraba ahora subyugado por la personalidad del maestro.

Aunque ambos ya se conocían, donde debieron trabar más amistad fue en el campo de batalla. Una vez alcanzada la mayoría de edad, Alcibíades inició su carrera de armas, y a los diecinueve años participó en su primer combate, en el que igualmente luchó Sócrates.

En el año 432 a.C., la situación política en Grecia anunciaba ya el conflicto fratricida conocido como Guerra del Peloponeso, que tendría lugar al año siguiente. Las rivalidades de Corinto y Atenas por el control comercial, tanto en el norte de Grecia como en Sicilia, terminó provocando el enfrentamiento entre Atenas y sus aliados de la Liga de Delos y Esparta y la Liga del Peloponeso, a la que pertenecía Corinto. Una de las últimas campañas previas a la guerra tuvo lugar en Potidea. Esta ciudad pertenecía a la Liga de Delos, la liga ateniense, pero aún permanecía próxima a Corinto, su ciudad fundadora. Los corintios dirigían la política de la ciudad a través

de un gobernador que enviaban todos los años. Lógicamente, Atenas no se fiaba de su aliado, por lo que exigió a Potidea que derribara los muros que cerraban la ciudad del lado del mar y que cortara todo tipo de relaciones con Corinto. Potidea respondió buscando el apoyo de Esparta y su Liga, y, junto con otras ciudades vecinas, anunció su salida de la Liga de Delos, al tiempo que aceptaba la presencia de una fuerza auxiliar corintia. Atenas, por su parte, mandó su escuadra y un contingente militar, del que formaban parte Alcibíades y Sócrates, sitiando la ciudad por mar y tierra.

Alcibíades recibió su bautismo militar en los campos de Potidea, en el otoño del 432 a.C. Demostró su valor y arrojo combatiendo en todo momento en primera línea sin retirarse. En un lance del combate cayó herido y rápidamente acudió Sócrates en su ayuda. Mientras Alcibíades se incorporaba, Sócrates contuvo a los enemigos salvándole de esta forma de una muerte segura. Alcibíades no olvidaría este gesto y esperó el momento para devolverle el favor a su maestro. Al término del combate, los generales propusieron condecorar a Alcibíades por su valor, a pesar de que había sido Sócrates quien, con su acción, merecía tal honor. La fama que comenzaba a forjarse en torno a Alcibíades y su noble origen hicieron que los generales trataran con este gesto de ganarse su favor. Aunque Alcibíades intentó que fuera Sócrates el que recibiera tal honor, el maestro le convenció para que lo aceptara él. De esta forma, en su primer combate, Alcibíades recibió la corona y la panoplia de los que demostraban audacia en el campo de batalla.

Pronto tendría la oportunidad de devolverle el favor. Muerto Pericles, víctima de la peste en el año 429 a.C., los nuevos dirigentes atenienses se apartaron de la política militar del gran estadista. Pericles había defendido siempre una estrategia defensiva en tierra, sabedor de la inferioridad ateniense en este campo. El 424 a.C., un ejército ateniense, en el que nuevamente participaban Alcibíades y Sócrates, se dirigió hacia la ciudad beocia de Delión, aliada de Tebas. El combate se desarrolló de forma catastrófica para los atenienses; en un momento de la lucha, los generales atenienses ordenaron la retirada. Sócrates y su destacamento se encontraron perseguidos por los enemigos. Ante la peligrosidad de la situación, Alcibíades acudió en su ayuda interponiéndose con los suyos y facilitando la retirada de Sócrates, devolviéndole así el favor que éste le prestara ocho años antes.

Con la mayoría de edad, Alcibíades pasó a ser formado voluntariamente por Sócrates. Platón, discípulo de Sócrates, nos ha transmitido

dos ejemplos del proceso educativo que el filósofo empleó con Alcibíades. El joven debía tener en torno a los veinte años y la influencia del maestro sobre él era grande. El objetivo de Sócrates era inculcar a Alcibíades el concepto de la virtud, es decir de la preocupación por la sabiduría y la verdad, la distinción entre el bien y el mal.

Alcibíades se presentó ante él como el joven insolente y díscolo que era. Consideraba que la naturaleza le había otorgado la capacidad de dominar todos los conocimientos y dotado de superioridad sobre el resto de los ciudadanos. Sócrates se encargó de demostrarle su error. A través de un constante interrogatorio, intentaba que Alcibíades percibiera la verdadera esencia de la belleza, no en un sentido físico, sino en cuanto al adorno y cuidado de la personalidad, arrancando las ideas viles. El maestro le reprochaba que se lanzara al terreno político sin formación alguna. Alcibíades le explicaba que él ya conocía todo lo necesario y sabía distinguir entre el bien y el mal, y por tanto era capaz de dar buenos consejos al pueblo. Con constantes razonamientos, Sócrates le hizo dudar, hasta el punto que varias veces exclamó: «Por Dios, Sócrates, que ya no sé ni lo que digo». Alcibíades comenzaba a ver que lo ignoraba todo, que no sabía distinguir entre el bien y el mal, pero aun así se resistía a dejarse convencer. Recordándole a Sócrates que la mayor parte de los ciudadanos no tenían la base cultural suficiente, dijo:

«Pero, en realidad, como vienen sin la menor preparación a dedicarse a la política, ¿qué necesidad hay de ejercitarse y dedicar tiempo a instruirse?. Porque estoy seguro de que en lo que a mí se refiere estaré muy por encima de ellos tan solo por mis notables aptitudes».

Razonamiento al que Sócrates respondió: «Consideras que tu lucha es con las gentes de aquí».

El maestro le advirtió del peligro de dejarse arrastrar por las masas; debía preocuparse por la justicia y la sabiduría, valores en los que residía el verdadero concepto de virtud. Sócrates temía que el carácter de Alcibíades y el atractivo del poder sobre las masas le echara a perder, como ya había sucedido con otros muchos políticos atenienses de gran valor. En uno de los diálogos le transmitía esta preocupación:

«Me gustaría que perseveraras, pero tengo un gran temor, no porque desconfíe de tu naturaleza, sino porque veo la fortaleza de nuestra ciudad y temo que pueda contigo y conmigo».

La relación entre maestro y discípulo continuó, incluso hasta la etapa en que Alcibíades destacaba ya como personaje político de gran envergadura en Atenas. En el año 416 a.C., Alcibíades contaba treinta y cuatro años, tuvo lugar el famoso banquete que dio nombre a uno de los grandes discursos recogidos en la obra de Platón.

El banquete era el acto social más importante del mundo griego. Cualquier acontecimiento era excusa para compartir comida y bebida en común. Naturalmente, eran exclusivamente masculinos, aunque las mujeres celebraban algunos en ciertas fiestas de carácter femenino. Generalmente, los banquetes eran realizados por gente acomodada que podía costear los gastos del convite. Normalmente se invitaba a los amigos e íntimos sin ningún tipo de formalidad y en ocasiones se sumaban amigos de los invitados, incluso sin previo conocimiento del dueño de la casa. Los invitados eran recibidos por el anfitrión, para luego ser atendidos por los esclavos, quienes procedían a descalzarlos y lavarles los pies. A continuación pasaban a la sala de banquetes, amueblada con mesas donde se extendía la comida y lechos en los que se reclinaban uno o dos invitados. El banquete tradicional se dividía en dos partes. En primer lugar se realizaba la comida, durante la cual se bebía vino. Después venía la parte más importante, la bebida en común. Se acostumbraba a inciarla con una ofrenda a Dionisos, dios del vino; a continuación se elegía un director de banquete, que decidía cuanto vino debía beber cada invitado, el orden de intervención en las conversaciones y la cantidad de agua que debía mezclarse con el vino. Los griegos rara vez bebían vino puro, puesto que el sistema de fermentación no se realizaba de forma prolongada, y por tanto el vino final tenía una graduación bastante elevada; normalmente se solía diluir en agua y servirlo en grandes jarras, conocidas como cráteras. La mezcla variaba según lo fuerte que se quisiera el vino. Los esclavos sacaban cuartillos de vino de las cráteras y servían a los invitados, mientras se ofrecían espectáculos de danza, se escuchaba música a cargo de una tocadora de oboe o simplemente se hablaba sobre algún tema elegido. Los banquetes se prolongaban hasta altas horas de la mañana y terminaban con sus componentes en un completo estado de embriaguez.

El banquete que describe Platón nos ofrece un aspecto más de las relaciones entre Sócrates y Alcibíades. El poeta Agatón había triunfado en un concurso poético y lo celebró invitando a sus amigos a su casa. Só-

crates figuraba entre los invitados, puesto que Agatón era su amante, y no solo se permitió retrasarse acudiendo a mitad del banquete sino que, como correspondía a su prestigio, ocupó el lugar de honor, junto al anfitrión. Acabada la comida, y realizados los ritos preceptivos en honor a Dionisos, se decidió no beber excesivamente, despedir a los músicos y hablar tranquilamente sobre un tema, sin nombrar a un director del banquete. Alguien propuso disertar sobre el elogio del amor y cada invitado realizó un discurso sobre esta materia.

Sócrates realizó su acostumbrada exposición a través del diálogo con Agatón. Apenas había finalizado su turno cuando se oyó un gran alboroto a las puertas de la casa, en el que se mezclaban los gritos de unos juerguistas ebrios y la música de una tañedora de flauta. El anfitrión envió a sus esclavos para que le informaran de lo que sucedía.

Dicho esto, no tardó en escucharse la voz de Alcibíades en el patio, completamente ebrio y preguntando a voz en grito dónde estaba Agatón, pidiendo que le llevaran junto a él.

Alcibíades hizo su gran entrada en escena. Ebrio, tambaleándose y sostenido por la tañedora de flauta, acompañado de su corte de aduladores tan borrachos como él. Se presentó de esta guisa ante los invitados, cubierto con un espesa corona de hiedra, violetas y cintas sobre la cabeza. Haciendo ostensión pública de su condición de borracho pidió que le aceptaran, pues acudía con la intención de coronar a Agatón con unas guirnaldas. Los invitados le acogieron, pero, no contento con eso, se sentó en el lugar de honor entre Agatón y Sócrates, a quien al principio ni siquiera reconoció. Además, considerando que a la reunión le faltaba vida, se nombró a sí mismo director del banquete y pidiendo una gran copa de vino, de más de dos litros, la vacío en un instante, obligando a Sócrates y al resto de los invitados a beber la misma cantidad, según las normas establecidas en los banquetes. En ese momento reconoció a Sócrates, sorprendiéndose al verle junto a Agatón. Sócrates anunció que Alcibíades estaba enamorado de él y que le movían los celos y la envidia. Uno de los invitados exhortó a Alcibíades a pronunciar su elogio y éste se lo dedicó al objeto de su amor, es decir, a Sócrates. En su disertación, comenzó elogiando la elocuencia de su maestro y los efectos que producía en su persona:

«Cuando le escucho, mi corazón palpita mucho más que el de los po-



El efebo de Anticítera. *Encontrada en las costas de Anticítera, en 1900, es una de las pocas estatuas grandes de bronce que se conservan.*
(Museo Nacional de Atenas).

seídos por la música[..], las lágrimas me caen por culpa de sus palabras y veo que también a otros muchos les ocurre lo mismo. En cambio, al oír a Pericles y a otros buenos oradores, si bien pensaba que hablaban elocuentemente, no me ocurría, sin embargo, nada semejante, ni se alborotaba mi alma, ni se irritaba en la idea de que vivía como un esclavo, mientras que por culpa de este Marsías, aquí presente, muchas veces me he encontrado, precisamente, en un estado tal que me parecía que no valía la pena vivir en las condiciones en que estoy».

Alcibíades reconoció la enorme influencia ética que Sócrates ejercía sobre él. Tan poderosa, que le llevaba a reconocer públicamente sus debilidades. Por la boca del borracho hablaba su verdadera esencia. «Cuando me aparto de su lado –dijo– me dejo vencer por el honor que me dispensa la multitud».

Pero Alcibíades no sólo elogiaba las cualidades éticas de Sócrates. Continuó su disertación expresando el amor que sentía por su maestro. Para él, Sócrates era el único hombre digno de convertirse en su amante, y por eso se sentía apenado al ver como el objeto de su deseo prefería al anfitrión, al hermoso Agatón. Alcibíades, profundamente afectado por el sufrimiento al ver su amor rechazado, manifestó amargamente su pena: «Yo, pues, me siento mordido por algo más doloroso y en la parte más dolorosa en la que uno podría ser mordido, pues ese es el corazón».

Su desazón amorosa ya venía de antiguo. Alcibíades continuó ensalzando a Sócrates y narró un intento de seducción anterior hacia el filósofo. En cierta ocasión, según relató, había invitado a Sócrates a hacer ejercicio en el gimnasio; después, al caer la tarde, le persuadió para que acudiera a su casa a cenar. Naturalmente, Alcibíades esperaba poder desplegar, en el momento adecuado, sus artes de seducción que, unidas a su belleza, harían claudicar al maestro. Pero Sócrates ya era consciente de la trampa que el joven le había preparado. Una vez finalizada la cena, mantuvieron una larga conversación hasta bien entrada la noche. En un momento de la conversación, Alcibíades mandó despedir a los criados y ambos permanecieron a solas. Sócrates guardó silencio y Alcibíades le preguntó si dormía. El filósofo le contestó que no, a lo que el joven respondió con una declaración de su amor hacia el filósofo. Sócrates le rechazó amablemente, pero Alcibíades no estaba dispuesto a renunciar a su amor; con gran habilidad se revolvió bajo el manto de Sócrates bus-

cando que el contacto de los cuerpos despertara su pasión. Incomprensiblemente para Alcibíades, Sócrates no reaccionó, de forma que ambos pasaron de este modo la noche, sin ningún tipo de contacto físico. Pudo tener en sus brazos al hombre más admirado y amado de Atenas y ser la envidia de todos los jóvenes de la ciudad. En vez de eso, sufrió la humillación de levantarse a la mañana siguiente, «después de haber dormido con Sócrates no de otra manera que si me hubiera acostado con mi padre o mi hermano mayor».

Finalmente, Alcibíades terminó su discurso recordándole a Sócrates los momentos que compartieron en la milicia y todos los aspectos que rodearon las campañas militares en las que ambos lucharon. De esta forma elogiaba su generosidad al rechazar los triunfos en Potidea en favor de Alcibíades y como él le devolvió el favor años más tarde en la campaña de Delión. Sócrates le escuchó atentamente durante todo el elogio, y, a veces, intervenía ironizando sobre Alcibíades. Así, cuando éste le manifestó su amor, el filósofo le exhortaba a «no cambiar oro por bronce», ironizando sobre las conocidas capacidades de seducción del joven.

El banquete prosiguió con el turno del discurso de Sócrates. El filósofo pretendía elogiar a Agatón, su amante y anfitrión, y para eso le pidió que se sentara junto a él, ya que Alcibíades se había colocado en medio de ambos. Cuando iba a iniciar su discurso un numeroso grupo de noctámbulos y juerguistas irrumpió en el salón, gracias a que alguien había olvidado cerrar la puerta de la casa. En ese momento, lo que se preveía como una plácida noche de conversación se transformó en un formidable tumulto en el que los invitados dieron buena cuenta de las existencias de vino del dueño de la casa.

Conforme se fueron acercando las primeras luces del alba, los invitados volvieron a sus hogares o cayeron rendidos por el sueño en los lechos de la sala del banquete. Sócrates se marchó tranquilamente a su casa, y, tras asearse, dedicó el resto del día a realizar sus tareas cotidianas en la ciudad, hasta que, al caer la noche, se retiró a descansar.

Capítulo IV

EL MARIDO IDEAL

Terminada su formación militar, Alcibíades comenzó a diseñar cuidadosamente su carrera política. El primer paso consistía en lograr un buen matrimonio.

Cumplidos los veinte años, los jóvenes atenienses comenzaban a buscar a la doncella adecuada con la que contraer matrimonio. Alcibíades, además, necesitaba que fuera de buena familia, para aumentar aún más su prestigio y su patrimonio. En cierta ocasión, marchando junto con un grupo de amigos, se encontró en la calle con Hipónico, uno de los hombre más ricos de Atenas, en palabras de Isócrates: «Por su riqueza el primero de los griegos y por su familia no el último, honrado y admirado»; su patrimonio abarcaba desde fértiles latifundios hasta minas de plata. Hipónico tenía además dos hijos, Calías e Hipareta, fruto de su matrimonio con la que, una vez divorciada, pasaría después a ser esposa de Pericles. Alcibíades, en cuanto le vio, le abofeteó públicamente, sólo por hacer de ello una broma ante sus amigos. El escándalo en la ciudad fue de enormes proporciones, en cada calle y en cada rincón la gente comentaba el hecho y la indignación general crecía por momentos. Alcibíades, quizás calculando la situación, se presentó ante Hipónico y quitándose el manto le rogó que lo azotara por haberle humillado. Presentándose así como un joven honrado y bien nacido, y, con calculada teatralidad, haciendo gala de un falso arrepentimiento, solicitó la mano de la hija de Hipónico, Hipareta. La jugada salió perfecta para Alcibíades, pues no sólo le perdonó sino que le concedió la mano de su hija. A pesar de la

humillación y el olor a montaje del asunto, Alcibíades, miembro de una de las familias más nobles de Atenas, no era mal visto por Hipónico como candidato a yerno.

La situación de la mujer ateniense era solo ligeramente superior a la de un esclavo. Totalmente dependientes y carentes de derecho alguno, pasaban directamente de la tutela del padre a la del marido. Su vida transcurría entre los muros del ala de la casa especialmente dedicada a ellas, el gineceo, que en las casas nobles se situaba en la planta superior. El verdadero amo de la casa, el marido, impedía que su mujer cruzara el umbral de la puerta y en ocasiones la puerta que comunicaba el gineceo con el resto de la casa tenía una cerradura cuya llave poseía el marido. Las mujeres atenienses eran educadas en las labores domésticas y apenas recibían elementales conocimientos de lectura y otras artes, especialmente música. Solamente participaban en aquellos ritos públicos directamente relacionados con su condición, como por ejemplo las fiestas de las Panateneas, consagradas a la diosa Palas Atenea, donde las doncellas portaban los elementos rituales del culto a la divinidad tutelar de la ciudad en solemne procesión. Naturalmente, en esta situación, era el padre o el tutor legal el que elegía el marido adecuado para la doncella, sin que ella tuviera algún poder de decisión. Alcibíades debía tener cerca de veintidós o veintitrés años en el momento de su matrimonio; lo normal era que los jóvenes atenienses buscaran esposa transcurridos los dos años de servicio militar, es decir, a partir de los veinte años. El matrimonio era, fundamentalmente, una necesidad social y religiosa. Se mezclaban las alianzas familiares y económicas con la necesidad de poseer descendencia que en el futuro asumiera los deberes sagrados, cuidar de los padres y continuar la tradición del culto a los antepasados de la familia. Las jóvenes atenienses se casaban una vez alcanzada la pubertad, por tanto a partir de los doce o trece años, aunque lo normal era que el matrimonio se estableciera sobre los dieciséis años. De esta forma la diferencia de edad de los esposos solía variar entre los siete y los diez años.

No conocemos cómo fue la ceremonia de matrimonio de Alcibíades, pero, seguramente se ajustó al mismo ritual tradicional que se seguía en Atenas entre las familias social y económicamente más importantes. El momento en el que los autores clásicos hablan del acuerdo prenupcial entre Hipónico y Alcibíades se refieren, sin duda, a la ceremonia conoci-

da como "entrega de prenda". Ésta consistía en un pacto entre las dos partes, el padre o tutor legal y el pretendiente; tras un apretón de manos y la pronunciación de unas frases rituales, se llegaba a un trato oral sobre los términos legales del compromiso y la dote de la novia. Esta ceremonia tenía carácter legal y desde ese momento se podía considerar jurídicamente válido el matrimonio, aunque la novia no estuviera presente. Pocos días después se celebraba la ceremonia nupcial en sí.

La mayoría de los matrimonios se celebraban en invierno y en luna llena. Esta costumbre impuso un mes propicio dentro del año, Gamelion, literalmente mes nupcial, que coincidía aproximadamente con enero, mes dedicado a Hera, esposa de Zeus, padre de todos los dioses. La víspera de la ceremonia la prometida consagraba a los dioses sus juguetes y objetos infantiles, centro de su vida hasta ese momento; después ofrecía sacrificios a las divinidades protectoras del matrimonio. A continuación realizaba un rito de purificación a través del baño, con el agua traída en solemne procesión de la fuente Calíroe. Al día siguiente la casa de la novia era engalanada con hojas de olivo y laurel, y allí acudía el novio, celebrándose los correspondientes sacrificios y el banquete nupcial. En el banquete, las mujeres, separadas de los hombres, rodeaban a la novia cubierta con un velo y asistida por su dama de honor; entre los hombres el novio también iba acompañado de su doncel. La comida incluía platos confeccionados con sésamo, que simbolizaba la fecundidad. Al anochecer el grupo de invitados formaba una comitiva que acompañaba a la novia al hogar marital. La novia acudía en un carro conducido por un amigo del novio y seguido por sus padres, sus parientes y sus amigos a pie, entonando los cantos nupciales, mientras que la madre de la novia portaba una tea. A la puerta de la casa del novio les esperaban los padres de él, quienes extendían nueces e higos secos sobre la novia como símbolo de reconocimiento y aceptación del nuevo miembro de la familia; después se le ofrecía un trozo de tarta nupcial y un membrillo, alimentos que probaba ella sola, sin compartirlos con su marido. Finalmente, ambos jóvenes entraban en la cámara nupcial donde la novia se quitaba el velo en presencia de su esposo. La puerta de la cámara era custodiada por un amigo del novio, mientras los invitados proferían gritos y cantos nupciales, seguramente para alejar a los espíritus adversos. Al día siguiente, los padres de la novia acudían de nuevo, en procesión festiva, a casa de los novios y entregaban regalos junto con la dote estipulada.

El carácter ritual de la ceremonia revela el aspecto meramente social de este acto. La condición de la esposa se reducía solamente al mantenimiento del hogar y a proporcionar hijos a la familia y al Estado. El sistema de entrega de la novia, que en ocasiones se estipulaba desde muy corta edad, pone de manifiesto la ausencia de un verdadero amor entre dos personas que no se conocían; sin embargo, en algunas ocasiones, los sentimientos surgían de la convivencia diaria.

No era este el caso de Alcibíades e Hipareta. Él se había casado sólo por dinero, y, en segundo término, por perpetuar su dinastía. Solamente el hermano de Hipareta desconfiaba de las intenciones de Alcibíades. Sospechaba que lo único que pretendía con el matrimonio era aumentar no sólo su prestigio sino su riqueza a costa del patrimonio del suegro. La actitud de Alcibíades hacia su mujer no era el único motivo de recelo por parte de Calías. Alcibíades había recibido una verdadera fortuna en concepto de dote por parte de Hipónico: diez talentos, unos 270 kg. de plata, «una dote tal que ningún griego había obtenido antes», según decía el orador Andócides. Poco tiempo después de la muerte de su suegro, en el año 424 a.C., Alcibíades tuvo su primer hijo. Aprovechando este evento argumentó que su suegro Hipónico había acordado con él, en la ceremonia del matrimonio, que entregaría diez talentos más con el nacimiento de su primer descendiente. La audacia de Alcibíades llenó de temor a Calías, su cuñado y heredero de la fortuna de Hipónico, hasta el punto de que, temiendo por su vida, decidió donar su patrimonio al Estado en caso de fallecimiento. La esposa de Alcibíades, Hipareta, al parecer, le amaba profundamente, pero él correspondía con constantes humillaciones e infidelidades. Su vida licenciosa no había experimentado cambio alguno. Sus juergas y borracheras eran conocidas y comentadas en toda la ciudad, tanto como la participación en ellas de prostitutas, esclavas y libres, a las que incluso pretendió, en alguna ocasión, llevar al hogar matrimonial. No contento con ésto, se permitía la desfachatez de probar la fidelidad de su esposa enviándola regalos, como si procedieran de otro hombre.

Hipareta, harta de la situación, abandonó el hogar común y buscó refugio en casa de su hermano. A la mañana siguiente, seguramente aconsejada por Calías, se decidió a presentar ante los tribunales la correspondiente demanda de divorcio; pero aquí tenía que enfrentarse a las leyes

atenienses que restringían severamente la disolución del matrimonio por parte de la mujer. El hombre podía repudiar a su esposa en cualquier momento y por cualquier motivo; sin embargo, ella sólo podía alegar malos tratos, debiendo presentar pruebas fehacientes y hacerlo públicamente. La infidelidad no era un elemento constitutivo de divorcio en sí mismo. Hipareta se desplazó al ágora, plaza pública y centro político-social de la ciudad griega, y presentó demanda escrita de divorcio ante el arconte epónimo, es decir, el funcionario civil encargado de resolver los litigios familiares. Alcibíades, conocida la huida de su mujer y avisado de la situación por sus amigos, temiendo el escándalo y la humillación social, acudió ante el arconte y agarrando a su esposa la arrastró por el ágora en presencia de todos los atenienses, devolviéndola al hogar matrimonial. Este hecho, demostrativo de la prepotencia de Alcibíades, hizo exclamar al orador Andócides: «He aquí lo que le importan las leyes, los magistrados y los atenienses». Frustrada así la demanda de divorcio, Hipareta continuó al lado de Alcibíades. Murió poco tiempo después de este suceso, encontrándose su marido de viaje por Jonia. El matrimonio tuvo un hijo, Alcibíades, nacido hacia el 417 a.C., y una hija, cuyo nombre no se nos ha transmitido, aunque sabemos que se casó con su primo, el hijo de Calías, quien la abandonó acusándola de cometer incesto con su hermano.

Posiblemente Alcibíades e Hipareta tuvieron otro hijo, quizás de nombre Clinias, fallecido durante sus primeros años de vida, puesto que era costumbre en las familias atenienses el poner el nombre del abuelo al primogénito de los nietos.

Capítulo V

EL CAMINO A LA AMBICIÓN

Alcibíades había añadido a sus dotes naturales, fortuna y posición social, un aura de valor y osadía en la guerra y un buen matrimonio; ya estaba preparado para su ascenso en el escalafón político. Como era tradicional entre las familias aristocráticas comenzó afianzando su posición, para lo que realizó cuantiosas donaciones públicas, y se atrajo la simpatía y el favor del pueblo ateniense. De estos primeros años de actividad se hizo muy famosa una anécdota. Estando un día cerca de la Pnix, la colina ateniense donde se reunía la asamblea, escuchó un ruido de voces y aplausos que salían de los ciudadanos reunidos; preguntando a qué se debía el alboroto, le contestaron que era por causa de unas donaciones públicas de dinero, a lo que él respondió, acercándose hasta la tribuna de los oradores, distribuyendo dinero entre los presentes. Éstos empezaron a aclamarle, hasta el punto de que Alcibíades olvidó que llevaba una pérdiz bajo la capa, y, al descuidarse, ésta echó a volar, lanzándose todos los agradecidos ciudadanos en pos de ella hasta darla alcance y devolvérsela. En esta anécdota parece haber también un cierto sentido sexual, puesto que los jóvenes solían recibir perdices o gallinas por parte de sus amantes. De este modo, Alcibíades hacía público su condición de amado de los atenienses.

La práctica política entre los miembros de las familias más importantes era casi una obligación. Su privilegiada situación económica les forzaba a sufragar algunas de las necesidades de la sociedad aliviando de cargas al Estado. De esta forma, las familias nobles eran obligadas por ley a asumir determinadas funciones que, a cambio, les reportaban cier-

tas desgravaciones fiscales y una gran reputación. Estos cargos eran la Gimnasiarquía, es decir, el mantenimiento y financiación de los gimnasios; la Trierarquía, mantenimiento de alguno de los barcos de la flota y su tripulación, y la Coregia, financiación de los coros áticos que participaban en las fiestas religiosas de la ciudad. Alcibíades comenzó precisamente su carrera desempeñando una de las coregias. Cada tribu ática, existían diez en total, poseía su propio coro de muchachos que, guiados y financiados por su patrocinador, el corego, competían en los principales festivales anuales del calendario ático. Durante uno de estos festivales, el coro de Alcibíades compitió contra otro, dirigido por un corego llamado Taureas, hombre de gran popularidad en la ciudad. Al iniciarse la competición Taureas llamó la atención a los jueces sobre una infracción cometida por Alcibíades; uno de los miembros de su coro no era ateniense, lo cual vulneraba el reglamento de las competiciones. Alcibíades, irritado, respondió tumbando a Taureas de un puñetazo; el público, tras un momento de sorpresa, comenzó a increpar a Alcibíades, aplaudiendo y mostrando sus simpatías hacia Taureas, mientras se negaban a escuchar otros coros que no fuera el suyo. La tensión creció entre las voces, los aplausos y el desafío popular hacia la actitud de Alcibíades; los jueces se miraban atemorizados viendo que el pueblo reclamaba una y otra vez que se otorgara el triunfo a Taureas. Pero, enfrente, estaba nada menos que Alcibíades con toda su influencia y prestigio. Amedrentados los jueces, por su talante violento y buscando su favor, decidieron, sorprendentemente, ignorar las preferencias del público y nombrar vencedor a Alcibíades, obviando la humillación que suponía esto para Taureas.

Nuevamente Alcibíades había utilizado sus artes de embaucador y hábilmente afrontó una situación desfavorable llevándola a su propio terreno y favoreciendo sus intereses. Burlando las leyes del Estado e imponiendo su ley, despreciando los elementales valores cívicos, su postura causaba asombro. Andócides resumió la actuación, como corego de Alcibíades, diciendo que: «En vez de esperar que él estuviera conforme con las leyes del Estado, él espera que se esté conforme con su modo de vida».

Terminada su preceptiva labor social al servicio de la ciudad, Alcibíades se lanzó plenamente a la arena política. En el año 425 a.C., aparece ya como miembro de la comisión de diez ciudadanos, elegidos por el Consejo para fijar la cantidad que correspondía pagar a los aliados de



Estela funeraria del Maratonomajo. *Erigida sobre la tumba de Aristión, representa al difunto con el uniforme de los hoplitas.*
(Museo Nacional de Atenas).

Atenas en concepto de tributo. Pronto empezó a competir por los principales cargos públicos de Atenas eclipsando al resto de líderes. Pericles había muerto y con él toda una época de florecimiento y hegemonía imperialista de Atenas; sus sucesores continuaron la guerra contra Esparta, hasta que el agotamiento de ambos contendientes forzó el armisticio. La paz fue firmada por cincuenta años, en el 421 a.C., y por el nombre de su artífice, el ateniense Nicias, se conoció como Paz de Nicias. Éste era un general de prestigio y líder de la facción política aristocrática, hombre juicioso, respetuoso con la ley y garante de pactos y tratados, tanto con aliados como con enemigos. Adolecía, sin embargo, de algunos defectos, como su excesiva tendencia a la superstición, hasta el punto de no tomar decisiones sin consultar el designio de los dioses, y la falta de habilidad política. Respetado no sólo en Atenas sino en toda Grecia, incluidos sus contrarios, era visto por Alcibíades como su principal problema en la lucha por el poder.

En la primavera del año 420 a.C., Alcibíades, quien contaba unos treinta años de edad, fue elegido, por la asamblea, para el cargo de estratego, magistratura militar compartida, cuya misión era fundamentalmente la defensa de la ciudad y la dirección de los ejércitos.

Entre los dos estrategos, Nicias, sensato y comedido, y Alcibíades, prepotente y avasallador, era imposible el entendimiento, y la discordia comenzó a dominar sus acciones. Alcibíades aspiraba a la gloria, al reconocimiento de la ciudad y al logro de grandes hechos de armas, por los que fuera honrado y recordado. Este sueño era imposible mientras se mantuviera la paz entre atenienses y espartanos. Alcibíades soñaba con comandar los ejércitos atenienses y destruir a Esparta y sus aliados, imponiendo la hegemonía de Atenas en toda Grecia. Envidiaba a Nicias, por la admiración que sentían por él tanto sus conciudadanos como sus enemigos. Incluso los espartanos honraban a Nicias, por haber sido el artífice de la paz del 421 a.C. y haber devuelto, sanos y salvos, a los hoplitas espartanos que los atenienses sitiaron en la isla de Pilos, durante uno de los episodios del conflicto. Alcibíades no podía soportar la paz, menos que ésta llevara el nombre de Nicias, y que el pueblo dijera que Pericles había comenzado la guerra y Nicias la había puesto fin. Alcibíades pues, comenzó a conjurar en contra de Nicias con la intención de lograr la denuncia de los tratados con Esparta y la ruptura de las hostilidades.

Tras la paz de Nicias la situación del Peloponeso había variado sustancialmente. Argos y Corinto, aliadas de Esparta, se opusieron al armisticio y comenzaron a tantear a otras ciudades con el fin de crear otra alianza y lograr la hegemonía sobre la península frente a los espartanos. Coincidía esta situación con un importante cambio de orientación política en Esparta, donde habían alcanzado el poder los partidarios del mantenimiento de la tensión con Atenas. Ésta empezó a sentir el enfriamiento de las relaciones, contemplando como Esparta se demoraba en su compromiso de devolución de las fortalezas ocupadas en la guerra, uno de los aspectos recogidos en el tratado de paz, al tiempo que intentaba establecer alianzas con la confederación beocia, cuya ciudad más importante era Tebas, tradicional enemiga de Atenas. Este acercamiento suponía también una clara vulneración del tratado por parte de Esparta, ya que la Paz de Nicias impedía que se realizaran alianzas sin consentimiento de alguna de las partes.

En la primavera del 420 a.C., Esparta devolvió la fortaleza de Panacto, ocupada durante la guerra, a Atenas, pero completamente destruida, lo que provocó la irritación entre los atenienses, hábilmente encauzada por Alcibíades en su intento de desprestigiar a Nicias y provocar el enfrentamiento con Esparta. Alcibíades, «considerando que se le hacía de menos en todos los aspectos», como dice el historiador Tucídides, empezó tanteando la posición de los enemigos tradicionales de Esparta, allí donde más daño podía hacer, es decir, en el Peloponeso. Despachó emisarios que estimularon las esperanzas de Argos, incitándola a aliarse con Atenas, al tiempo que exacerbaba los ánimos del pueblo ateniense dirigiendo ataques directos contra la posición de Nicias. En sus discursos denunciaba el hecho de que, mientras Esparta devolvía fortalezas destruidas, Nicias entregaba las conquistadas diligentemente, y que Esparta se aliaba con los tradicionales enemigos de Atenas, como Tebas y Corinto, sin consultarlo con el Estado ateniense. Alcibíades acusaba también a Nicias de pedir permiso a Esparta para realizar sus propias alianzas. De esta forma, los ánimos se fueron caldeando en Atenas gracias a la intervención de Alcibíades, y una tendencia radical, defensora de la denuncia de la paz, fue penetrando en las conciencias de los atenienses.

Ante el temor de perder su hegemonía en el Peloponeso y provocar de nuevo la guerra, Esparta envió embajadores a Atenas, para apaciguar

los ánimos. Previamente a su presentación ante la asamblea ateniense los emisarios se entrevistaron con el Consejo de la ciudad, entre cuyos miembros se contaban Nicias y Alcibíades. Ante aquél expusieron que traían plenos poderes para llegar a un acuerdo que resolviera los puntos de fricción. Esta aseveración causó gran incertidumbre en Alcibíades, quien temía que la asamblea apoyara un acuerdo con los espartanos y rechazara su trabajada alianza con Argos. Para evitar esta situación, ideó una estratagema.

Alcibíades recibió a los embajadores espartanos en privado y les indicó la conveniencia de que dijeran ante la asamblea que no tenían plenos poderes para resolver los conflictos entre ambas ciudades. Además, les convenció diciendo que éste era el mejor modo de actuar, ya que la asamblea era menos receptiva que el Consejo; pues, si decían que estaban autorizados para llegar a cualquier tipo de acuerdo, los ciudadanos atenienses les harían demandas imposibles de cumplir. Por tanto, decía, era mejor que fingieran tener que consultar primero con Esparta. Si obraban según su consejo, les prometía devolverles las fortalezas ocupadas por los atenienses durante la guerra. Ignoramos si realmente los embajadores tenían autonomía para pactar o no en nombre de Esparta; pero, a la mañana siguiente, Alcibíades, ante la asamblea, les interrogó sibilínamente acerca de si venían con plenos poderes para pactar. Los embajadores, fiados en la palabra de Alcibíades, admitieron que no tenían autoridad para ello, ante la estupefacción de Nicias, que no podía dar crédito a lo que oía, y ante la irritación de los atenienses que se consideraron burlados y despreciados. En ese momento crítico, cuando la asamblea entera vilipendiaba a los embajadores, Alcibíades, en un calculado golpe de efecto, hizo pasar a los embajadores de Argos y otras dos ciudades peloponesias, Mantinea y Elide, que se encontraban desde hacía días en la ciudad, y, solemnemente, en medio del fervor patriótico, procedió a concertar con ellos una alianza, con la abrumadora aceptación de una entregada asamblea. Era la ruptura definitiva de la paz de Nicias, la denuncia del tratado por Atenas y el comienzo de la guerra; como augurio de los acontecimientos futuros, la asamblea se vio interrumpida por un terremoto, frecuentes, por otra parte, en Grecia. Ante tal situación, Nicias, intuyendo el desastre hacia el que Atenas se precipitaba sin remedio, intentó recuperar la alianza con Esparta y comandó una embajada

que se dirigió hacia esta ciudad. La embajada planteó a los espartanos un acuerdo basado en la devolución de las fortalezas y la retirada ateniense de su alianza con Argos si Esparta denunciaba su alianza con los beocios. Los espartanos se negaron. Nicias volvió a Atenas con las manos vacías, en el mayor de los descréditos. La asamblea, hábilmente dirigida por el verdadero amo de la ciudad, Alcibíades, montó en cólera y aprobó los términos de la alianza con Argos, Mantinea y Elide.

Al año siguiente, en el verano del 419 a.C., comenzaron las operaciones militares, a pesar de que Esparta no había denunciado formalmente el tratado de paz con Atenas. Alcibíades pasó al Peloponeso con un ejército de hoplitas, soldados de infantería ligera, atenienses y argivos, recorriendo el norte de la península. En la ciudad de Patras, persuadió a sus habitantes de que extendieran sus murallas hasta el mar, como único modo de rechazar ataques espartanos y recibir sin problemas la ayuda de la flota ateniense. Intentaba, de este modo, cortar el paso al Golfo de Corinto. Este va a ser, en adelante, el eje de la política imperialista de Alcibíades, la protección y ayuda de los aliados mediante la poderosa flota ateniense. Cuando alguien dijo a los ciudadanos de Patras: «Terminarán anegándoos hasta la última gota los atenienses», Alcibíades respondió: «Puede que sí, pero será poco a poco y empezando por los pies, mientras que los espartanos empezarán por la cabeza y de un golpe».

A pesar de cifrar sus esperanzas de hegemonía ateniense en el dominio de los mares, Alcibíades no renunciaba a la importancia del ejército y de la defensa en tierra. Así, aconsejaba a los atenienses que mantuvieran presente el juramento que realizaron durante su etapa de efebos en el santuario de Agraulo, juramento que consistía en tomar como fronteras del Ática los campos de trigo y cebada, las viñas, las higueras y los olivares, fórmula ritual a la que él añadía la necesidad de considerar como propia la tierra cultivada y productiva.

Estando en Argos preparó el primer golpe contra Esparta y sus aliados. Mil hoplitas atenienses, junto con el ejército argivo, atacaron la ciudad de Epidauro con el objetivo de controlar la costa, facilitar la ayuda de la flota ateniense a Argos y aislar a Corinto, aliada de Esparta y Epidauro. Ésta fue destruida tras el verano y antes de finalizar el año. Envalentonados por el éxito, los argivos pidieron a Atenas que denunciara públicamente el incumplimiento espartano de los tratados. La asamblea

ateniense, a propuesta de Alcibíades, acordó grabar, en la base de la estela donde se recogían los términos del tratado, que los espartanos no permanecieron fieles a los juramentos.

En el verano del 418 a.C., los espartanos, viendo peligrar su hegemonía en el Peloponeso, decidieron actuar y enviar un ejército, al mando de su rey Agis, contra Argos. Los argivos solicitaron la ayuda de Atenas nuevamente, ante la potencia del ejército espartano. Alcibíades trasladó con gran urgencia esta petición ante los dirigentes atenienses, pero el juicioso Nicias, quizás confiando aún en un acuerdo con Esparta, no se decidió a intervenir. Espartanos y argivos se encontraron frente a frente en una situación de clara superioridad de los primeros; pero ambos ejércitos decidieron calcular riesgos y firmaron una tregua de cuatro meses. Esta demora en el ataque, cuando todo favorecía a Esparta, provocó las críticas de los espartanos hacia su rey Agis por no destruir Argos. También los atenienses descargaron su irritación hacia Nicias por evitar el enfrentamiento con Esparta. Mientras las grandes potencias se debatían en críticas internas, los ciudadanos de Argos comenzaron a flaquear. A la vista del poderoso ejército espartano y de la indecisión de Atenas, pensaron que lo más sensato sería llegar a un acuerdo con Esparta. Atenas, finalmente, se decidió a enviar refuerzos; mil hoplitas y trescientos jinetes llegaron a Argos acompañados de Alcibíades en calidad de embajador. Los ciudadanos de Argos se encontraban ahora en una situación incómoda y por agradar a Esparta, con quien habían decidido pactar, pidieron a los atenienses que se retiraran. Alcibíades, sin embargo, les respondió que nunca debieron, sin el consentimiento de sus aliados, firmar la tregua, por tanto ésta era nula. Con tales argumentos y con el ejército ateniense tras él, Alcibíades obligó a los argivos a combatir contra Esparta.

El rey espartano Agis, espoleado por las críticas recibidas hacia su gestión en su propia ciudad, acudió de nuevo con un considerable ejército, derrotando estrepitosamente a la coalición argiva en la batalla de Mantinea. La derrota supuso un duro golpe para Alcibíades y su política de expansión en el Peloponeso, al tiempo que la recuperación del prestigio político y militar de Esparta. Ese mismo invierno del 418 a.C., los argivos pactaron un acuerdo de paz por cincuenta años con los espartanos, al tiempo que los efectivos de la expedición ateniense se retiraban del Peloponeso. Todos los miembros de la antigua coalición firmaron un acuerdo



Templo de Atenea Niké, en la acrópolis de Atenas.
(Foto: V. M. Renero)

con Esparta, que promovió el derrocamiento de la democracia en Argos y la instauración de una oligarquía aristocrática, afín a sus intereses.

Pero Alcibíades, a pesar del revés que había supuesto la derrota de Mantinea, no estaba dispuesto a renunciar a sus objetivos. Conspirando con los partidarios demócratas de Argos logró que derrocaran a la oligarquía filoespartana. Los nuevos gobernantes de Argos, temiendo la respuesta de Esparta, solicitaron de nuevo la ayuda de Atenas, momento que esperaba Alcibíades para enviar un grupo de carpinteros y canteros atenienses que ayudaran a los argivos a construir unos muros largos hasta la costa, que protegieran la polis de un ataque terrestre. El ejército espartano hizo su aparición nuevamente, en el invierno del 417 a.C., pero únicamente pudo lograr la destrucción de los muros.

En Atenas el enfrentamiento entre Nicias y Alcibíades era cada vez más notorio. El pueblo mismo se hallaba dividido; unos criticaban el modo de vida irregular de Alcibíades y temían su osadía, otros censuraban a Nicias por su aire oligárquico y su poco aprecio por el pueblo, cuya voluntad a veces ignoraba. Los jóvenes defendían con ardor a Alcibíades y su política en favor de la guerra; los ancianos apoyaban a Nicias convencidos de apostar por la paz. La única forma de solucionar el conflicto era recurrir al sistema del ostracismo. El ostracismo era un mecanismo de defensa de la democracia contra aquellos dirigentes de los que se sospechara tuvieran tendencias tiránicas El castigo consistía en el destierro de la ciudad por diez años, aunque se permitía el uso y disfrute de su fortuna personal. Una vez al año, generalmente en enero, se reunía la asamblea del ostracismo, a la que acudían incluso los campesinos del Ática, liberados en esos momentos de sus faenas agrícolas. La asamblea tenía lugar en el ágora, donde se delimitaban con verjas diez espacios, por donde desfilaban cada uno de los miembros de las diez tribus atenienses. Los asistentes depositaban un trozo de barro cocido (ostraka) donde habían inscrito el nombre de su candidato al destierro. Los arcontes procedían, posteriormente, al recuento, puesto que si los votos eran inferiores a seis mil no se podía realizar el ostracismo. Después se separaban las ostrakas por nombres, y el que recibía el mayor número de votos era desterrado mediante decreto hecho público por los heraldos.

Aquel año del 417 a.C., se convocó, pues, la asamblea del ostracismo. Alcibíades intuyó el peligro claro de esta medida; la apuesta por la

guerra podía ampliamente ser aceptada en la polis, pero en el Ática los campesinos no veían con buenos ojos esta medida, siempre preocupados por la protección de sus cultivos y sus olivos. Por otro lado, Nicias temía también ser desterrado con los votos de los partidarios de Alcibíades. En aquellos días, aprovechando la división del pueblo, algunos demagogos intentaron medrar a costa de Nicias y Alcibíades. Uno de éstos, un tal Hipérbolo, hombre infame, se encargó de excitar las pasiones de los atenienses contra Nicias y Alcibíades, esperando alcanzar el poder y convertirse en el rival del que quedase de ambos. Alcibíades captó enseguida la jugada de este personaje y, con gran habilidad, empezó a maquinar la forma en que el asunto revertiera en sus intereses. Desvelando el proceder indigno del tal Hipérbolo a Nicias, le convenció para que unieran los votos de sus partidarios contra el tercero en discordia. Nicias aceptó a compartir cartel con Alcibíades y, de esta forma, Hipérbolo sufrió el ostracismo. Nuevamente Alcibíades había sabido conjugar, con gran maestría, los factores políticos y permanecer incombustible en su camino meteórico hacia el poder. Nicias y Alcibíades fueron así nuevamente elegidos estrategos para aquel año.

Recién estrenado su nuevo cargo, Alcibíades reemprendió, con la confianza depositada en él por el pueblo ateniense, su programa de aislamiento de Esparta y recuperación del prestigio y hegemonía de Atenas, objetivos que, naturalmente, servirían para su glorificación como líder político y militar en toda Grecia. En primer lugar, volvió nuevamente a Argos con una flota de veinte naves, capturando a los ciudadanos partidarios de Esparta y deportándolos a las islas vecinas. A continuación, diseñó una operación de castigo que reafirmara el poder ateniense y sirviera de advertencia de las consecuencias que padecerían aquellos que osaran discutir su política imperialista.

De esta forma se llevó a cabo, por parte de Atenas, uno de los mayores actos de brutalidad, que denotaba hasta que punto el afán imperialista de Alcibíades había calado en sus conciudadanos. La isla de Melos, situada a 150 km. al sureste de Atenas, era colonia de origen espartano y, aunque miembro de la alianza de Atenas, se había negado a pagar el obligado impuesto, desafiando la autoridad ateniense. Alcibíades, al mando de treinta naves de la ciudad y ocho de algunos de sus aliados, mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros a pie, veinte a caballo, junto con

quince mil quinientos hoplitas de los aliados, inició el asedio de la ciudad, en el verano del 416 a.C.. Al mismo tiempo, una flota ateniense se dedicaba a saquear las costas de la región de Esparta. Curiosamente, los espartanos seguían sin denunciar el tratado, por tanto, sin declarar la guerra a Atenas, y tan solo se limitaron a dar permiso a sus aliados para atacar a Atenas.

Capítulo VI

EN LAS OLIMPIADAS

La consagración definitiva de Alcibíades, como líder político y conductor de masas, no sólo en Atenas sino en toda Grecia, tuvo lugar aquel mismo año. El 416 a.C. fue declarado sagrado por los sacerdotes del templo de Zeus en Olimpia, consagrado al padre de todos los dioses. Éso sólo podía significar una cosa: habían transcurrido cuatro años, y en el mes de Hecatombeion (julio-agosto), miles de jóvenes atletas de todo el mundo griego, protegidos por la Echeiría, la tregua religiosa que se establecía en todo el mundo griego durante el tiempo de desplazamiento a Olimpia y el transcurso de los juegos, acudirían al santuario a participar en los Juegos Olímpicos.

Olimpia, situada en el valle del río Alfeo, al pie de la colina de Cronos, en el bosque sagrado conocido como Altis, era un santuario protegido por el matrimonio divino formado por Zeus y su esposa Hera; junto con ellos se rendía culto a un héroe local Pelops, quien tuvo que vencer en una carrera de carros para obtener la mano de su esposa. En su honor, cada cuatro años se celebraban unas competiciones atléticas de tanta importancia en el mundo griego que marcaban el ritmo del calendario heleno a partir de la primera olimpiada conocida (776 a.C.). Un mes antes de la fecha de los juegos, siempre en verano, hacia el mes de agosto, jóvenes de toda Grecia se reunían en la ciudad de Elide, en cuyo término se hallaba el santuario, para realizar la obligatoria selección e inscripción en las competiciones. Acudían a lograr la gloria y el honor de vencer en las competiciones; se preparaban incluso toda su vida, llegando a conver-

tirse en profesionales que exhibían su destreza en todos los juegos celebrados en Grecia y, especialmente, en los más importantes, los de Olimpia. Los únicos requisitos para participar eran ser griego y de condición libre; mujeres, extranjeros y esclavos podían presenciar los juegos, pero no intervenir en ellos. Los vencedores eran honrados y ennoblecidos por sus conciudadanos. En muchas ciudades se les aseguraba la manutención de por vida a costa del Estado, y no faltaban las estatuas levantadas para que sus hazañas fueran recordadas por las generaciones futuras. Una ciudad llegó, incluso, a derribar parte de sus murallas para que un héroe olímpico entrara a la urbe por donde nadie antes lo había hecho.

El santuario se llenaba de jóvenes ilusionados, pero también de una abigarrada multitud formada por delegaciones de las ciudades, que rivalizaban entre sí levantando lujosas tiendas y organizando grandiosos banquetes; familiares, entrenadores, escritores que acudían a leer sus textos; artistas, que ofrecían sus obras y sus objetos de lujo a las delegaciones oficiales; vendedores ambulantes, que levantaban sus tenderetes atraídos por el negocio de los juegos; filósofos y embaucadores de toda índole. Olimpia se convertía así en un inmenso mercado, donde el lujo, el negocio y el dinero corrían tanto o más que los atletas en las competiciones, manteniendo una actividad y un bullicio constante en el santuario.

Los juegos duraban exactamente siete días, entre los que se repartían los actos oficiales y la celebración de las distintas pruebas. El primer día tenían lugar los actos protocolarios, en los que los jueces de los juegos, (los Helanódicas), los atletas, familiares y entrenadores, marchaban solemnemente por la vía procesional y acudían a la sede del consejo, el buleterion, donde se hallaba una estatua de Zeus con un rayo en la mano y una lápida de bronce con versos amenazadores. Esta imagen estaba consagrada a la advocación de Zeus Horcio, el del juramento, y ante él los presentes juraban, sobre los trozos de un jabalí sacrificado, que se habían entrenado, durante diez meses seguidos, con plena dedicación, y que no cometerían ninguna falta durante los juegos. También juraban los jueces encargados de las competiciones, tanto de adultos como infantiles, y los que revisaban las condiciones de los potros que participarían en el hipódromo, comprometiéndose a actuar de forma honesta, sin aceptar sobornos, manteniendo en secreto lo que supieran acerca de cada candidato. A continuación el cortejo realizaba sacrificios en los altares dedicados a He-



Olimpia. *Modelo reconstruido del más famoso santuario de la antigua Grecia, donde se celebraban los Juegos Olímpicos cada cuatro años.*

racles, semidios también vinculado a la fundación de los juegos, y libaciones en el recinto conocido como Pelopio, lugar consagrado donde la tradición establecía la tumba del héroe Pelops. A continuación comenzaban las pruebas musicales, en las que primero los heraldos y después los trompeteros competían por la corona de olivo, al pie de uno de los altares de Zeus situado junto al estadio. Con esta competición finalizaba el primer día.

Durante los siguientes cinco días tenían lugar las pruebas estrictamente deportivas, en las que lo más selecto de cada ciudad competía por el honor y la gloria. Los jóvenes participaban en diez pruebas, mientras que las competiciones infantiles se establecían en número de tres. En primer lugar se celebraban las pruebas de velocidad, que consistían en el simple recorrido de la longitud del estadio, 192 metros, junto con el diaulo, dos veces la medida del estadio; la hípica, cuatro veces, y el dólico, veinticuatro. En estas pruebas los atletas competían desnudos y descalzos sobre la superficie de arena, pagando a veces con su salud el considerable esfuerzo que la prueba exigía. Junto con las pruebas clásicas de velocidad existía el Hoplitódromos, una prueba consistente en una carrera en la que los atletas portaban todo el equipo militar del hoplita, realizando dos vueltas al estadio. A continuación venía la lucha, cuyas coronas de olivo eran las más preciadas, divididas entre lucha libre, en la que el objetivo era derribar tres veces al contrario, y el pugilato o boxeo sin distinción de pesos y sin límite de tiempo, en el que los atletas, con los puños vendados por tiras de piel blanda, competían hasta el derribo o abandono del contrincante. La prueba de lucha más famosa, a la que acudían con verdadero entusiasmo los asistentes a los juegos, era el Pancracio. En esta prueba brutal todo estaba permitido, la única excepción eran los mordiscos; a veces la competición terminaba con la muerte de alguno de los rivales, siendo muchos los que padecían terribles deformaciones en el cuerpo hasta el fin de sus vidas.

Las competiciones hípicas tenían lugar en el hipódromo, situado en la ladera sur del estadio, e igualmente eran de las más apreciadas y vistosas, por su sentido de la tensión competitiva y el espectáculo de los engalanados carros. Las pruebas de cuádrigas, carros de cuatro caballos, eran las reinas de las competiciones hípicas. Los participantes recorrían una distancia de 4.500 m. en seis vueltas al hipódromo, en una compe-

tición en la que no eran infrecuentes los accidentes, a veces con resultados mortales. El auriga vencedor tenía derecho a coronarse con una tira de cuero, como vemos en la famosa estatua del auriga de Delfos, pero el verdadero vencedor de la prueba y quien se llevaba todos los honores y la preciada corona de olivo era el dueño de la cuadra de caballos.

Pero, sin duda, la competición estrella de los juegos, aquella en la que los vencedores eran elevados a la categoría de héroes y en cuyo honor se elevaban estatuas y se registraban sus nombres para la posteridad, era el pentatlón. Esta competición constaba de cinco pruebas: salto, disco, jabalina, carrera y lucha, y era donde el atleta probaba sus condiciones físicas excepcionales, agilidad, fuerza, destreza y resistencia. La prueba de salto se practicaba con unas pesas en la mano, que servían de impulso al atleta, quien las soltaba antes de volver a tocar suelo; el disco de bronce solía pesar entre 2 y 6 kilos; la jabalina se dotaba de un propulsor en el centro, en forma de tira de cuero enrollada, y tenía tres modalidades, el alcance, es decir la marca mas alta en llegar la jabalina, la precisión, la máxima aproximación a un punto señalado, y el tiro montado a caballo.

Las pruebas infantiles, celebradas durante estos días, consistían simplemente en pugilato, lucha y carrera en el estadio. Existían también unos juegos femeninos, conocidos como Juegos Hereos por estar consagrados a Hera, esposa de Zeus; estos juegos consistían básicamente en una competición de carrera, donde las jóvenes, vestidas con la túnica y el cabello suelto, recorrían sólo la cuarta parte del estadio; las vencedoras eran igualmente premiadas con coronas de olivo y una parte de una vaca sacrificada a Hera, y se les permitía igualmente elevar estatuas, aunque su consideración social no era tan relevante como en el caso de los vencedores masculinos.

Todas las pruebas estaban sometidas a la inspección de los jueces, conocidos como Helanódicas, que en época de Alcibíades eran dos miembros de las familias principales de la ciudad de Elide. Estos jueces vestían túnicas púrpura, ocupaban los sitios especiales en las competiciones y se encargaban de presidir todos los actos, así como de proclamar a los vencedores. Los Helanódicas eran, además, los encargados de denunciar los casos de sobornos o vulneración de las normas de los juegos. Los acusados de tal acción pagaban generalmente una multa y, a partir del siglo III a.C., tuvieron que levantar estatuas en honor de Zeus, a cuyo pie hacían constar el motivo de la acción impía.

El último día se realizaba una solemne procesión, que recorría todo el recinto sagrado del Altis, encabezada por los Helanódicas, a los que seguían los miembros de las delegaciones oficiales con sus ricas ofrendas, los atletas, entrenadores y familiares, junto con una gran multitud de peregrinos y asistentes a las competiciones. Ante el templo de Zeus se realizaban sacrificios de bueyes, alimentando el fuego con la madera de los álamos blancos del Altis; después se anunciaba el fin de las competiciones y se proclamaban los nombres de los vencedores, a los que solemnemente se imponían las coronas hechas con hojas del olivo sagrado del Altis. Los nombres de los campeones olímpicos quedaban inscritos en los archivos del santuario, y se levantaban estatuas en honor de ellos con inscripciones recordando sus hazañas. Finalmente, esa misma noche, se celebraba el banquete oficial en el Pritaneo, el edificio donde se reunían los máximos dirigentes del Consejo de la ciudad de Elide, acto que suponía la clausura de los juegos.

Cuando Alcibíades acudió a los Juegos Olímpicos del 416 a.C., ya era un líder político ateniense, admirado y honrado en toda Grecia. Su intervención en el Peloponeso en contra de Esparta y favoreciendo los intereses de las ciudades del norte de la península, entre ellas Elide, la ciudad que tutelaba el santuario, le habían granjeado numerosas amistades y un aura de leyenda del que no se apearía hasta su muerte. A esto se añadía su natural don de gentes, su capacidad de atraerse a las masas mostrando una aparente independencia y prodigalidad, que en el fondo sólo servía a sus intereses. Alcibíades, como correspondía a los miembros de la nobleza ateniense, se dedicó, desde muy joven, a la cría de caballos, formando una de las cuadras más importantes de Grecia; con esta cuadra participó en las pruebas hípicas de Olimpia. Consideraba que competir en las pruebas atléticas era propio de gente humilde y educación poco elevada; las carreras de carros eran una competición más vistosa, con mayores dosis de espectacularidad y que ensalzaban la gloria y la figura del rico propietario de la cuadra más que la del auriga vencedor. Aquel verano de la 90ª Olimpiada se presentó en el santuario con siete carros, mostrando así su poder ante los demás representantes de las ciudades griegas. Era un golpe de efecto, calculado con el objeto de extender su fama a toda Grecia, puesto que nunca antes nadie había participado con tal número de carros, ni siquiera un rey. Olimpia, pues, esta-

ba destinada a ser el escaparate de Alcibíades, vendiendo su imagen política ante un pueblo griego abrumado por tal despliege de riqueza y esplendor. Los carros de Alcibíades rompieron todos los precedentes de la competición al quedar en los puestos primero, segundo y tercero, ante el asombro de la multitud que presenciaba el espectáculo. La gesta fue de tal calibre que el mismo poeta Eurípides le dedicó una oda triunfal:

> A ti te cantaré, oh, hijo de Clinias; bellísima cosa es la victoria,
> Pero más bello es lo que ninguno de los griegos alcanzó jamás,
> Ganar con el carro el primero, segundo y tercer premio.
> Y marchar coronado de olivo dos veces sin trabajo alguno,
> Proclamado vencedor por el heraldo.

A su prodigalidad, a su aura de líder nato de la primera polis del mundo griego, se añadió el resonante éxito de su triunfo y la corona de olivo conseguida. Todas las delegaciones oficiales de las distintas ciudades griegas rivalizaron por atraerse su favor. Alcibíades organizaba grandes banquetes, a los que invitaba a sus aliados, quienes, en realidad, surtían de todo lo necesario al noble hijo de Atenas. Los habitantes de la ciudad jonia de Éfeso, en Asia Menor, le regalaron un pabellón, magníficamente engalanado al estilo persa, dos veces más grande que el proporcionado por la propia Atenas, para acoger a sus invitados y pasar con toda comodidad su estancia durante el tiempo de los juegos; los de Quíos se encargaron de la manutención y cuidado de su cuadra de caballos, así como de proporcionarle víctimas en gran numero para los sacrificios rituales; por último, los habitantes de la isla de Lesbos le suministraron el vino y los alimentos más exquisitos, para que no le faltara de nada ni a él ni a sus invitados en los suntuosos banquetes. De este modo, Alcibíades se convirtió en el centro de todas las atenciones y comentarios en Olimpia, contribuyendo a aumentar aún más su fama entre los griegos. Parece que, con este despliegue de lujo, Alcibíades intentaba rivalizar con Nicias, quien el año anterior, con ocasión de la reorganización del culto al dios Apolo, en su santuario de la isla de Delos, había causado una profunda impresión entre sus ciudadanos construyendo un puente de barcas entre Delos y la isla más próxima, por el que desfilaron cientos de fieles cantando himnos al dios, realizando grandes banquetes, certámenes mu-

sicales y sacrificios, y donando al dios las rentas de una propiedad valorada en diez mil dracmas.

La actitud de Alcibíades iba, no obstante, en detrimento de la delegación oficial ateniense, de la que el Alcmeónida formaba parte, eclipsada por el individualismo y el poder de uno de sus líderes políticos, creando entre algunos atenienses el temor de que Alcibíades ocultara intenciones tiránicas hacia Atenas. No le bastaba con dejar en segundo plano a sus conciudadanos, debía demostrar aún más que era él el representante de Atenas, el líder máximo, despreciando el sistema político democrático y humillando a sus paisanos. El día antes de la clausura de las competiciones, cuando tenía lugar la solemne procesión y realización de los sacrificios, Alcibíades pidió a su delegación que le prestara los vasos y ornamentos procesionales atenienses, alegando que intentaba usarlos para celebrar su victoria, prometiendo devolverlos al día siguiente. Llegado el día de la clausura oficial, Alcibíades, abusando de la confianza de sus conciudadanos, se negó a devolver los vasos y cuencos de oro, revelando así su verdadera intención, ya que quería usarlos antes que lo hiciera oficialmente la ciudad. Así, cuando, dentro del cortejo procesional, la delegación ateniense apareció encabezada por Alcibíades portando los ornamentos del Estado, los espectadores en general, ignorando que aquello era propiedad de Atenas, pensaron que Alcibíades había prestado tales objetos para que los utilizara la delegación de la ciudad. Mientras, los que sabían la verdad de boca de los atenienses allí reunidos o conocían la verdadera naturaleza de Alcibíades se reían abiertamente de los atenienses cuando vieron a un hombre mostrándose superior a una comunidad entera. La humillación no podía ser más completa. En su afán de prevalecer por encima de todo y todos, de no respetar ni los más mínimos comportamientos éticos, había sido capaz de vilipendiar a toda Atenas ante los ojos del mundo griego.

Pero Alcibíades no se marcharía de Olimpia sin dar motivo para el escándalo. Durante los juegos corrió el rumor de que un amigo suyo, Diómedes, de condición humilde, tenía intención de participar en las carreras de carros; con tal fin, supo de la existencia de un carro de inmejorable factura en la ciudad de Argos y de propiedad estatal. Dada su escasez de recursos, solicitó a Alcibíades, sabedor de su ascendiente entre los argivos, que comprara el carro en su nombre para poder participar. Alcibía-



Templo de Zeus en el santuario de Olimpia. *Modelo reconstruido.*

des aceptó aparentemente el trato, pero cuando llegó a Argos compró el carro y lo registró a su nombre, haciéndolo participar en Olimpia y mandando a Diómedes a paseo. Esta actitud no suponía sólo una falta de ética hacia un amigo sino la vulneración del principio tradicional que funcionaba en la antigua Grecia y que confería validez legal a los tratos verbales. Diómedes le acusó de cometer un acto que suponía la ruptura de un compromiso previo; la querella acompañó a Alcibíades el resto de su vida e incluso prosiguió en vida de su hijo.

Capítulo VII

CHIQUILLADAS Y AFÁN DE NOTORIEDAD

Alcibíades regresó a Atenas envuelto en un aura de leyenda tras los Juegos de Olimpia. Había humillado a su delegación con su actitud prepotente, despreciado el sistema de gobierno ateniense y por ende a la propia ciudad. El escándalo le acompañaba nuevamente tras el incidente con Diómedes.

Pero Atenas estaba ciega. No era ese Alcibíades el que volvía. No sólo retornaba el líder más popular de la ciudad, sino una nueva generación de políticos de la que él era el único representante, el hombre que devolvería la gloria a Atenas y haría triunfar su poder sobre toda Grecia. Además volvía el triunfador de los juegos, convertido en un héroe olímpico, con todo lo que esto suponía en el mundo griego. La consideración llegaba hasta el extremo de equipararle a un semidios, el orgullo nacional por haber dado en su seno a tan glorioso vencedor; todo lo demás quedaba al margen. La asamblea le otorgó el más alto honor que se concedía a un ciudadano, la manutención de por vida a cargo del Estado y, no contentos con eso, se encargaron de ensalzarle hasta el punto que su victoria en Olimpia supuso su verdadera consolidación política. El pueblo se le había entregado, había causado admiración ante toda Grecia en Olimpia, pero aún necesitaba más para redondear su gloria.

Tras su regreso a Atenas, Alcibíades empezó a manipular la entrega de su pueblo hacia él y a contribuir aún más a su devoción, provocando continuos escándalos que desprestigiaran el sistema e hicieran que continuamente estuviera en boca de los atenienses. Poco después congregó al pue-

blo ateniense para ofrecer un preciado don a la ciudad. Ante los ojos perplejos de los ciudadanos, Alcibíades presentó dos cuadros pintados por el pintor Aristofonte. En el primero aparecían dos figuras que representaban los juegos más importantes de Grecia, los Juegos Píticos, que se celebraban en Delfos, en el santuario del dios Apolo, y los Juegos Olímpicos, ambas figuras colocaban sus coronas sobre la cabeza de Alcibíades situado entre ellas. El segundo cuadro era aún más osado; Alcibíades aparecía sentado en el regazo de Nemea, una conocida cortesana, con un rostro más bello que el de la más hermosa de las mujeres. La mayoría de los atenienses se hacía lenguas de la maravilla de los cuadros y alababa y ensalzaba cada detalle honrando a Alcibíades, mientras el resto, principalmente los ancianos de la ciudad, se indignaba ante lo que consideraban una prueba más de las tendencias tiránicas de Alcibíades. Poco después secuestró al pintor más renombrado de Atenas, Agatarco, para que le pintara los muros de su casa, ya que éste le había rechazado varias veces por sus múltiples compromisos. Cuando Agatarco pudo escapar acudió ante la justicia para denunciar los hechos. Pero la desfachatez de Alcibíades no conocía límites y poco después se presentó él mismo para denunciar el pésimo trabajo realizado por el pintor.

Su ascenso político y su cada vez mayor habilidad en la oratoria iban parejos con la profunda relajación moral de sus costumbres. Cometía constantes excesos con la bebida, sus devaneos amorosos eran incontables, realizaba constantes despilfarros de su fortuna en banquetes y en el afeminamiento de sus ropas, mostrando sus túnicas teñidas de púrpura, un lujo inalcanzable a la mayoría de los atenienses, por todo el ágora, provocando la admiración de los ciudadanos. Se decía que, en una ocasión, durante una expedición bélica, había recortado la cubierta de una trirreme para extender su lecho, no sobre las duras tablas de madera sino sobre listones de tela tensados. Incluso acudía a la guerra con un escudo de oro y marfil donde había hecho representar a Eros, el amor, portando un rayo, y se hacía acompañar en su marcha con el ejército de sus dos amantes, la corintia Timandra y la ateniense Teodote.

En el invierno del 416 a.C., el sitio de la isla de Melos, iniciado antes de los Juegos Olímpicos, terminaba con la rendición incondicional de sus habitantes. La isla fue arrasada, los jóvenes en edad adulta ejecutados, según algunos, mediante un decreto auspiciado por Alcibíades, y las muje-

res y los niños esclavizados. Alcibíades secuestró a una joven melia, con la que convivió y tuvo un hijo, al que cuidó los primeros años de su vida. Los atenienses alabaron el gesto de su estratego tildándolo de acción humanitaria y conmoviéndose de la bondad de Alcibíades, pero otros no lo vieron así y condenaban el nacimiento de un niño de quien había esclavizado a su madre, ordenado matar a su gente y destruido su ciudad, alguien que crecería odiando a Atenas. Para ellos, este era un motivo más del talante cruel y despreciativo de toda ética de Alcibíades. La ciudad entera se hallaba dividida sobre él. Los notables le aborrecían porque temían su constante indiferencia y desprecio ante la ley, otros toleraban su actitud y lo tildaban de chiquilladas y afán de notoriedad. Como acertadamente expresó el dramaturgo Aristófanes: «lo ansían, abominan de él pero quieren tenerlo», o con mayor rotundidad:

> No es lo más apropiado criar un león,
> pero aquel que lo hiciera por gusto,
> por fuerza habrá de acomodarse a sus costumbres.

En cierta ocasión, Alcibíades, al salir de una asamblea entre grandes ovaciones y un formidable cortejo de aduladores, se cruzó con un misántropo llamado Timón, el cual, lejos de pasar de largo o apartarse como solía hacer ante los demás ciudadanos, se acercó a Alcibíades y, tomándole la mano, le dijo: «Haces bien en subir, pues tu ascenso nos traerá una gran desgracia». Algunos de los presentes se rieron, mientras otros no podían ocultar su preocupación. Alcibíades no debió hacer mucho caso en aquel momento de las palabras de Timón, seguramente ya maduraba la oportunidad de abrazar la gloria en todo su esplendor. Subía, y su ímpetu le llevaba a lo más alto. Estaba ya preparado para dar el siguiente paso.

Capítulo VIII

SICILIA

Los sueños de ambición de Alcibíades pasaban por el logro de grandes victorias y el sometimiento de toda Grecia al poder ateniense. El destino parecía aliarse con él aquel año de 415 a.C., cuando aún asimilaba los réditos de su triunfo en las Olimpiadas y la victoria en la isla de Melos. En aquellos días se presentaron ante la asamblea ateniense unos embajadores procedentes de las ciudades de Leontinos y Egesta, en la isla de Sicilia. Esta isla, junto con el sur de la península italiana, estaba ocupada por griegos descendientes de colonos que, huyendo de la miseria y la escasez en Grecia, habían fundado varias ciudades en el siglo VI a.C. Fue por ello que a esta región se la conoció en la antigüedad como la Magna Grecia. La política de las ciudades griegas en Sicilia estaba siempre atenta a dos factores, uno externo, la amenaza constante de los cartagineses, y otro interno, la preponderancia de la ciudad de Siracusa. Esta ciudad, cuyos habitantes eran de origen peloponesio, fue fundada por colonos procedentes de Corinto y representaba los intereses de Esparta en la isla. Atenas, ya desde tiempos de Pericles, había intervenido a pequeña escala en Sicilia, enviando pequeños contingentes de su flota en apoyo de sus aliados y contra Siracusa; se trataba de pequeños pasos que preparaban el terreno para una gran expedición que un día anexionaría la isla al imperialismo ateniense.

Los embajadores de Egesta, que en los comienzos de aquel año se presentaron ante la asamblea ateniense mostrando sus quejas, solicitaban la ayuda de Atenas. La ciudad de Selinunte, aliada de Siracusa, había ocupa-

do la población de Leontinos y deportado a sus habitantes, al tiempo que amenazaba con atacar y destruir a Egesta. Pensando que quizás su petición no sería atendida, intentaron atraerse el apoyo ateniense argumentando que, si Siracusa se hacía con el control de Sicilia, algún día acudiría con sus fuerzas en ayuda de Esparta, sus hermanos de raza, arruinando el poder y la hegemonía de Atenas. Sabedores de que estas razones solas no bastaban, aludían a las riquezas que Egesta y las demás ciudades griegas de Sicilia poseían y del prestigio que Atenas lograría al derrotar a los siracusanos, elevándoles a la categoría de salvadores entre las ciudades sicilianas.

Por si acaso, Atenas decidió enviar embajadores que comprobaran la veracidad y los argumentos de los egestanos. Estos emisarios volvieron al inicio del verano, contando maravillas de las riquezas que habían presenciado y de las enormes posibilidades que les ofrecía la expedición. Esta era la confirmación que necesitaba la asamblea para decidir la intervención en Sicilia.

Nicias, sin embargo, razonaba en contra, exponiendo los problemas que suponía una empresa de tal envergadura para Atenas. Pero, antes de que sus pensamientos se trasladaran a sus discursos ante la asamblea, Alcibíades ya estaba labrando su propio camino. Desde el momento en que se supo en Atenas la llegada de los embajadores y el motivo de su viaje, Alcibíades se había encargado de soliviantar los ánimos de los jóvenes con brillantes soflamas y acalorados discursos en los que invocaba el poder y el prestigio que supondría para Atenas tal expedición. Ya no se trataba sólo de Sicilia. La imaginación de Alcibíades cabalgaba sin freno y, ante muchedumbres absortas por sus palabras, describía un panorama en el que se veía al frente de una poderosa flota que ocuparía Cartago y el África, y la gente casi podía tocar con sus manos el Peloponeso, Sicilia... Italia entera.

Nicias era incapaz de detener la insensatez del pueblo; pese a todo, intentaba buscar el apoyo de gente de la nobleza, empeñado en disuadir a sus conciudadanos, pero las familias principales tenían miedo de oponerse a la voluntad popular. Así, cuando la asamblea se reunió, para decidir sobre el tema, los atenienses aprobaron mayoritariamente realizar la expedición y nombraron como generales a Alcibíades, Nicias y Lámaco; en ésto, la asamblea obró con sensatez contraponiendo al ardor y la osadía de Alcibíades la prudencia de Nicias.

Durante los preparativos de la empresa, toda Atenas estaba en constan-



Templo de Apolo, en el santuario de Delfos.
(Foto: V. M. Renero)

te agitación; los jóvenes seguían extasiados a Alcibíades y escuchaban a los ancianos las maravillas de Sicilia y las consecuencias grandiosas que tendría la expedición. Los atenienses formaban grupos en las palestras y discutían los aspectos de la empresa, mientras dibujaban en la arena el contorno de Sicilia junto con la situación de Cartago y África. Pero algunos atenienses no las tenían todas consigo. Sócrates recelaba de los beneficios de la expedición porque, según se decía, sus ancestros se le habían aparecido anunciándole que aquella expedición se equipaba con la ruina de la ciudad. El astrólogo Metón adivinó los peligros futuros y concibió una estratagema para impedir que su hijo marchara con la flota: fingiéndose afectado por la locura quemó su casa una noche, para, al día siguiente, suplicar ante la asamblea que por tamaña desgracia era necesario que su hijo permaneciera a su lado. De esta forma engañó a los ciudadanos y logró su objetivo.

Otros hechos de carácter sobrenatural parecían traer malos augurios sobre la expedición. Augurios tenidos en cuenta por los atenienses, que, como la mayoría de los pueblos de la antigüedad, eran muy supersticiosos. Los adivinos presentaron estos hechos desfavorables, seguramente auspiciados por quienes se oponían a la expedición, pero Alcibíades se encargó de recuperar un oráculo antiguo que decía que a los atenienses les vendría gran fama por Sicilia, aunque algunos opinaban que este oráculo se había cumplido ya en épocas pasadas. Además hizo venir a unos adivinos del templo de Zeus Amonio con varios oráculos; uno de ellos decía que los atenienses se apoderarían de los siracusanos, los demás eran contrarios, pero ya se encargó de ocultarlos. Fue igualmente notable, durante aquellos días, el sacrilegio cometido sobre el altar de los doce dioses, cuando un hombre se subió sobre él y abriendo las piernas se cortó los genitales con una piedra.

Vinieron noticias del santuario de Delfos, donde había una estatua de Palas Atenea, protectora de Atenas, ofrecida por los atenienses con el botín tomado durante las guerras contra los persas, anunciando que unos cuervos habían picoteado la estatua y arrancado el oro de que estaba recubierta y lo habían arrojado al suelo. Otro oráculo ordenó a los atenienses que acogieran a la sacerdotisa de Atenea de la ciudad de Clazomene. Cuando fueron a buscarla se apercibieron que se llamaba Hesuquía, que en griego quiere decir "quietud", con lo que se interpretaba que la diosa aconsejaba a los atenienses que se mantuvieran quietos.

Con la ciudad entera inmersa en grandes ilusiones y temores, ante los augurios que unos y otros utilizaban según su parecer, cinco días después de aprobar la expedición se celebró la asamblea que discutiría los preparativos y el método de organización. Nicias aprovechó esta ocasión para intentar llamar a la reflexión e impedir la empresa, a pesar de que era apartarse de la costumbre el discutir sobre algo ya votado. En medio de los asistentes, su voz sonó clara y fuerte exponiendo los problemas que rodeaban la expedición a Sicilia: en primer lugar, el peligro de dividir las fuerzas en dos frentes; después llamó a la consolidación de la hegemonía ateniense sobre sus aliados griegos, antes de lanzarse en busca de otro imperio; finalmente advirtió sobre la dificultad de dominar Sicilia, territorio tan alejado de las bases atenienses. Expuestas sus razones en contra de la expedición, no dejó pasar la oportunidad de criticar abiertamente la actitud de Alcibíades:

«Y si alguno, contento por haber sido elegido para el mando, os exhorta a zarpar atento tan sólo a su propio interés (máxime cuando todavía es demasiado joven para este mando), a fin de poder ser admirado por sus cuadras de caballos y poder resarcirse un poco de sus muchos gastos gracias a su cargo[...] pensad mas bien que esa clase de gente malversa lo público y malgasta lo privado y que la empresa es demasiado seria para que unos jóvenes decidan sobre ella y la tomen a la ligera».

Alcibíades se levantó rápidamente al término del discurso de Nicias y hábilmente, desarrollando sus dotes de orador, comenzó a exponer sus razones. En primer lugar se defendió de las injurias de Nicias hacia su persona. Recordó cómo el poder y la magnificencia de Atenas asombraron al resto de los griegos en Olimpia gracias a sus triunfos. Aludió a cuando ejercía la función de corego con tanta brillantez que despertaba la envidia de sus conciudadanos. A continuación y como resumen de todo lo anterior, se autodefinió como una persona brillante y exitosa, y cuya única ambición era que la ciudad le recordara en el futuro y permanecer en la memoria de las generaciones postreras. Una vez terminada su defensa pasó a considerar la expedición, asegurando su buen fin, gracias al apoyo de las ciudades sicilianas que les recibirían abiertamente si les ayudaban a acabar con Siracusa. Además, recordaba Alcibíades, los enemigos en ese momento, espartanos y persas, ya lo habían sido antes y sus antepasados llevaron igualmente a Atenas hacia el triunfo sin negarse nunca a prestar apoyo a sus aliados.

Los miembros de la asamblea se iban decantando hacia los argumentos de Alcibíades, por lo que Nicias, en un último y desesperado intento, llamó la atención en la magnitud y el coste de los preparativos; pero su razonajos sobre como llevar a cabo la organización de la empresa. Nicias fracasaba en su intento de convencer una vez más al pueblo, pero al menos lograba que la duración de la asamblea se alargara sin que se llegara a tomar ninguna decisión, lo cual favorecería a sus intereses. Alcibíades, no obstante contaba con que Nicias intentaría esta estratagema; así que, valiéndose de un orador aliado suyo, que arrastraba a los atenienses con su verbo fácil, increpó a Nicias exhortándole a que expusiera ante la asamblea la cuantía de fuerzas que debían, según su opinión, formar la expedición. Nicias, cogido entre la espada y la pared, tuvo, a pesar suyo, que recomendar que no fueran menos de cien trirremes y cinco mil hoplitas. Tras escucharle, la asamblea optó por delegar en los tres generales elegidos los aspectos referentes a los preparativos y la guerra en sí. No había más solución y Nicias se resignó a sacar adelante con dignidad una expedición en la que no tenía mucha confianza.

La decisión de la asamblea de agilizar los preparativos respondía al ansia y la efervescencia que se vivía en la ciudad en las vísperas de la partida. Todo el mundo sentía unas inusitadas ganas de echarse a la mar cuanto antes. Los veteranos soñaban con la conquista de Sicilia y grandes glorias militares; los jóvenes, con ver y conocer lejanas y extrañas tierras; el pueblo, en general, hacía cábalas sobre el reparto del botín y sobre el enriquecimiento del Estado que les proporcionaría una paga perpetua. Los sectores oligárquicos y antidemocráticos sólo veían una masa de ciudadanos cuya única ilusión era vivir a costa de las arcas estatales.

Pocos días antes de la partida, la ciudad entera se despertó sobresaltada ante la noticia de que todos los Hermes de Atenas habían sido salvajemente decapitados. Los hermes eran bloques cuadrangulares con la cabeza del dios Hermes, entre otras cosas protector de los caminos y los viajeros, y un falo erecto, símbolo de fertilidad y buen augurio, esculpido en la parte frontal. Estos bloques se colocaban en los caminos, las encrucijadas, las entradas de las casas, los edificios públicos y los lugares sagrados. La noche del 25 de mayo del 415 a.C., alguien había decapitado todos los Hermes de la ciudad. A la mañana siguiente el descubrimiento llenó de indignación y terror a los atenienses. En vísperas de una gran ex-



Estatua de Hermes con aspecto de pastor. *Obra en bronce, inspirada en un original de uno de los grandes broncistas de la primera etapa del clasicismo, atribuida a Mirón de Calamis. (Museo Nacional de Atenas).*

pedición como la de Sicilia, el sacrilegio cometido sobre el protector de los caminos y los viajes no podía tener más que fatales consecuencias.

La excitación de los ciudadanos era tan grande que, en vez de encargar, como era habitual, a los tribunales que investigaran el asunto, se presionó para que el Consejo de la ciudad creara una comisión especial que estableciera las responsabilidades; argumentaban, quienes así opinaban, que, si no eran hallados los culpables, el sacrilegio caería sobre la ciudad. Tras esta explicación estaba el temor a que aquello fuera parte de una conjura de los partidarios de la oligarquía, destinada a hacer fracasar la expedición y derribar el sistema democrático.

Algunos, seguramente los que trataban de ocultar la verdad confundiendo al pueblo, hicieron circular el rumor de que los culpables eran los corintios que vivían en Atenas, en un intento de detener el ataque a Siracusa, pues esta ciudad había sido fundada por colonos procedentes de Corinto. Pero pronto empezó a apuntarse la causa más probable. No era la primera vez que se habían realizado desmanes semejantes y siempre habían sido grupos de jóvenes que tras los banquetes volvían completamente borrachos cometiendo todo tipo de tropelías. Así pues, la comisión se reunía con frecuencia, realizando exhaustivas pesquisas y tratando de conseguir los nombres de los disolutos.

Estando celebrándose la última asamblea, antes de que partiera la flota, reunido todo el pueblo, inquieto por los últimos acontecimientos, y lleno de ilusión por la próxima salida al mar, un ciudadano, Androcles, irrumpió profiriendo grandes voces:

«Ciudadanos, enviáis esta poderosa hueste en todo su esplendor sobre una peligrosa empresa. Os demostraré que vuestro estratego Alcibíades ha estado parodiando las celebraciones de los Misterios en una casa privada junto a otros. Pido que concedais inmunidad para el que acusa, un no iniciado, un esclavo propiedad de uno de los aquí presentes, que ante vosotros os describirá los misterios. Si lo que digo no es cierto haced de mí lo que os parezca».

El pueblo no podía dar crédito a lo que oía. Junto con las acusaciones de sacrilegio también se decía que Alcibíades, en medio de la fiesta y llevado por la embriaguez, era el causante de los destrozos de los Hermes. ¿Pero, cuáles eran exactamente los hechos y en qué consistían los aludidos misterios?.

Uno de los aspectos peor conocidos de la religiosidad griega son los denominados "misterios" o ceremonias secretas en honor de determinados dioses. Los que mencionaban los acusadores de Alcibíades eran los Misterios de Eleusis, ritos que tenían lugar en el mes de Boedromion (septiembre-octubre) en aquella población del Ática situada a unos 25 km. de Atenas. Estas ceremonias tenían lugar en honor de la diosa Deméter y su hija Koré o Perséfone, y recordaban el mito según el cual el dios de la muerte Hades había raptado a Koré, acudiendo su madre Deméter a rescatarla. Hades permitió que Koré volviera con su madre durante la primavera, pero al llegar el invierno debía retornar a sus dominios de ultratumba. Obviamente, ambas divinidades estaban relacionadas con el culto a la tierra y los ritos agrícolas, así como con el mundo de los muertos. Las fiestas de los Grandes Misterios de Eleusis representaban así la búsqueda de la protección de la diosa sobre los muertos y la felicidad en el más allá. El ciclo de la vida, la muerte y la resurrección se mezclaban en estos poco conocidos ritos, fundamentalmente porque sólo podían realizarlos los iniciados y se prohibía su divulgación entre aquellos que no lo fueran, bajo pena de muerte.

Las ceremonias comenzaban el día 14 del mes, en el que se llevaban en solemne procesión los objetos sagrados desde Eleusis a Atenas. Al día siguiente se reunían todos los candidatos a iniciados, cuya única excepción, al parecer, era no hablar griego o haber cometido homicidio, y acudían al puerto de Falero, uno de los puertos de Atenas junto con El Pireo. En la ensenada, los candidatos procedían a realizar una ceremonia de purificación. Los sacerdotes proclamaban la frase ritual: "Al agua, los iniciados", y éstos corrían arrastrando un cochinillo, posteriormente sacrificado, hasta introducirse en el mar. El día 19, nuevamente con gran solemnidad, la procesión devolvía los objetos sagrados de Atenas a Eleusis en medio de cantos y fórmulas rituales. Durante las noches del 21 al 23 tenían lugar los ritos secretos de las ceremonias. En primer lugar los iniciados rompían su ayuno, mantenido hasta entonces, bebiendo un líquido sagrado compuesto de agua, extractos de cereales y poleo, a continuación se les mostraban los objetos sagrados y pronunciaban frases rituales, con las que aceptaban su nueva condición; después, la familia sacerdotal de los Eumolpidas dirigía cantos en honor de las diosas. La segunda noche se procedía a la consagración de los iniciados del año an-

terior, alcanzando el más alto nivel dentro de los misterios; en esta ceremonia eran introducidos en un gran edificio completamente oscuro, donde, sobrecogidos por el sonido de los cantos lúgubres que resonaban en la amplia sala, pasaban ante imponentes columnas. Repentinamente el recinto se iluminaba con la luz de las antorchas y se asistía a la revelación de los misterios.

Alcibíades negó públicamente la acusación, pero los ciudadanos dudaban, ya que anteriormente había corrido el rumor de su participación en el remedo de otros cultos religiosos. Los magistrados encargados de la investigación decidieron entrevistarse con el testigo de los hechos y acusador. La sorpresa fue grande al descubrirse que era un esclavo al servicio de Alcibíades; cuando se le prometió la impunidad y se le ofreció una recompensa, si los hechos eran ciertos, el esclavo procedió a dar su testimonio. La acusación establecía que Alcibíades había acudido a un banquete en casa de un rico extranjero, Pulitón, y que allí habían parodiado las procesiones y ritos secretos de los misterios, repartiéndose entre ellos, a modo de burla, las funciones de los rituales. Unos se encargaron de ser los proclamadores de los misterios, otros de portar antorchas, Alcibíades de ser el sacerdote principal de los cultos, exhortando a participar a gente no iniciada entre los invitados y esclavos allí presentes, revelándoles así los misterios. Como fin de fiesta, los alegres componentes de la procesión habían procedido a la decapitación de todos los Hermes.

La gravedad de las acusaciones, y el empeño que pusieron los enemigos de Alcibíades en demostrarlas, acabaron soliviantando los ánimos del pueblo. Durante las semanas siguientes, al calor de las recompensas prometidas, fueron apareciendo nuevos acusadores que contribuían a extender la confusión entre los atenienses.

Los que antes adoraban a Alcibíades y quedaban arrebatados oyéndole hablar de las maravillas de Sicilia, ahora estaban dispuestos a ejecutarle. Alcibíades insistía en negar su participación en los hechos. Es posible que algo de razón tuviera y que todo se tratara de una conjura de la oligarquía aristocrática contra el sistema democrático, para desacreditar a su principal representante. Pero el hecho de que el pueblo se irritara demuestra hasta que punto los atenienses creían a Alcibíades capaz de cometer tales acciones.

Su estrella estaba en pleno declive, aunque, para un político tan ca-



Gran relieve de Eleusis. *Representa a las dos divinidades, Deméter y Perséfone, con el joven Triptólemo, a quien la primera entrega una espiga de trigo.*
(Museo Nacional de Atenas).

paz de capear éstos y otros temporales como Alcibíades, no era descabellado pensar en que ocultaba algunas bazas que pondría en juego. Los marineros y tropa dispuesta para su partida a Sicilia empezaron a hablar en su favor. Junto con ellos los cerca de mil hoplitas de Argos y Mantinea, que se hallaban en Atenas para participar en la empresa, anunciaron que si Alcibíades era apartado de su dirección desertarían, pues sólo con él realizarían el viaje a Sicilia. No olvidaban aquellos ciudadanos de Argos y Mantinea los servicios que Alcibíades les había prestado en el Peloponeso y gracias a los cuáles gozaba entre ellos de gran predicamento. Ante estas amenazas, los ciudadanos de Atenas no tuvieron más remedio que reconocer la necesidad de que Alcibíades comandara la expedición, pues sin él ésta no tendría lugar. Sus principales enemigos, quienes ya creían próxima su caída, se alarmaron ante los titubeos de los ciudadanos. Así pues, temerosos de que si Alcibíades era sometido a los tribunales en ese momento, los jueces le absolvieran convencidos de que el éxito de la empresa pasaba por su presencia en ella, decidieron esperar momentos más propicios. Con tal fin, los oradores enemigos de Alcibíades manifestaron en la asamblea el desatino que, a su entender, suponía juzgar a un general en cuyas manos se habían puesto tantos recursos y esperanzas, en el momento en que la flota estaba dispuesta para partir; lo mejor, según ellos, era que marchara y compareciera ante los tribunales concluida la guerra. Alcibíades captó enseguida la maniobra y manifestó la injusticia que suponía el marchar a Sicilia con la sospecha rondándole y dejando atrás un ejército de calumniadores con los dientes afilados en espera de su retorno. Públicamente pidió que se le juzgara para enfrentarse a la muerte, si se le declaraba culpable, o poder marchar libremente a Sicilia si se demostraba su inocencia. Pero, esta vez, no logró convencerlos.

Capítulo IX

DUDAS, RECELOS, ENGAÑOS

Instado a que partiera con la flota, Alcibíades se reunió con los otros dos generales, Nicias y Lámaco, para ordenar la marcha. La fecha de la partida también dio pábulo a los comentarios supersticiosos. Por aquellos días las mujeres atenienses celebraban las fiestas de las Adonias, ritos en honor a Adonis, amante de Afrodita mortalmente herido por causa del celoso dios Ares. Adonis simbolizaba la muerte y el renacer de la naturaleza, y su figura estaba asociada a varias plantas aromáticas. Durante estas fiestas, eminentemente femeninas, las mujeres plantaban, en vasos y jarros, semillas de rápido crecimiento, a las que ayudaban a florecer regándolas con agua caliente; a continuación, colocaban los tiestos sobre los tejados de las casas formando unos espectaculares jardines que se agostaban en un par de días. Los ritos comprendían también la exposición de cadáveres simulados y elementos funerarios, mientras las mujeres en procesión representaban las exequias y se lastimaban, entonando dolorosas lamentaciones por Adonis. Los ciudadanos más agoreros veían en esta coincidencia funestos presagios de muerte. Pensaban que al igual que los jardines de Adonis florecían esplendorosos para marchitarse, así sucedería con la impresionante escuadra ateniense.

El día señalado los atenienses bajaron hasta el puerto para despedir a su armada. Tras un toque de trompeta, los asistentes permanecieron en silencio hasta que un heraldo comenzó a dirigir las plegarias conjuntas, después se hicieron libaciones rituales con el vino mezclado en copas de oro y plata, y, finalmente, tras entonar el peán el canto de guerra, se

echaron a la mar. Previamente mandaron tres naves a Sicilia para que les informaran sobre la situación de la isla y tantearan el efecto que producía el anuncio de la llegada de la flota, así cómo cuántas ciudades estarían dispuestas a pasarse al bando ateniense. La impresionante armada ateniense que se dirigía a Sicilia estaba compuesta por ciento cuarenta trirremes, galeras de tres filas de remeros, en las que marchaban cinco mil hoplitas, mil trescientos entre arqueros y honderos y treinta jinetes. Acompañaban a la flota ciento treinta naves de carga, que transportaban los avituallamientos y materiales necesarios, así como un elevado número de albañiles, carpinteros y panaderos. La magnitud de la empresa era tal que ni los mismos siracusanos creían ser cierto el ataque de los atenienses, solamente cuando la flota llegó a las costas de Sicilia fueron conscientes del peligro que les amenazaba.

La primera escala de la armada ateniense tuvo lugar en Regio, en la península de Calabria; allí ya se encontraron con el principal problema que tendría la flota, el rechazo de algunas ciudades a acogerles por temor a comprometerse excesivamente a favor de un bando u otro. Negándoles los ciudadanos de Regio su entrada, levantaron su campamento en las afueras, a la espera de que llegaran las naves de exploración que habían enviado previamente a Sicilia. Cuando estas naves se reunieron con la flota, anunciaron, ante el estupor de Alcibíades y la confirmación de Nicias en sus temores iniciales, que Egesta, la ciudad que solicitó su apoyo, apenas poseía riquezas. Los integrantes de la expedición no podían creerlo, máxime cuando los primeros embajadores que envió Atenas a Egesta volvieron hablando maravillas de las riquezas y el lujo de la ciudad. Sin embargo, todo había sido una estratagema de los egestenses; temiendo que los atenienses no se arriesgarían a apoyarles sin obtener beneficio, excitaron la codicia de los embajadores mostrándoles copas y vasos de oro y plata que o bien pertenecían a algunos santuarios, o fueron pedidos prestados a otras ciudades griegas vecinas.

Los generales, a cuyo cargo estaba la expedición, decidieron reunirse para debatir sobre las líneas de actuación. Nicias era partidario de llegarse con la flota ante Siracusa y sus aliados, para amedrentarles mostrando su poder y obligarles a firmar un tratado con las ciudades afectadas. De esta forma la expedición podría volver a Atenas consiguiendo sus objetivos con gran éxito y sin riesgos. Alcibíades consideraba que sería vergonzoso

volver sin resultado alguno; su idea era atraerse a las principales ciudades de Sicilia para, de esta forma, ir cercando a Siracusa, y atacarla si aún así se negaba a firmar la paz; en esto le apoyaba el otro general, Lámaco, aunque él era más partidario de buscar un enfrentamiento frontal con Siracusa.

La flota partió hacia la isla desembarcando en la ciudad de Catania. Durante un tiempo la armada se limitó a recorrer la isla mostrando su fuerza y esplendor a todas las ciudades. Los atenienses se presentaron con sesenta de sus naves ante Siracusa, mostrando su fuerza, aunque sólo diez se internaron en la rada del puerto para hacer un reconocimiento. En el mejor estilo de la guerra psicológica, mientras la impresionante formación se extendía ante los ojos de los siracusanos, un heraldo ateniense les exhortaba a entablar negociaciones con Leontinos y Egesta. Durante el reconocimiento apresaron un barco que llevaba unas tablas donde estaban inscritos todos los siracusanos por orden de sus tribus; al mostrar el hallazgo a los generales atenienses, algunos soldados se inquietaron, pues veían en él la confirmación de aquel oráculo que decía que «los atenienses se apoderarían de los siracusanos», y eso habían hecho, solo que los siracusanos del oráculo no eran más que una lista de nombres. Estos augurios y la estrategia empleada, que condenaba a la flota a la inactividad, no lograba sino infundir desánimo entre su propio ejército ansioso de entrar en batalla y obtener el calculado botín. Al mismo tiempo, los sicilianos, pasada la primera impresión que les produjo la magnitud de la flota, empezaron a acostumbrarse a su presencia y a perder el miedo inicial. Incluso entre las ciudades sicilianas, supuestamente aliadas de Atenas, cundía el recelo; aquella armada no parecía venir exclusivamente como libertadora, los afanes imperialistas asomaban ligeramente por las proas de las trirremes.

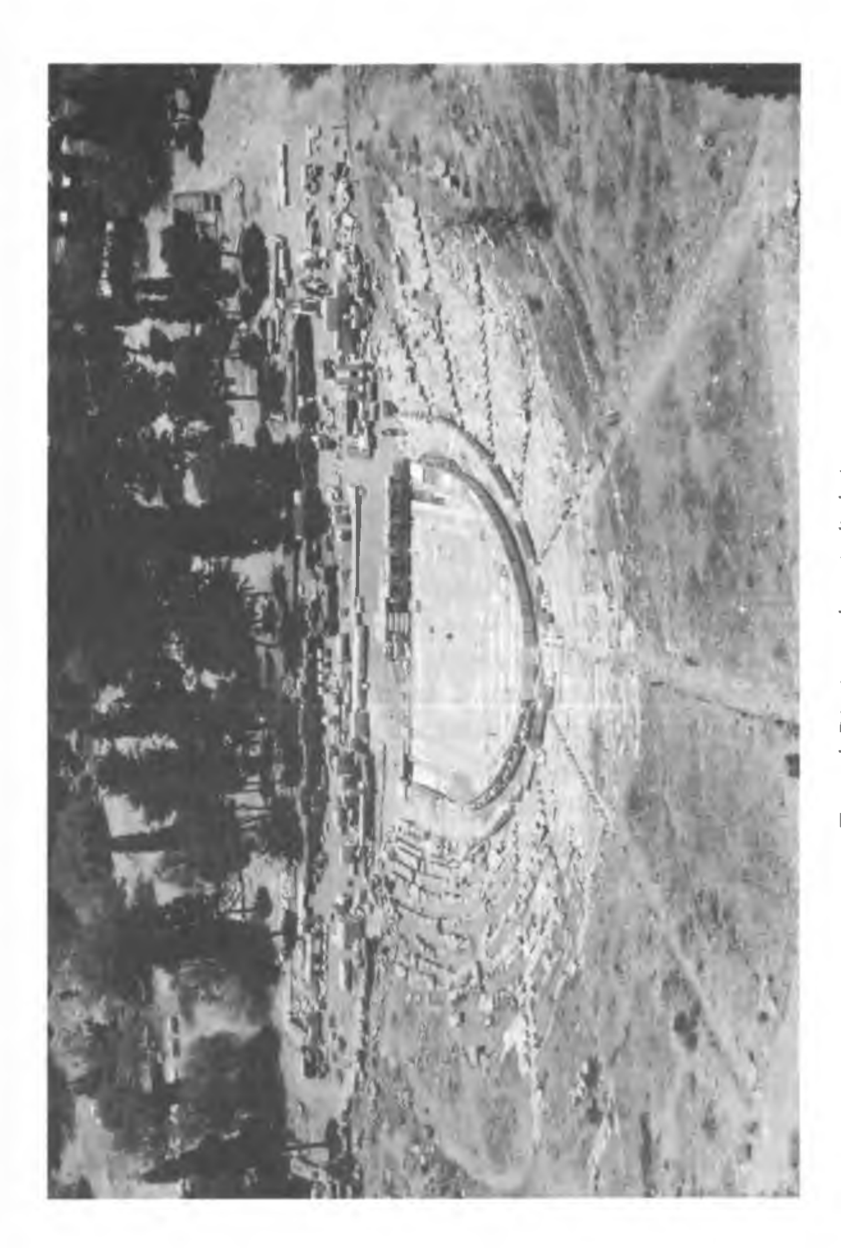
Mientras tanto, en Atenas, los enemigos de Alcibíades empezaron a maquinar contra él, una vez le vieron alejarse en el horizonte. Propalaron el rumor, por toda la ciudad, de que el sacrilegio de los misterios y la decapitación de los Hermes respondían a una conjura de Alcibíades, dispuesto a hacerse con el poder y convertirse en tirano de Atenas. El golpe definitivo lo dio un tal Tésalo, quien se presentó ante los tribunales con la siguiente denuncia:

«Tésalo, hijo de Cimón Laciade, denuncia a Alcibíades, hijo de Clinias, Escambónida, de haber ofendido a las diosas Deméter y su hija,

parodiando los misterios y divulgándolos a sus amigos en su casa, habiéndose puesto el ornamento que lleva el Sacerdote cuando celebra los misterios, tomando él mismo el título de sacerdote, dando a Pulitión el de portaantorcha y a Teodoro Fegés el de proclamador, y llamando a sus amigos iniciados y adeptos, contra lo justo y lo establecido por los proclamadores y los sacerdotes de Eleusis».

Súbitamente se desencadenó una guerra de denuncias en toda la ciudad, acusadores salidos de todas partes señalaban con el dedo a cualquier ciudadano sospechoso, que era inmediatamente acusado y encarcelado por un pueblo envalentonado y fuera de sí. Listas de nombres aparecían, una y otra vez, con numerosos sospechosos, y una nueva denuncia, por parte de una mujer, recayó sobre Alcibíades. La caza de brujas se desató con una ferocidad inusitada; rabiosos por no haber podido juzgar y ejecutar a Alcibíades, la emprendieron con sus familiares y amigos. Los testimonios de los denunciantes eran elevados a la categoría de verdad absoluta, aunque en muchos casos entraban en abierta contradicción con los hechos. Algunos decían haber reconocido a los acusados por verles el rostro gracias a la luna llena que había la noche de los hechos, cuando la realidad era que el sacrilegio había ocurrido en una noche de luna nueva. El pueblo titubeaba un día para envalentonarse al siguiente y, hábilmente manipulado por los enemigos de Alcibíades, conducía y encerraba por sí mismo a los denunciados. Los magistrados atenienses, no dudando ya de la realidad de la conjura antidemocrática y esperando la inminencia de un golpe de mano, ordenaron que se dispusieran tropas en el ágora y en otros puntos estratégicos de la ciudad, mientras ellos se refugiaban en la Acrópolis. Por aquellos días, un contingente de tropas tebanas se acercó, en una escaramuza, hasta la frontera del Ática, con lo que los atenienses empezaron a ver la confirmación de sus sospechas. La histeria recorría la ciudad y en todas partes el enemigo acechaba; cuando el consejo de los magistrados se reunía, la gente que deambulaba por el ágora huía temiendo ser denunciada y apresada.

Era tal la ira ciega del pueblo que el más mínimo detalle convertía a cualquiera en sospechoso. Incluso a este juego no pudieron escaparse algunos partidarios de la oligarquía; el orador Andócides, conocido por su poco aprecio por la democracia, fue encarcelado porque el único Hermes que se salvó de la decapitación era el que se encontraba frente a



Teatro de Dionisos, en la acrópolis de Atenas.
(Foto: V. M. Renero)

su casa. En la cárcel, Andócides coincidió con una falsa víctima encargada de hacer hablar a los presos. Este espía le convenció para que admitiera su culpabilidad y delatara librándose del juicio y de la infamia. Andócides, con tal intención, comenzó a citar como conjurados a todos los que conocía, incluso sus esclavos, tratando de ganarse el favor del pueblo y lograr impunidad. De esta forma, cientos de inocentes, acusados por él, acabaron sus días en el patíbulo.

La asamblea ateniense, inmersa en la vorágine vengativa y justiciera hacia todo lo que sonara a Alcibíades, reclamó su presencia en Atenas. Se acordó enviar la nave *Salamina*, encargada de transmitir los despachos oficiales, para que le recogiera en Sicilia y se presentara ante los tribunales. Previamente se dieron órdenes a los designados para esta misión con objeto de que obraran con cautela y no actuaran con violencia, no fuera que el ejército desplegado en Sicilia se amotinara en defensa de su general. Cuando la nave llegó a Sicilia, Alcibíades ya estaba al corriente de su misión y de los malos vientos que corrían en Atenas. Antes de embarcarse y abandonar la isla quiso dejar bien patente cual iba a ser su actitud a partir de aquel momento. Estando Nicias y Lámaco negociando la alianza de la ciudad de Mesina con un grupo de notables proatenienses de la ciudad, Alcibíades los denunció ante los partidarios de Siracusa, con lo que la alianza con Atenas se frustró. Demostraba así a los atenienses que el destino de la expedición estaba intimamente ligado al suyo.

Embarcándose en su propia nave, junto con otros miembros de la expedición, igualmente requeridos por la justicia ateniense, siguió a la *Salamina*, dispuesto, aparentemente, a enfrentarse con la situación planteada en la ciudad. Al realizarse una escala en la ciudad de Turos, al sur de la Península Italiana, aprovechó para escapar de la nave y dar esquinazo a sus centinelas disfrazándose y escondiéndose en la ciudad. Alguien le reconoció y le preguntó: «¿No te fías, Alcibíades, de la patria?», a lo cual respondió: «En todo lo demás sí; pero cuando se trata de mi vida, ni en mi madre». Enterada Atenas de su fuga, la asamblea montó en cólera y se le condenó a muerte en rebeldía, confiscándole todos sus bienes y ordenando que todos los sacerdotes le maldijesen en sus oraciones, mandato este último al que se opuso una sacerdotisa aduciendo que su misión era bendecir no maldecir a nadie. Finalmente, mandaron erigir una estela en lugar público donde se inscribieron los nombres de los conde-

nados, así como el producto de la venta de las propiedades confiscadas, prometiendo una recompensa de un talento a quien matara a uno de los inculpados. Alcibíades, al conocer lo sucedido y que sobre él pendía una condena a muerte exclamó: «Pues yo les demostraré que estoy vivo».

En esos momentos se le suponía en el Peloponeso, donde tenía grandes aliados, y, efectivamente, se encontraba en la península, concretamente en la ciudad de Argos. Los atenienses suponían que se quedaría allí y que no se le ocurriría volver por la ciudad donde pesaba su condena. Pero estaban equivocados, pues, cuando volvieron a saber de él, no se encontraba en Argos, ni en Mantinea, ni en un dorado exilio en el Imperio Persa. Alcibíades estaba, simplemente, en Esparta.

Capítulo X

ALCIBÍADES, EL TRAIDOR

Con la partida de Alcibíades, a finales del 415 a.C., la expedición ateniense en Sicilia recayó en manos de Nicias, secundado por el otro general nombrado por Atenas, Lámaco. La estrategia prudente de Nicias, que retrasaba lo más posible el momento del combate, infundió ánimos a los siracusanos, quienes empezaron imprudentemente a provocar al ejército ateniense. Nicias, decidido por fin a hacer frente al enemigo, envió a Siracusa a un siciliano que se hizo pasar ante los siracusanos como partidario suyo; este falso traidor les desveló a los siracusanos la posibilidad de atacar por sorpresa el campamento ateniense. El ejército de Siracusa abandonó la ciudad en busca de los atenienses, momento que esperaba Nicias para dirigirse hacia ella y desembarcar en las cercanías tomando una posición ventajosa. Cuando los siracusanos quisieron darse cuenta ya era demasiado tarde y se encontraron con el enfrentamiento inevitable en una posición de desventaja. En el momento en que se aprestaban por el combate, Nicias lanzó el ataque aprovechando el factor sorpresa. A pesar de una resistencia inicial, el desorden de las filas siracusanas, junto con la aparición de una fuerte tormenta, terminaron con la desbandada del ejército enemigo y el triunfo ateniense. Sin embargo, Siracusa, aunque veía peligrar su existencia, aún conservaba buena parte de sus fuerzas y el apoyo de algunas ciudades de la isla. La llegada del invierno hizo que Nicias buscara el necesario alojamiento y avituallamiento para su ejército. Algunas de las ciudades sicilianas le negaron su entrada, pero finalmente pudieron vivaquear en la ciudad de Naxos, al norte de la isla.

Atenienses y siracusanos se aprestaron a preparar sus fuerzas para el combate final en cuanto llegara la primavera. Nicias dispuso todo lo necesario para que se iniciara la construcción de un muro que circunvalara Siracusa, sometiéndola al asedio. Los siracusanos a su vez construían otro muro para impedir ser encerrados. Ambos contendientes enviaban embajadores a todas las ciudades sicilianas, donde desplegaban todo su juego de artimañas oratorias para inclinar la balanza de uno u otro lado.

Al comenzar el año 414 a.C., la posición ateniense en Sicilia era muy favorable. Nicias tenía todos los triunfos y en el campo enemigo algunos ya pensaban en solicitar la paz y buscar la alianza con Atenas. Aun así, los siracusanos no cejaban en su empeño y buscaban alianzas en todas partes. Nunca llegarían a sospechar que su mejor aliado sería el mismísimo Alcibíades.

Durante el invierno Siracusa había enviado embajadores a Corinto, invocando su parentesco étnico, para solicitarles su ayuda. Los corintios votaron a favor de prestar auxilio a sus hermanos y además decidieron enviar embajadores que les acompañaran a Esparta para mover a los espartanos a la intervención. Cuando los embajadores corintios y siracusanos llegaron a Esparta se encontraron con que allí estaba su antiguo enemigo, Alcibíades.

El Alcmeónida, poco después de pisar suelo griego, había buscado refugio en Argos, donde esperaba encontrar apoyo de sus antiguos aliados; pero los dirigentes demócratas de Argos se encontraban ahora presionados por Atenas y la condena de muerte que pendía sobre Alcibíades. Éste, temiendo ser apresado, envió un mensaje a Esparta, a la que ofrecía, a cambio de la impunidad, favores y servicios que «excederían con mucho a los daños que antes les había causado». Temiendo que los espartanos aún tuvieran presentes sus incursiones de antaño en el Peloponeso, en apoyo de Argos y Mantinea, que estuvieron a punto de hacer perder a los espartanos el control de la península, les recordó la antigua relación que sus antepasados tenían con las familias más nobles de Esparta y como él había heredado de su abuelo la proxenia, es decir, la defensa de los intereses de la aristocracia espartana en Atenas. El Consejo espartano, formado por veintiocho ciudadanos de alta consideración y mayores de sesenta años, le concedió la inmunidad y le invitó a la sesión en la que se iba a escuchar a los embajadores siracusanos y corintios, para debatir acerca de la actitud que Esparta debía tomar en el conflicto sicilia-

no. Los magistrados dudaban si enviar una embajada que impidiera que Siracusa pactara con los atenienses o destinar un ejército en apoyo de sus aliados. En plena discusión, Alcibíades se acercó a la tribuna de los oradores y expuso su opinión en un brillante discurso.

En primer lugar argumentó sobre las razones por las que los espartanos no debían desconfiar de él. Así, aludió nuevamente a las tradicionales relaciones de sus antepasados con Esparta y como él mismo había intercedido por la suerte de los prisioneros espartanos durante los años de la guerra anteriores a la Paz de Nicias. Se mostró como un desafecto de la tiranía, pero también de la democracia, sistema al que consideraba insensato y proclive al libertinaje. De esta forma manifestaba su proximidad a los sistemas oligárquicos, como el que existía en Esparta, acudiendo de nuevo a la larga tradición de la que gozaba su familia en la lucha por un gobierno de los mejores, es decir una oligarquía; él, decía, durante su etapa como magistrado, no tuvo más remedio que amoldarse a un sistema que, pese a todo, despreciaba. Ganada la confianza de los miembros del consejo, expuso las razones ocultas de la expedición a Sicilia, y cómo Atenas pretendía adueñarse de todo el Mediterráneo occidental para, con las riquezas, las materias primas abundantes y los nuevos aliados obtenidos en Sicilia, aislar el Peloponeso, sitiar las ciudades, y, capturándolas, dominar toda Grecia. Por ello, para evitar esa situación, recomendó a los espartanos que se implicaran en el conflicto; pero no sólo se limitó a convencerles con artificios de oratoria sino que les desveló los secretos militares de Atenas y sus puntos débiles. La primera iniciativa que, según él, debían tomar los espartanos era enviar un ejército a Sicilia en socorro de Siracusa, un ejército al mando de un espartano para que lograra la disciplina necesaria y demostrara a los siracusanos que Esparta estaba de su lado; de esta forma, con prestigio y disciplina, lograrían que las ciudades sicilianas, próximas a Atenas, cambiaran de bando y la expedición ateniense poco a poco iría quedando aislada. El segundo elemento estratégico, que reveló Alcibíades, se basaba en la necesidad de impedir que Atenas reaccionara enviando refuerzos a su ejército de Sicilia. En previsión de esto, Alcibíades recomendaba que los espartanos debían enfrentarse directamente con Atenas y llevar la guerra hasta el Ática, ya que el mayor temor de los atenienses estribaba en que el enemigo tomara y fortificara la ciudad ática de Decelia, desde la cual se controlaba perfectamen-

te todo el país. Ocupada y fortificada Decelia, los atenienses se verían privados de beneficios, como la plata de las minas áticas de Laurión, así como de los productos de la tierra, ya que los campesinos, ante la presencia espartana, tendrían que abandonar sus campos de labor; además, al saber los efectos de la iniciativa espartana, muchos de los aliados de Atenas aprovecharían su debilidad para romper sus compromisos, con lo que la ciudad se quedaría sin las grandes cantidades económicas que aportaban los aliados en concepto de impuestos. Expuestos sus argumentos militares sólo pidió decisión y rapidez:

«Que al menos una parte de estos proyectos se lleve a cabo, con decisión y rapidez, depende de vosotros, espartanos, pues de que sean posibles de realizar, y no considero estar equivocado en mis apreciaciones, estoy plenamente convencido.»

Pero su brillante discurso aún dejaba un lugar para la duda. Alcibíades había revelado secretos militares que perjudicarían gravemente a su patria. Era difícil que los espartanos confiaran en un traidor a su propia sangre. Alcibíades lo sabía, por eso finalizó su discurso exponiendo las razones por las que no debía ser considerado un traidor. Creía que sus verdaderos enemigos eran aquellos que le habían obligado al destierro y que Atenas había dejado de ser su patria en cuanto se le negaron sus derechos y se le condenó injustamente. Por eso, mediante su apoyo a los espartanos, revelando secretos de estado, no traicionaba a su patria sino que intentaba recuperarla por todos los medios, lo cual era, según él, la verdadera esencia del patriota. Alcibíades ponía así un esplendoroso broche argumentativo a su discurso, incitando nuevamente a los espartanos a que confiaran en él, pues sabiendo las debilidades de Atenas les daría la hegemonía sobre toda Grecia.

La asamblea espartana quedó convencida de los argumentos de Alcibíades y animados por su intervención decidieron actuar según los criterios expuestos por él. Rápidamente encargaron a uno de los más prestigiosos generales espartanos, Gilipo, que se pusiera de acuerdo con los corintios y siracusanos sobre la forma de llevar con presteza y garantía un contingente de hoplitas espartanos bajo su mando. Mientras se realizaban los preparativos, empezaron a calcular las posibilidades y los riesgos de entrar en el Ática y fortalecer Decelia.

Alcibíades había demostrado, una vez más, su habilidad para conver-

tir una situación desfavorable en otra beneficiosa para sus intereses. Su capacidad de adaptación a cualquier situación se demostró plenamente en Esparta. El joven de talante afeminado, amigo de las borracheras escandalosas, y aficionado a las sedas y a las túnicas púrpura, pasó a convertirse en un verdadero ciudadano de Esparta. Los espartanos no podían creer que aquel hombre hubiera vivido entre riquezas y lujos sin límites, cuando aparecía ante ellos con la cabeza completamente rasurada, al modo de los jóvenes espartanos, bañándose en las frías aguas del río Eurotas, para templar cuerpo y espíritu, y asistiendo a los banquetes espartanos donde imperaba la austeridad y la moderación en la comida y bebida, compartiendo el caldo negro, consistente en un guiso de carne, sangre y vinagre muy sazonado, sin mostrar repugnancia. Esparta entera se asombraba ante estos hechos y por toda la ciudad le admiraban y le adulaban. Alcibíades sabía como ganarse las voluntades tan solo con convertirse en más espartano que los propios espartanos. Las mujeres se rendían ante su porte y su talante y decían de él que parecía hijo del mismo Licurgo, el hombre que creó las normas de la filosofía de vida espartana.

Sin embargo, Alcibíades seguía siendo interiormente el mismo carácter de siempre. Durante la ausencia del rey espartano Agis, sedujo a su mujer Timea. Como resultado de estos amores, la reina quedó embarazada y dio a luz un niño, al que en público llamaba Leotíquidas, pero en privado, entre amigas y confidentes, llamaba Alcibíades. El rumor de la infidelidad y la humillación hacia Agis corrió por toda Esparta, máxime cuando hasta el mismo Alcibíades se jactaba del hecho y decía que no había seducido a la reina por hacer maldad o por puro placer sino porque quería que descendientes suyos reinasen sobre los espartanos. Había incluso testigos de la infidelidad, puesto que durante un terremoto le habían visto salir de los aposentos de la reina, sucediendo que nueve meses después del acontecimiento nació el niño. La comprobación de su ilegitimidad fue determinante para que el muchacho fuera apartado de la línea sucesoria de la casa real de Esparta, a la muerte del rey Agis.

Capítulo XI

HACIA EL DESASTRE

El Consejo espartano envió a su general Gilipo a Sicilia, siguiendo las sugerencias de Alcibíades. En esos momentos la situación de Siracusa era sumamente delicada; los atenienses estaban a punto de terminar un doble muro que estrecharía aún más el asedio sobre la ciudad. Los siracusanos se encontraban ya ante la idea de concertar la paz, cuando unos embajadores corintios, que lograron entrar en el puerto, les anunciaron que Gilipo y una escuadra de hoplitas espartanos y corintios estaba próxima a Sicilia; así, los siracusanos recobraron sus ánimos. Gilipo, antes de entrar en la ciudad, se procuró algunas alianzas entre ciudades de la isla, además de entre los sículos, los pobladores indígenas de Sicilia. Cuando la flota hizo su aparición en el puerto de Siracusa, los ciudadanos salieron alborozados a recibirlos, decididos a prestar el definitivo combate a los atenienses. Nicias, sabedor de la llegada de los refuerzos espartanos, se aseguró una serie de posiciones estratégicas en altura que dominaran la ciudad, al tiempo que aceleraba los trabajos de finalización de los muros. Gilipo, rápidamente, ordenó la construcción de un muro transversal que impidiera que la ciudad fuera asediada por los atenienses. Durante algunos meses se desarrollaron escaramuzas, más o menos importantes, entre ambos ejércitos, en las que los espartanos hostigaban los trabajos de los atenienses al tiempo que protegían la construcción de su muralla. El principal problema en el bando siracusano, el desorden del ejército por la desmoralización de sus componentes, fue solucionado mediante la aplicación de la estricta disciplina espartana; en el bando ateniense empeza-

ban a escasear los víveres y el agua, no pudiendo proveerse porque la caballería siracusana controlaba el campo abierto y diezmaba las fuerzas de Atenas.

Cuando el muro transversal de los siracusanos se acercó al extremo de la fortificación ateniense estaba claro que la batalla era inevitable. Nicias no podía dejar que se cortara la construcción, porque ello supondría el fracaso del asedio y del trabajo realizado durante meses. Gilipo tampoco estaba dispuesto a que los atenienses cercaran completamente Siracusa. La batalla se decantó en favor de las fuerzas espartanas, gracias a la acción de la caballería que puso en fuga al ejército de Atenas. Esa misma noche, los siracusanos trabajaron hasta cortar definitivamente el muro ateniense. Nicias asistía al completo desmoronamiento de su estrategia, ya que, a partir de ese momento, se habían perdido todas las posibilidades de asediar Siracusa. Gilipo, aprovechando que sus fuerzas tenían ahora la iniciativa, recorrió la isla atrayéndose numerosas fuerzas de ciudades aliadas; además envió embajadores a Esparta solicitando más refuerzos, en el momento en que el resto de las naves enviadas por Corinto entraban en Siracusa para unirse a sus huestes. Nicias contemplaba con temor como las fuerzas espartanas y siracusanas aumentaban, dificultando aún más su situación al ser superados en número; por eso, se decidió a despachar urgentemente embajadores a Atenas que informaran de la gravedad de la situación y enviaran refuerzos con celeridad. Para asegurar que sus peticiones serían atendidas escribió una carta que debía ser leída en la asamblea ateniense.

Los embajadores llegaron en el invierno del 413 a.C., y dieron a conocer la misiva de Nicias exponiendo lo sucedido en Sicilia y la precariedad de su situación. La asamblea decidió atender las peticiones de Nicias y se dieron órdenes para enviar un contingente de refuerzos bajo la dirección de otro general, Demóstenes, que tendría, además, la función de comandar junto a Nicias al ejército de Sicilia.

Cuando siracusanos y corintios supieron de la intención de Atenas de enviar refuerzos, solicitaron a los espartanos que llevaran a cabo la ocupación del punto estratégico de Decelia, tal como les había revelado Alcibíades. Él mismo presionaba al Consejo espartano para que se produjera la invasión y así impedir, o al menos dificultar, la posibilidad de que Atenas pudiera socorrer a su ejército de Sicilia. Los espartanos no se



Templo de Poseidón, en el cabo Sunion. (Península Ática).
(Foto: V. M. Renero)

opusieron a estos razonamientos, porque sabían perfectamente que Atenas no podría soportar una guerra en dos frentes; además, pensaban que, al haber sido Atenas la que había incumplido los términos de la Paz de Nicias, ellos no eran responsables de la guerra y por tanto la justicia estaba de su parte. Durante los meses de invierno se dedicaron a reclutar tropas entre sus aliados del Peloponeso, así como los materiales necesarios para fortificar Decelia. Al comenzar el buen tiempo, en la primavera del 413 a.C., un contingente de hoplitas espartanos y de aliados suyos, al mando del rey Agis, entró en el Ática, devastándolo todo a su paso, hasta situarse en Decelia. Allí, sobre una posición que dominaba la llanura, construyeron una fortificación desde la que se podía ver Atenas. Los atenienses tenían ahora al enemigo dominando todo el Ática y situado a escasamente veinte kilómetros de la ciudad.

La situación en la región comenzaba a tornarse sombría. En otras ocasiones los espartanos habían invadido el Ática permaneciendo algunos meses antes de retirarse; ahora, la ocupación de Decelia tenía la intención de ser permanente, manteniendo una guarnición que era relevada por contingentes de refresco venidos del Peloponeso. La presencia del mismo rey Agis de Esparta en Decelia confirmaba los peores temores de los atenienses; la guarnición allí dispuesta realizaba constantes incursiones y saqueos en la región con objeto de aprovisionarse. Los campesinos áticos no tuvieron más remedio que abandonar sus tierras y sus rebaños, refugiándose en la ciudad. Aprovechando la situación, cerca de veinte mil esclavos huyeron o se pasaron al bando enemigo. Atenas se había convertido, además, en una ciudad sitiada que necesitaba traer del exterior todo lo necesario para subsistir. El transporte de víveres se realizaba hasta entonces por las rutas terrestres que cruzaban Decelia. La nueva situación exigía utilizar las vías marítimas, que encarecían considerablemente las mercancías. Atenas se vio en la necesidad de recurrir a sus aliados para financiarse, exigiéndoles un tanto por ciento sobre sus beneficios comerciales, lo que contribuyó a despertar recelos entre estas ciudades.

Aún así, los atenienses no renunciaban a continuar la guerra; cada nuevo contratiempo despertaba los ardores bélicos con mayor fuerza. Sabían que la situación se complicaba desde el momento en que tenían que mantener dos frentes de lucha, pero estaban dispuestos a seguir adelante, en la idea de que más allá sólo les esperaba la gloria.

En Sicilia la situación se mantenía estable, aunque se inclinaba ligeramente en favor de Siracusa y sus aliados. Gilipo había adoptado la táctica de atacar conjuntamente por tierra y por mar a los atenienses para romper el cerco de la ciudad; aunque Nicias y los atenienses habían derrotado parcialmente a la flota siracusana, sin embargo no pudieron impedir la pérdida de los puntos estratégicos de la costa, perdiendo no sólo parte del control efectivo sobre la zona sino los almacenes donde se guardaban los víveres de la expedición ateniense. Contando con el control del mar, Nicias no se atrevió a dar otra batalla naval, pues esperaba la llegada de los refuerzos enviados por Atenas al mando de Demóstenes. Los siracusanos aprovecharon esta inactividad para volver a intentar la batalla naval preparándose mejor; reforzaron las proas de sus naves y atacaron de frente a la flota ateniense, hundiendo un buen número de barcos y obligando a replegarse el resto. Cuando celebraban su victoria, como anuncio del triunfo final, la escuadra ateniense de Demóstenes hizo su aparición.

Siracusa entera asistía con estupor al despliegue de una nueva amenaza. Una flota de más de setenta y tres trirremes, en las que marchaban cinco mil hoplitas de Atenas y sus aliados, junto con arqueros y honderos en número de tres mil; el brillo de las armas y las insignias, así como los cánticos de victoria y las melodías de los flautistas, llenaban de terror a los enemigos. Los siracusanos, al ver la flota, desesperaban de poder algún día alejar el peligro y conseguir el triunfo, máxime cuando combatían contra Atenas, cuyas fuerzas parecían no tener límite.

En cuanto Demóstenes pisó tierra, se entrevistó con Nicias y expuso sus intenciones. Consideraba que la situación en la que se encontraban se debía a la falta de decisión de Nicias, por lo que, aprovechando la sorpresa y el temor que la llegada de la flota había provocado en el enemigo, era necesario atacar rápidamente. Nicias se oponía, manteniendo la idea de que sus tácticas dilatorias habían perjudicado al enemigo al desgastarle sus fuerzas y someterlo a la penuria de la sed y el hambre, que les obligaría a sucumbir ante los atenienses; por otro lado, aunque no lo expuso en público, tenía conocimiento de la existencia de un grupo de ciudadanos de Siracusa que apostaban por entregar la ciudad a los atenienses. Demóstenes insistía en la necesidad de atacar, al comprobar la debilidad del muro transversal levantado por el enemigo y la facilidad de su con-

quista. Con esta tesis supo ganarse el favor del resto de mandos atenienses, por lo que Nicias no tuvo más remedio que aceptar.

Esa misma noche, el ejército ateniense, al mando de Demóstenes, avanzó sobre los muros transversales de Siracusa derrotando a las fuerzas allí destacadas. Embriagados por el éxito inicial, avanzaron hacia el interior en dirección a la ciudad; pero, conforme ocupaban mayor terreno, sus fuerzas se iban dispersando y el factor sorpresa se perdía. En el momento en que los atenienses chocaron con las fuerzas beocias, aliadas de Siracusa, se encontraron con un ejército que no huía en desbandada sino que les hacía frente. En la oscuridad de la noche, los atenienses se vieron envueltos por la confusión, chocando unos con otros y tomando amigos por enemigos; en el fragor de la batalla se mezclaban cantos de guerra similares y los atenienses trataban de organizarse intentando identificarse por medio de su contraseña, con lo cual la revelaron también a sus enemigos. Sucedía que tenían la luna a la espalda, con lo que se arrojaban más sombras sobre ellos, mientras que la luz iluminaba al enemigo y reflejándose sobre escudos y yelmos de metal parecían más terribles aún las fuerzas contrarias. En la desbandada final del ejército muchos fueron muertos en plena fuga, otros por sus mismos camaradas y algunos más cayeron despeñados por los barrancos próximos. Al amanecer, los que intentaban ganar el campamento en su retirada fueron alcanzados y asesinados por la caballería siracusana. Pocos lograron llegar al campo ateniense; dos mil dejaron sus vidas ante los muros de Siracusa. El descalabro fue de proporciones inauditas.

Nicias, cuando supo de la magnitud del desastre, se quejó de la precipitación y temeridad con que había actuado Demóstenes. Éste, aceptando su responsabilidad, propuso que, habiendo perdido gran número de efectivos y resultando imposible la toma de Siracusa, debían retirarse aprovechando que aún podían cruzar el mar. De esta forma, podrían reorganizarse en torno a la flota, puesto que en el mar aún mantenían la superioridad, en vez de desgastarse en un asedio inútil.

Nicias, sin embargo, dudaba; por un lado pensaba en la conveniencia de la retirada, no sólo por la situación planteada por la derrota sino por la desmoralización del ejército. Las tropas no aguantaban más la permanencia allí; además, al llegar el otoño, en el campamento ateniense, situado en una zona pantanosa, hicieron su aparición las enfermedades.

Temía también Nicias que, si se adoptaba en asamblea pública la retirada, ésto llegara a oídos del enemigo, que lo interpretaría como un signo de debilidad. Por otro lado, sabía, por los ciudadanos de Siracusa proclives a Atenas, que el enemigo estaba asfixiado económicamente y en condiciones de inferioridad respecto a la lucha en el mar. Todos estos argumentos eran sopesados por Nicias, pero, ante la reunión de los mandos de la expedición, se decantó abiertamente por la permanencia en sus posiciones. Su razonamiento partía de la idea de que la decisión no podía ser tomada por ellos sino por la asamblea de Atenas; temía, con razón, que si se retiraban, los ciudadanos atenienses juzgaran guiados por las calumnias de cualquier orador y no a partir de la veracidad de los hechos. Por tanto, prefería enfrentarse al enemigo antes que arrastrar la ignominia de sus propios conciudadanos. Demóstenes discrepaba, pero consciente de su error al plantear la batalla y al comprobar la firmeza de la posición de Nicias no insistió mas; de forma que la decisión quedó pospuesta y el ejército, de momento, permaneció en sus posiciones.

En ese instante de indecisión fue cuando llegaron a Siracusa las tropas enviadas por Esparta y Corinto, para reforzar el contingente de Gilipo. Éste, tras la victoria sobre los atenienses, había logrado reclutar un gran número de fuerzas entre las ciudades de la isla. Nada más reunirse las fuerzas en la ciudad, iniciaron los preparativos para el enfrentamiento final contra el ejército de Atenas.

Ahora, los generales atenienses comprendieron la gravedad de la situación. Los nuevos refuerzos llegados a Siracusa suponían la imposibilidad definitiva de lograr la toma de la ciudad por asedio; además, el desánimo y la enfermedad minaban sus fuerzas a cada momento.

Arrepentidos de no haber tomado la decisión de levantar el campamento, optaron por hacerlo antes de que fuera demasiado tarde. Nicias, que ante la nueva perspectiva ya no se oponía a la retirada, ordenó iniciar los preparativos y que todos estuvieran dispuestos para embarcarse y zarpar. Pero, en el momento de la partida, tuvo lugar un eclipse de luna; muchos de los atenienses tomaron este hecho como una señal de los dioses y pidieron que se aplazara la retirada. El mismo Nicias, gran supersticioso, se negó a partir antes de que se cumplieran las indicaciones de los adivinos, quienes habían interpretado que la partida debía esperar hasta pasados tres veces nueve días. Ese tiempo fue aprovechado por los

siracusanos para estudiar con detenimiento el plan de ataque, reorganizar sus fuerzas y reforzar sus trirremes. Gilipo ordenó que se bloqueara la salida natural de la flota ateniense, obligándolos así al combate si querían retirarse en sus naves. La batalla se entabló, finalmente, tanto en la costa como en el mar. Ambas fuerzas combatieron largamente, hasta que la flota siracusana logró hacer retroceder a los barcos atenienses hacia la costa. Cuando las tropas de Atenas, que combatían en tierra, vieron el desastre naval se desmoralizaron y se dieron a la retirada dejando en el campo miles de cadáveres y la mayoría de sus pertrechos. Los atenienses estaban completamente desalentados y lo único en que pensaban ya era en la retirada al precio que fuese. Los siracusanos levantaban triunfos y realizaban grandes fiestas y sacrificios conmemorando el día en que habían derrotado a la potencia marítima más importante de Grecia en su propio campo, el dominio de los mares.

Demóstenes aún era partidario de intentar forzar la salida con las naves que les quedaban y en esto le apoyaba Nicias, pero los marineros, embargados por la tristeza y desconfiando ya de la victoria, se negaron a embarcar. La única solución era la retirada por tierra, por lo que se dio la orden de iniciar la marcha aprovechando la noche. Algunos dirigentes de Siracusa se percataron de esta posibilidad e instaron a Gilipo a que con presteza se adelantara con el ejército y tomara posición en los caminos y en los desfiladeros, para capturar a las fuerzas atenienses. Gilipo desconfiaba de poder hacerlo, al contemplar como sus hombres celebraban la victoria en medio de grandes fiestas en las que corría el vino. Necesitando tiempo, los dirigentes siracusanos idearon una estratagema; enviaron al campamento ateniense a algunos ciudadanos para que, haciéndose pasar por partidarios de Atenas, les recomendaran no salir hasta el amanecer porque el enemigo vigilaba los caminos esa noche. El engaño surtió efecto y fue aceptado por Nicias, quien, por otro lado, veía imposible que el ejército tuviera tiempo para llevar a cabo la retirada esa misma noche y decidió esperar también el día siguiente. De este modo dio tiempo a Gilipo y a sus fuerzas para tomar posiciones en los puntos por los que pasarían los atenienses.

Al tercer día de la batalla naval, partió el ejército con los pertrechos imprescindibles que cada soldado podía llevar. Cerca de cuarenta mil hombres abandonaron sus posiciones, contemplando a su paso los cadáveres

abandonados de sus familiares y conocidos, y escuchando las lamentaciones de los heridos y enfermos, a los que no tenían más opción que abandonar, y que suplicaban para que los llevaran consigo o los mataran allí mismo. Los hombres caminaban con gran abatimiento, tanto por lo que tendrían que sufrir en adelante como al recordar las grandes ilusiones y esperanzas que se crearon en Atenas y la humillación en la que se veían ahora. Nicias contemplaba con pesar los rostros desesperados de sus soldados y, a pesar de hallarse él mismo enfermo, se encargaba de recorrer la tropa animándola con sus palabras, llamándola a recuperar la esperanza, confiando en la fuerza de su número, en el valor demostrado hasta entonces y en que los dioses ya les habían castigado suficiente y pronto la fortuna se volvería de su lado.

Avanzaron penosamente en paralelo a la costa, buscando la ayuda de las pocas ciudades que aún permanecían fieles a Atenas. Durante tres días apenas recorrieron quince kilómetros, siendo constantemente atacados por la caballería siracusana, que aparecía por los flancos e intentaba separar a los rezagados del ejército ateniense. Al tercer día de marcha se encontraron frente a una serie de fortalezas ocupadas por los siracusanos, que al mismo tiempo intentaban coparles por la retaguardia. Intentando romper el cerco, los atenienses sufrieron algunas bajas y la desmoralización cundió más entre los soldados, al comprobar que no sólo no podían seguir avanzando, so pena de grandes pérdidas, sino que carecían de todo tipo de provisiones. Nicias y Demóstenes decidieron dirigirse hacia el mar, en un esfuerzo por zafarse del cerco siracusano. Durante la noche se encendieron grandes teas y el ejército reanudó su marcha; pero, a los pocos metros, se adueñó de buena parte de ellos el temor, al avanzar en la noche por tierra enemiga y a poca distancia de sus perseguidores. Este desconcierto del ejército provocó que las fuerzas al mando de Nicias avanzaran mas rápidamente desgajándose de las de Demóstenes, quien, al mando de seis mil hombres, fue prontamente alcanzado por contingentes siracusanos y obligado a presentar combate en vez de continuar su marcha. La táctica de Siracusa de atacar mediante escaramuzas, evitando el combate directo, fue debilitando poco a poco a las fuerzas de Demóstenes. Gilipo hizo saber a los atenienses que si se rendían se respetarían sus vidas, a lo que respondieron algunos soldados, pertenecientes a los aliados sicilianos de Atenas, aceptando y pasándose al bando siracusa-

no. Ante esta situación, Demóstenes negoció la rendición. Los seis mil hombres fueron hechos prisioneros y enviados a Siracusa, previa entrega del dinero que aún poseían y de sus pertrechos.

Mientras tanto, Nicias, ignorante de los hechos, proseguía el avance. Los siracusanos le alcanzaron al día siguiente, haciéndole saber que Demóstenes se había rendido. Cuando Nicias se cercioró de ello, intentó llegar a un acuerdo; si dejaban marchar al ejército pagarían los daños causados por la guerra dejando en prenda varios rehenes. Los siracusanos rechazaron el trato y continuaron durante los dos días siguientes hostigando al ejército ateniense, el cual se encontraba completamente exhausto. Los hombres de Nicias no sólo se hallaban presos de la desesperación, sino falto de víveres y sobre todo de agua, lo que les atormentaba aún más. Cuando llegaron al río Asínaro, las fuerzas de Gilipo se habían apostado en las alturas; pero los atenienses, sin importarles la presencia del enemigo, se lanzaron en loca carrera sobre el río para calmar su sed. Los hombres se amontonaban unos sobre otros y se enfrentaban con las armas entre ellos por un espacio para beber. Mientras, el enemigo los mataba tranquilamente y ni siquiera cuando el río se tornó sangriento los atenienses dejaban de beber. Ante este terrible espectáculo Nicias se rindió a Gilipo, pues confiaba más en él que en los siracusanos, para que cesara la horrible matanza. Los prisioneros atenienses fueron arrojados a las canteras de Siracusa, donde los rigores del clima, y la escasez de agua y alimentos que les proporcionaban, fue acabando con ellos lentamente; otros tuvieron que soportar la humillación de ser vendidos como esclavos. Cerca de siete mil hombres perecieron en Sicilia, bien bajo los rigores de los grilletes o sepultados en la tierra de Siracusa. Aquellos hombres, que pusieron sus esperanzas en la gloria y en el botín que obtendrían en Sicilia, nuca hubieran pensado en un final tan terrrible.

Sobre el destino de Nicias y Demóstenes se decidió celebrar una asamblea. Gilipo, sabiendo que la opinión de la mayoría de los siracusanos era que fueran ejecutados, trató de salvarles la vida. Su intención era llevarse a los estrategos atenienses y presentarlos en Esparta como resultado de su éxito en Sicilia. Por otro lado, le resultaba injusto que un hombre como Nicias, cuyo prestigio era grande en Esparta, por haber logrado la paz que acabó con la Primera Guerra del Peloponeso y haber devuelto sanos y salvos a los prisioneros espartanos en manos de Atenas, muriera

en medio de tal humillación. Los siracusanos, aparte del odio que sentían hacia quien había provocado la guerra en su tierra, temían que las riquezas que Nicias poseía en Atenas sirvieran para sobornar a alguien y poder escapar. Así, oponiéndose a las intenciones de Gilipo, ordenaron la muerte de los estrategos. Nicias y Demóstenes fueron apedreados hasta la muerte, según unas versiones; según otras, lograron arrebatar las espadas a sus guardianes y darse muerte. Sus cuerpos fueron expuestos públicamente ante los siracusanos.

La noticia llegó a Atenas de la mano de un forastero, que relató los hechos en una barbería del puerto de El Pireo, en la creencia de que ya se conocía en toda la ciudad. Desde allí se extendió rápidamente hasta llegar a oídos de los dirigentes, quienes decidieron convocar la asamblea y ante la que se citó al extranjero fuente del rumor. Éste volvió a narrar los hechos, pero, como no podía aportar pruebas, los atenienses se resistieron a creerle y le sometieron a tormento. Durante mucho tiempo se negaron a creer que su formidable expedición hubiera fracasado ante los sicilianos, hasta que la confirmación fue llegando de labios de los pocos soldados que habían logrado huir de la hecatombe. Cuando comprendieron las proporciones de la derrota, los ciudadanos, desesperados, clamaron por las miles de vidas atenienses perdidas, lo mejor de la juventud, al tiempo que buscaban responsabilidades en los dirigentes, los adivinos... cualquiera, excepto ellos mismos, que habían aprobado la expedición en asamblea. Los sueños triunfales, las grandes estrategias diseñadas y alentadas en la cabeza de Alcibíades, que hablaban no sólo de Sicilia, sino de Cartago y de todo el Mediterráneo, se habían desvanecido. Él había sido el impulsor de la expedición, confundiendo y manipulando la opinión de los atenienses, y la causa de su fracaso.

Capítulo XII

EN LA CORTE DE TISAFERNES

Al término del año 413 a.C., Atenas se encontraba en la situación más crítica desde que comenzara el conflicto. Al desastre de Sicilia se añadían ahora las dificultades económicas y la pérdida de la flota, por lo que temían, de un momento a otro, que las fuerzas espartanas, con ayuda de sus aliados de Sicilia, surgieran ante la ciudad. Temerosa de tales expectativas, la asamblea decidió continuar adelante, pues en la victoria estaba su supervivencia; a partir de ese momento se pusieron en vigor medidas de emergencia y una gran disciplina en su cumplimiento. En primer lugar se vigiló estrictamente el grado de compromiso de sus aliados, pues de ellos procedían los recursos y materias primas que Atenas necesitaba, tanto para continuar la guerra como para reconstruir la flota. Se nombró un consejo de ancianos encargado de estudiar y aplicar las disposiciones urgentes y se recortó el gasto público.

Sin embargo, lo que más temían los atenienses, la pérdida de su prestigio en la región de Jonia, situada en la costa de Asia Menor, comenzó a materializarse al año siguiente. Las ciudades que habían permanecido neutrales en la guerra se pasaron ahora al bando espartano, sabedoras de que si Atenas hubiera triunfado en Sicilia ellas habrían sido las siguientes en sufrir las consecuencias de su política imperialista. Con todo, lo más dramático para Atenas era la defección de sus propios aliados; éstos estaban ya hartos de la política imperialista de Atenas que los mantenía casi en la esclavitud, sometiéndolos, además, a constantes tributos. Conocido el desastre de Sicilia, pensaron que Atenas, no duraría mucho

antes de caer derrotada por Esparta, así que decidieron apuntarse al bando victorioso, cuando aún era tiempo para recoger los frutos. Este giro repentino en las relaciones diplomáticas griegas sólo podía favorecer a Esparta, cuyos ciudadanos veían próximo el momento de unir sus fuerzas a sus aliados e imponer la hegemonía sobre Grecia derrotando a su eterna rival. Pronto empezaron a llegar embajadores de los aliados de Atenas, tanto procedentes de Jonia como de las islas, buscando firmar pactos con Esparta, para que ésta les protegiera de las posibles represalias atenienses. Unos se dirigían ante el rey espartano Agis, caso de los habitantes de la islas de Eubea y Lesbos, que se encontraba en Decelia; otros acudían directamente a Esparta. Allí coincidieron embajadas procedentes de las ciudades griegas del Helesponto, zona situada entorno al Estrecho de Dardanelos, y de la isla jonia de Quíos, pidiendo ayuda contra Atenas, con otra enviada por el sátrapa persa Tisafernes.

Éste administraba, en nombre del Imperio persa, la región de Asia Menor, en cuya costa se situaba la región de Jonia. Tisafernes acudía ante los espartanos para que intervinieran contra Atenas a cambio de ofrecerles apoyo logístico, avituallamientos y una alianza con el Imperio. El sátrapa se encontraba en una situación política delicada. El rey de Persia le había exigido los tributos de su provincia, ante lo cual él no pudo responder porque las ciudades griegas de Jonia, sintiéndose respaldadas por la flota ateniense, se negaban a pagar. Sólo acabando con el poder de Atenas podría sojuzgar Jonia y ganarse de nuevo el favor del rey. Poco después llegaron también embajadores de las ciudades griegas situadas en las cercanías del Mar Negro, solicitando, igualmente, la ayuda espartana. Dividido el Consejo acerca de a quien atender primero, se inclinaron pronto por acudir en defensa de Quíos, por tanto, de Jonia. Tan repentina decisión se debía a la mediación de Alcibíades, quien, utilizando una vez más sus dotes oratorias, no tardó en convencerles de que la mejor forma de debilitar a Atenas era apoyar la revuelta de los jonios. Contaba no sólo con su prestigio en Jonia, que arrancaba ya de su triunfo olímpico, cuando Éfeso y Quíos le proporcionaron todo lo necesario para festejar su victoria, sino que gozaba, además, de un firme apoyo entre uno de los magistrados espartanos, Endio, gracias a las tradicionales relaciones que había mantenido con su familia. Sabiendo que este magistrado se hallaba enfrentado políticamente con el rey Agis, Alcibíades le halagaba



Templo de Hefestos o Hefesteion, en el ágora de Atenas.
(Foto: V. M. Renero)

con palabras en las que Endio aparecía como el más afamado de los espartanos al lograr la libertad de Jonia y Quíos y la alianza de Esparta con el Imperio Persa.

Una y otra vez instaba Alcibíades a los espartanos a que no se demorasen en el envio de la flota a la isla de Quíos, a pesar de los contratiempos que pudieran plantearse. La armada, compuesta por naves de Esparta y sus aliados, partió al mando, entre otros, de Alcibíades. Cuando llegaron a la isla, sus habitantes, viéndose apoyados por tan formidables efectivos, hicieron defección inmediata de Atenas y ellos mismos se encargaron de sublevar al resto de los aliados jonios, especialmente de la ciudad más importante, Mileto. Ése mismo año los espartanos firmaron un pacto con el Imperio persa. La noticia de la traición de los aliados causó gran preocupación en Atenas, que nuevamente tenía que hacer grandes esfuerzos para restablecer la situación. La aparición de Alcibíades parecía tener el poder de traer los peores males a la ciudad.

Pero el Alcmeónida tampoco estaba seguro en el bando espartano. El rey Agis sentía por él una profunda animadversión, no sólo por haberle engañado en la persona de su mujer, humillándole ante la ciudad, sino porque los ciudadanos le honraban y le tenían en mayor consideración que a él. Le envidiaba profundamente porque todas las actuaciones espartanas obedecían a los consejos de Alcibíades, con lo que parecía que el verdadero mando lo ostentaba él. Por otro lado, los éforos, los magistrados, próximos a Alcibíades, habían sido sustituidos por otros miembros de la oligarquía espartana, envidiosos igualmente de sus triunfos y de su ascendiente sobre los ciudadanos de Esparta. Por último, algunos contratiempos militares en Jonia, fruto de la inicial recuperación de Atenas tras el desastre de Sicilia, desataron también las dudas sobre la verdadera lealtad de Alcibíades hacia Esparta. La lentitud conque parecía llegar el gran éxito en Jonia, anunciado por Alcibíades, despertaba la duda entre los espartanos, quienes pensaban que, por alguna razón, no ponía todas sus capacidades reconocidas al servicio del éxito de la campaña. La desconfianza llegó hasta tal punto que, finalmente, se decidió dar orden de que fuera ejecutado. Alcibíades conocía los malos vientos que se cernían sobre él a través de sus propios aliados; por eso, en cuanto supo la existencia de la orden de asesinarlo, continuó realizando expediciones militares en apoyo de los espartanos, pero evitaba caer en sus manos.

Así, ayudó a Esparta en Mileto, ciudad jonia que se había separado de la liga ateniense, donde, en el año 412 a.C., los espartanos derrotaron al ejército de Atenas. Este fue su último servicio prestado a Esparta, porque temiendo por su vida, se refugió en la corte de Tisafernes, dispuesto a demostrar a los espartanos que podía ser tan peligroso de enemigo como valioso de aliado. En la corte de Tisafernes, Alcibíades se transformó en un nuevo personaje. Abandonando el rigor y la disciplina de la vida espartana se vistió a la moda persa con ricas telas y preciados ungüentos. Su adaptación a la nueva situación no se limitó sólo a la apariencia magnífica y brillante, sino que, en su empeño de parecer aún más persa, aprendió la lengua del imperio. La extraordinaria capacidad que poseía Alcibíades de subyugar a los demás con su belleza, elegancia y habilidad oratoria, ya se había demostrado tanto en Atenas como en Esparta; tampoco Tisafernes escaparía al embrujo que parecía desprender su persona. Pocos días después de llegar ante el sátrapa, Alcibíades se había convertido en su principal amigo y valedor. Aunque era de carácter muy parecido, hábil en la manipulación de las gentes y dotado de una gran astucia, se rindió ante el talante y el trato de Alcibíades. Ganado su parecer, fue fácil que el resto de la corte le adulara; incluso aquellos que le temían o le envidiaban, por el aprecio que le tenía Tisafernes, gustaban de su compañía y conversación.

Tisafernes y Alcibíades congeniaron rápidamente, con toda seguridad porque se descubrieron almas gemelas, y no reparaban en adularse mutuamente ante todo aquel que les escuchara. Hasta tal punto llegaron en esta admiración recíproca que el mismo Tisafernes ordenó que uno de los jardines que poseía en su palacio llevara el nombre de Alcibíades, que destacaba por su exuberancia en fuentes y prados y dotado de los pabellones más ostentosos.

Viendo que Tisafernes estaba dispuesto a depositar su confianza en él, Alcibíades le aconsejaba según sus intereses. Ahora se encontraba con fuerzas para enfrentarse a los espartanos por haberle vuelto la espalda; así, sugería a Tisafernes que no confiase en el rey Agis ni que apoyase completamente a los espartanos, ni rompiese definitivamente con los atenienses. Razonaba, que si se demoraba en la ayuda a unos y otros, ambas ciudades acabarían debilitándose entre sí y Tisafernes podría ponerlas bajo el poder del imperio; para él era preferible que no se diera la opor-

tunidad a ninguna potencia de obtener el poder, tanto por tierra como por mar, porque de esta forma serían más difícilmente sojuzgables por Persia. Por ello, aconsejaba que se debilitara a Esparta sobre todo, porque, si se alzaba con la hegemonía de Grecia, no repararía en tratar de liberar al resto de griegos que estaban bajo dominio persa. Por el contrario, una Atenas debilitada serviría mejor a los intereses del Imperio, pues los atenienses nunca habían tenido especial interés en el control terrestre de Grecia y por tanto lo ejercerían solamente en nombre de Persia. Así, decía, lo mejor era dejar que ambas potencias se desgastaran mutuamente y después, una vez debilitadas, tomar partido por Atenas en detrimento de los espartanos.

Alcibíades actuaba así porque, indirectamente, preparaba su retorno a Atenas. Por un lado temía que la ciudad fuera destruida y cayera él en manos de los espartanos, por otro, para convencer a los atenienses, se mostraba como un gran aliado de Tisafernes, quien, gracias a él, podría poner todos sus recursos a favor de Atenas, debilitando el poder espartano.

Tisafernes actuó según sus recomendaciones ante la sorpresa de los espartanos, que, dando por segura la ayuda de Persia para acabar con Atenas, se encontraban ahora con que el Imperio parecía remiso a apoyarles plenamente. Gracias a los consejos de Alcibíades, Tisafernes redujo sustancialmente la financiación a la escuadra espartana; además mantuvo a las naves fondeadas, prohibiéndoles entablar combate naval contra Atenas y sus aliados, bajo la excusa de que pronto se reforzarían con naves enviadas por el mismo Imperio, por lo que podrían combatir en circunstancias más favorables. Pero el cambio de actitud persa no sólo afectaba a Esparta, sino que incluso sus mismos aliados veían rechazadas sus peticiones de dinero. El mismo Alcibíades se encargaba de justificar, en nombre de Tisafernes, el recorte de la financiación persa, aduciendo que los aliados de Esparta ya eran bastante ricos de por sí como para exigir dinero al Imperio, que era el que llevaba realmente el peso económico de la guerra. Para evitar suspicacias y rebeliones contra los persas, por parte de Esparta y sus aliados, Alcibíades aleccionaba a Tisafernes sobre las formas de sobornar a los almirantes de las flotas y los dirigentes de las ciudades para que apoyaran sus medidas.

Alcibíades se había convertido en el amo de la situación, puesto que mantenía, como baza importante, el apoyo persa y una garantía de recur-

sos económicos y militares ilimitada, con lo que podría inclinar la balanza de uno u otro lado, según le pareciera. Los espartanos, ante tal actitud, hallaron mayores motivos para aborrecerle, mientras que los atenienses cedían en su odio hacia su antiguo estratego y se arrepentían de las medidas que habían tomado contra él obligándole al destierro.

Capítulo XIII

LA ESCUADRA DE SAMOS

En el invierno del 411 a.C., Atenas se encontraba en una situación de debilidad extrema. La rebelión de sus antiguos aliados había minado grandemente su prestigio, tanto más cuanto la alianza de Esparta con Persia permitía el fortalecimiento de sus enemigos. Siempre había existido dentro de la ciudad una corriente partidaria de derrocar la democracia e instaurar un sistema oligárquico. Ésta facción era más fuerte en los momentos de crisis, y aquél era uno de ellos. Todos los males acaecidos hasta entonces durante la guerra eran achacados unánimemente, por gran parte de los ciudadanos espoleados por los grupos aristocráticos, al sistema democrático.

Mientras la amenaza oligárquica se dejaba sentir en la ciudad, la escuadra ateniense se encontraba fondeada en la isla de Samos. Durante el año anterior, Atenas había logrado recuperar para su bando a algunos de sus aliados gracias a la superioridad de su flota. Los atenienses, a pesar de los reveses sufridos, poseían aún el control del Mar Egeo, y, por tanto, aún podían proteger la ciudad. Sin embargo, desde que los persas apoyaban financiera y militarmente a los espartanos, ayuda plasmada en los tratados que ambas potencias habían firmado, el bando enemigo se había procurado una flota que bien podía hacer sombra a la ateniense. Tisafernes, además, garantizaba a los espartanos el apoyo de ciento cincuenta naves procedentes de Fenicia, país que proporcionaba los mejores marinos al Imperio, que harían imposible la resistencia de Atenas.

Alcibíades conocía este temor de los atenienses, así que decidió ju-

garse la baza de su retorno a la ciudad. Envió secretamente algunos emisarios, que establecieran contacto con los estrategos de la flota para que a su vez éstos transmitieran su parecer a los miembros de las familias aristocráticas de Atenas. Alcibíades les prometía la alianza de Tisafernes, con todo su apoyo financiero y militar, a cambio de que convencieran a las familias nobles de Atenas para conspirar y derribar el gobierno democrático, sistema que le había condenado al destierro, instaurando una oligarquía que contuviera al populacho y defendiera mejor los intereses de Atenas. Esta propuesta fue acogida con interés por algunos dirigentes de la flota, puesto que ya, desde hacía tiempo, conspiraban en contra de la democracia. No sólo condenaban este sistema por haber sido el causante de la situación en que se encontraba Atenas, sino porque ellos, como familias nobles, eran los que soportaban las mayores cargas económicas de la guerra. Enviaron, pues, algunos de sus representantes hasta la corte de Tisafernes, para escuchar los argumentos de Alcibíades y decidir al respecto. Alcibíades les aseguró nuevamente que obtendrían la alianza de Tisafernes si optaban por instaurar en Atenas un régimen oligárquico; sus palabras tuvieron tal efecto sobre los oligarcas, que volvieron convencidos de la victoria y la toma del poder en Atenas. Al regresar a Samos, expusieron a los atenienses, que formaban parte de la flota, el resultado de sus conversaciones y la decisión de provocar un cambio de régimen en Atenas. Los allí reunidos recelaron, en un principio, de todo lo que supusiera derribar la democracia, pero pronto cambiaron de opinión ante la posibilidad de recibir un sueldo estable e importante por parte de Persia.

Los principales estrategos de la escuadra, una vez puestos de acuerdo, se entregaron al estudio de los detalles de la conjura, excepto uno de ellos, Frínico, que conociendo el talante de Alcibíades y sabiendo que le daba lo mismo democracia que oligarquía, y que únicamente se guiaba por sus intereses con la intención de volver rehabilitado a Atenas, reveló la maniobra a los mandos de la flota espartana. Pero éstos, conocedores del ascendiente que tenía Alcibíades ante Tisafernes, revelaron a aquél la traición del estratego ateniense. Frínico, temiendo represalias si su acción era desvelada a la flota, decidió arriesgarse nuevamente ofreciendo ahora una recompensa mucho mayor; aunque se quejó ante los mandos de la flota espartana por haberle descubierto, les prometía entregarles las



El Poseidón de Artemisión. *Bronce de gran belleza y perfección, que representa al dios blandiendo el tridente, ya que la posición de los dedos excluye cualquier otra posibilidad. (Museo Nacional de Atenas).*

naves de la escuadra ateniense con todo su ejército. Alcibíades fue nuevamente informado de este hecho y alertó a los dirigentes de la flota ateniense del peligro que suponía la traición de Frínico. Con todo, los mandos de la escuadra preferían creer a su estratego antes que depositar toda su confianza en Alcibíades; no le creyeron, a pesar de que esta vez era sincero. Frínico acabaría convirtiéndose en un enemigo acérrimo de Alcibíades y en el más radical de los partidarios de la oligarquía, para ser finalmente asesinado en el ágora de Atenas y su cuerpo expulsado fuera de las fronteras del Ática.

Una vez tomado el poder en Samos, los partidarios de la oligarquía enviaron a algunos de sus miembros a Atenas, con el fin de que alentaran a los simpatizantes de las clases principales a sublevarse y disolver la democracia, pues sólo con este cambio de gobierno obtendrían el apoyo persa y estarían en mejores condiciones de continuar la guerra contra Esparta.

Ante la asamblea, los partidarios de la oligarquía se abstuvieron de desvelar sus verdaderos planes, hablando tan sólo de modificar el régimen democrático para atraerse la alianza de Tisafernes y votar el retorno de Alcibíades, el único que podría lograr el apoyo persa. Ante esta posición, los enemigos de Alcibíades se alzaron de viva voz, clamando contra quien había traído tantas desgracias a la ciudad, burlado sus leyes y profanado los sagrados misterios. Pero los oligarcas reaccionaron exponiendo con mayor detalle la situación y convenciendo al pueblo de que lo que proponían era la única fórmula de salvación de la ciudad. Los atenienses, temerosos de un gobierno oligárquico, acabaron cediendo y se aferraron a la promesa de que podrían modificar de nuevo el sistema en el futuro. La asamblea decidió enviar una embajada de diez ciudadanos, próximos a la oligarquía, ante Alcibíades, para que negociaran la alianza con Tisafernes. Antes de partir, los embajadores dieron órdenes entre sus partidarios para que, mientras ellos acudían ante el sátrapa, los conjurados tomaran el poder en la ciudad. Mientras esto sucedía en Atenas, la estrella de Alcibíades parecía declinar. Sabiendo que los embajadores atenienses, siguiendo sus consejos, acudían ante Tisafernes a concertar una alianza, Alcibíades confiaba plenamente en el éxito de su estrategia y en el retorno triunfal a Atenas. Pensaba que sería fácil convencer a Tisafernes de la necesidad de romper con Esparta y aliarse con

Atenas directamente, pero se equivocaba. Alcibíades había sobreestimado su capacidad de influencia sobre el sátrapa persa. Tisafernes no entendía por qué ahora Alcibíades le sugería aliarse con Atenas y cierta desconfianza se fue apoderando de él; prefería seguir con el consejo inicial de Alcibíades de permitir que se debilitaran ambas potencias. Por otro lado, temía romper con los espartanos, puesto que su flota, gracias a los importantes aliados que Esparta había acogido en su bando, era tan numerosa que podría hacer sombra al poder persa en la zona.

Alcibíades veía con preocupación como era incapaz de hacer cambiar de opinión a Tisafernes. No podía lograr de él la alianza con Atenas, algo que había prometido a los atenienses, cuyos embajadores se dirigían en ese momento confiados en la gran influencia que Alcibíades decía tener sobre Tisafernes. La situación era delicada, puesto que si los emisarios se encontraban con que su viaje era estéril, los atenienses nuevamente acusarían a Alcibíades de haberles engañado. Para salir del paso, de la forma más favorable a sus intereses, puso en marcha su astucia para idear una estratagema. Acogería a los embajadores atenienses asegurándoles que la idea de la alianza era factible y que el sátrapa persa estaría deseoso de llegar a un acuerdo; después hablaría en nombre de Tisafernes proponiendo a los embajadores atenienses la firma de la alianza, a cambio de unas condiciones tan desfavorables para Atenas que los embajadores no estarían dispuestos a aceptar, renunciando a la alianza. De esta forma parecería que la alianza no había cuajado, no porque Alcibíades no hubiera convencido a Tisafernes, sino porque los atenienses no estaban dispuestos a ofrecer compensaciones a cambio a los persas.

Los embajadores se presentaron ante Tisafernes dispuestos a entablar una alianza. Alcibíades, siguiendo su estrategia, les recibió en nombre de Tisafernes comunicándoles las exigencias que éste planteaba a los atenienses a cambio del tratado. Con gran sorpresa, Alcibíades veía que sus condiciones iniciales eran aceptadas por los atenienses en el transcurso de las primeras entrevistas. Temiendo que su plan fracasara y su posición quedara en evidencia, aumentaba cada vez más las pretensiones, exigiendo la entrega a Persia de amplios territorios, así como de las islas aliadas de Atenas. Aún así, los atenienses se mostraban de acuerdo con las condiciones impuestas, hasta que se planteó la exigencia de que la flota persa pudiera navegar hacia cualquier punto del Mar Egeo. Esta era una

condición imposible de aceptar por Atenas, por cuanto suponía quebrar uno de los logros conseguidos mediante la sangre de muchos atenienses durante las guerras en las que los griegos derrotaron al Imperio Persa. En ese momento, los embajadores cayeron en la cuenta de que la alianza había sido imposible desde un principio y que todo obedecía a una nueva burla de Alcibíades.

Volvieron a la isla de Samos, donde explicaron la situación ante los atenienses que formaban la escuadra, y decidieron prescindir de Alcibíades y sus consejos y llevar ellos mismos el peso de la guerra, invirtiendo, aunque fuera necesario, sus fortunas. Así, tras asegurarse el apoyo a la oligarquía por parte del ejército destinado en Samos y promover un régimen aristocrático en la isla, retornaron a Atenas.

Capítulo XIV

LOS CUATROCIENTOS

Los embajadores atenienses se dirigieron de vuelta a Atenas, reclutando, entre las ciudades aliadas por las que pasaban, un número de hoplitas por si fuera necesario enfrentarse a los defensores de la democracia. Sin embargo, al llegar, se encontraron con que sus partidarios habían dado ya un golpe de mano haciéndose prácticamente con el poder en Atenas. Un grupo de jóvenes se había encargado de asesinar a una serie de personalidades destacadas de la democracia; entre éstas se encontraba el orador que promovió la acusación contra Alcibíades por la profanación de los misterios. Con este asesinato intentaban ganarse la simpatía de Alcibíades, puesto que aún no sabían el resultado de la misión que habían enviado ante su presencia y pensaban que volvería a la ciudad con la alianza de Tisafernes. Al tiempo que se cometían estos asesinatos, coparon los puestos del Consejo e intimidaron al resto de la población mediante el uso de la fuerza, logrando acallar la opinión del pueblo en la asamblea. Proclamaron un bando por el que se suprimían los sueldos que el Estado otorgaba a sus ciudadanos por participar en la vida pública de la ciudad, y se dejaban los asuntos políticos en manos de una asamblea compuesta exclusivamente por cinco mil ciudadanos económicamente capaces de contribuir al sostenimiento del Estado.

El terror se extendió por toda Atenas, y los ciudadanos, atemorizados, apenas se oponían a los oligarcas, puesto que cada voz discordante era misteriosamente asesinada sin que se investigaran los hechos. Durante aquellos días incluso se apuntaron al bando oligarca personajes de los que nun-

ca se hubiera sospechado tal posición. Por todas partes surgían partidarios del nuevo régimen y los ciudadanos desconfiaban entre sí, no sabiendo si aquel ante quien se quejaban sobre la situación les denunciaría a los pocos minutos. Los atenienses, divididos y temerosos entre sí, no fueron capaces de ofrecer resistencia a los partidarios de la oligarquía, quienes vieron así fácilmente allanado el camino hacia el control del poder.

Cuando llegaron a Atenas los embajadores, entre los que se encontraban los principales dirigentes oligarcas, decidieron estructurar definitivamente el nuevo régimen y acabar con la democracia. Nombraron a diez ciudadanos encargados de redactar las nuevas normas legales del régimen, para después convocar la asamblea de la ciudad. El primer cambio importante se observó enseguida, pues quedó suprimida la reunión de los ciudadanos en la Pnix, colina próxima a la acrópolis, como era tradicional, celebrándose en otra colina situada a dos kilómetros de la ciudad. Allí se les comunicó que de entre los cinco mil ciudadanos con derecho a opinar sobre los asuntos políticos se elegirían cuatrocientos dotados de plenos poderes para gobernar la ciudad según consideraran. Como pensaban que los miembros del Consejo elegidos bajo la democracia se resistirían a abandonar el edificio donde se reunían, los Cuatrocientos acudieron armados de puñales en compañía de un número de jóvenes igualmente armados; entraron en el edificio y, tras pagarles el sueldo que se les debía, obligaron a los consejeros a abandonar sus cargos. Los Cuatrocientos tomaron posesión así del Consejo dando la estocada definitiva y mortal a la democracia. A partir de ese momento fueron eliminadas todas las instituciones de la democracia ateniense, estableciendo un régimen de terror y fuerza en el que eran numerosos los asesinados, encarcelados o desterrados. Una vez controlada la situación en la ciudad, tomaron las riendas de la política exterior, buscando como actuar ante los asuntos de la guerra en la que se encontraban, teniendo todavía al enemigo a tan sólo veinte kilómetros, en la fortaleza de Decelia. Habiendo decidido no confiar en Alcibíades, tras el engaño al que les había sometido, calcularon que, ahogada la democracia, un régimen oligárquico sería de mucho más agrado, por afinidad política, a Esparta. Fiados en ello, enviaron mensajeros a Decelia con el fin de plantear al rey espartano Agis la posibilidad de llegar a una acuerdo que resolviera las diferencias entre ambas ciudades y diera fin a la guerra.

Agis no confiaba mucho en que el cambio político en la ciudad fuera duradero y estable, puesto que pensaba que el pueblo ateniense, acostumbrado desde hacía tiempo a la democracia, no renunciaría a perder sus derechos tan fácilmente. Recibió a los emisarios de los Cuatrocientos, pero les dio largas sobre el asunto de la alianza; más aún, intuyó que quizás aquella situación de inestabilidad posibilitaría, si se acercaba él con sus fuerzas, que los ciudadanos entraran en un estado de terror tal que de resultas de los disturbios que se producirían le entregarían la ciudad o, cuando menos, podría cortar la comunicación de Atenas con su salida al mar, sitiándola completamente. Con tal fin, reunió un poderoso ejército procedente del Peloponeso y avanzó sobre Atenas; pero, contra lo que había supuesto, los atenienses respondieron ordenadamente al ataque, rechazando la primera línea espartana y causando algunas bajas entre ellas. Agis, al darse cuenta de que la situación era diferente a la que él había pensado y que el régimen oligárquico controlaba verdaderamente la ciudad, mandó retirar al ejército v regresó a su fortaleza en Decelia. Los Cuatrocientos siguieron enviando embajadores ante Agis, el cual les recibía ahora abiertamente, escuchando sus peticiones y aconsejándoles que marcharan a Esparta para debatir acerca de un posible acuerdo de paz, cosa que así hicieron los dirigentes de Atenas. Igualmente, los Cuatrocientos decidieron enviar con presteza una embajada a Samos, para exponer la nueva situación de la ciudad ante el ejército, pues temían que los componentes de la escuadra rechazasen el régimen oligárquico y se enfrentaran abiertamente con los nuevos dirigentes de la ciudad.

No andaban descaminados al calcular la reacción que suscitaría el cambio de régimen entre los atenienses que integraban la flota. El ejército de Samos se inclinaba cada vez más hacia la defensa de los intereses de la democracia, y así lo demostraron apoyando con sus fuerzas a los demócratas de Samos atajando un golpe de mano oligárquico. Desconociendo lo que había sucedido en Atenas, los dirigentes de la escuadra, ganada ahora a la democracia, enviaron una delegación informativa a la ciudad; los enviados se encontraron con que la oligarquía había tomado el poder en Atenas, por lo que, nada más pisar el Ática, fueron apresados. Solamente uno de ellos logró escapar y llegarse de nuevo a Samos, revelando ante la flota la situación que se vivía en Atenas. Exagerando los he-

chos ocurridos, decía que la represión sobre la ciudadanía era constante, que se prohibía al pueblo emitir juicio alguno sobre la actitud de los nuevos gobernantes, que los niños y las mujeres atenienses eran objeto de ultraje y que se había acordado detener a los familiares de aquellos soldados destinados en Samos que fueran proclives a la democracia. Al oír estas noticias, la asamblea de soldados atenienses quedó presa de la cólera, las intervenciones eran cada vez más airadas y se pedía a grandes voces que la flota se dirigiera hacia Atenas y se tomara la ciudad al asalto, pasando a cuchillo a los oligarcas. Afortunadamente, algunos de los estrategos, con un talante más moderado, les hicieron cambiar de opinión argumentando que entrar en ese momento en luchas intestinas, estando tan cercana la flota enemiga, era una temeridad. La asamblea decidió retirar el mando a los dirigentes de la flota partidarios de la oligarquía y sustituirlos por los afectos a la democracia. Los nuevos estrategos tomaron la decisión de hacer público que, tanto los habitantes de Samos como el ejército ateniense allí destinado, lucharían por la defensa de la democracia; después obligaron a todos, incluidos los sospechosos de ser partidarios de la oligarquía, a jurar que defenderían siempre el sistema democrático, declarándose enemigos de los Cuatrocientos y negándose a entablar compromisos con ellos, y que continuarían la guerra contra los espartanos.

El triunfo de las tesis democráticas en la flota ateniense de Samos tuvo como consecuencia la ruptura con la ciudad y la creación de un verdadero Estado dentro del Estado. Los estrategos de la flota se autoproclamaron verdaderos representantes de los intereses mayoritarios de los atenienses, frente a la intención torcida de unos pocos que dominaban la ciudad. Afirmaban que habían sido los oligarcas los que actuaron contra el ordenamiento legal en Atenas y que, por tanto, no tenían entidad moral para gobernarles. Animaban a los soldados haciéndoles ver que de su lado estaba no sólo la fuerza de la razón sino la de las armas. Dominando la flota y el ejército ateniense, podían perfectamente mantenerse sin el apoyo de la ciudad; obtendrían fácilmente los recursos necesarios, ya que controlaban el mar y podían forzar a los aliados de Atenas a pagarles el correspondiente tributo a ellos y no a la ciudad. Autónoma, financiera y políticamente, la escuadra continuaría la guerra, defendiendo los intereses atenienses y evitando la división y el debilitamiento de la ciudad. Esperaban que la situación pudiera cambiar en Atenas, llegando a al-

gún acuerdo que favoreciera el retorno de Alcibíades y la alianza con Tisafernes. Si, con todo, Atenas se empeñaba en volverles la espalda, marcharían en busca de nuevas tierras donde asentarse y fundar colonias regidas bajo el sistema democrático, en espera de mejores tiempos. La contrarrevolución democrática se había consumado en la escuadra ateniense, confirmando los peores temores de los oligarcas, quienes, por otro lado, no dejaban de ver la mano oculta de Alcibíades en todo el asunto. Al enterarse de la situación en Samos, los embajadores que los Cuatrocientos habían enviado ante la escuadra decidieron interrumpir su viaje y aguardar a que los ánimos se calmaran, para intentar convencerles de las bondades del nuevo régimen que imperaba en Atenas.

Las primeras medidas adoptadas por los dirigentes democráticos de la escuadra insistían en la necesidad de que se votara el retorno de Alcibíades, para lograr de esta forma la alianza de Tisafernes. La asamblea de soldados quedó convencida de los argumentos de sus estrategos y decidieron permitir el regreso de Alcibíades, dándole garantías de que su vida no correría peligro. Una embajada de la escuadra se encargó de llegar hasta la corte de Tisafernes y traer de regreso a Alcibíades, quien desembarcó en Samos ante la expectación del ejército que volvía a encontrar en él el remedio de todos los males acaecidos hasta entonces y la recuperación política y militar de Atenas. La intención de Alcibíades iba encaminada hacia la consolidación de su poder entre el ejército, para así atemorizar aún más a los dirigentes oligarcas de Atenas; por otro lado, continuaría insistiendo ante Tisafernes sobre la necesidad de la alianza con Atenas, desprestigiando a los espartanos y sus aliados. Alcibíades se presentó ante la asamblea de la escuadra de Samos y con su verbo fácil y su elegancia se atrajo sin problemas el favor de los soldados. En primer lugar acusó públicamente a aquellos que habían buscado su ruina obligándole al destierro, quejándose sobre los problemas que ésto había ocasionado no sólo a él sino a toda Atenas. A continuación expuso su opinión sobre el estado de las cosas en ese momento y el rumbo que se debía tomar en la guerra. Ante la asamblea, desarrollaba grandes líneas de actuación y prometía un horizonte de triunfos para Atenas. Exagerando nuevamente su capacidad de influir sobre Tisafernes, les hacía ver que éste estaba dispuesto a apoyar con todos sus recursos a los atenienses, si éstos otorgaban su confianza a Alcibíades. No les faltaría en ningún momento financiación por

parte del sátrapa, e incluso, según él, Tisafernes estaba dispuesto a ceder a los atenienses la cobertura de la flota persa que se estaba reuniendo al sur de Asia Menor.

Atraídos por las esperanzas que suscitaban sus palabras, la asamblea de la escuadra ateniense decidió nombrarlo estratego, otorgándole la responsabilidad de dirigir la flota. La excitación de los miembros de la asamblea era tal que, dando por seguro el apoyo persa y la victoria en la guerra, estaban dispuestos a solucionar primero los problemas de Atenas, dirigiéndose a la ciudad y derrocando a los Cuatrocientos. Pero Alcibíades, temiendo que en sus promesas hubiera llegado demasiado lejos, logró convencerles de que lo más importante en ese momento era no perder de vista los asuntos de la guerra, estando tan cercana la flota enemiga; por tanto, él acudiría ante Tisafernes para acordar la alianza. La asamblea apoyó sin reservas su postura y decidió esperar a que regresara de la corte del sátrapa persa.

Alcibíades volvía de nuevo sobre Tisafernes, con la intención de forzarlo de una vez por todas a que abandonara el bando espartano y apoyara a los atenienses. Inútiles ya sus artes de seducción y su capacidad de influencia sobre el sátrapa persa, ahora estaba dispuesto a utilizar otros argumentos de mayor peso. Acudía ante él envuelto en el prestigio que le confería el haber sido nombrado estratego por los atenienses, por tanto controlando una todavía poderosa flota que podía bien ponerla al servicio de los persas o utilizarla en su contra. De esta forma, Alcibíades, en palabras del historiador Tucídides: «Se servía de los atenienses para intimidar a Tisafernes, y de Tisafernes para intimidar a los atenienses».

La misión de Alcibíades ante Tisafernes tuvo como consecuencia que, aunque el sátrapa no apoyara abiertamente a Atenas, ahondara en su política de debilitamiento de las fuerzas espartanas. La flota de Esparta y sus aliados empezaban a sentir el cambio de la política de Tisafernes; los apoyos financieros se veían reducidos y los sueldos eran cada vez menores y cobrados de forma esporádica; los soldados veían como esta situación no parecía remediarse por la actitud de los principales dirigentes de la flota que, buscando el favor de Tisafernes, aceptaban este orden de cosas. Además, en cuanto se supo que Alcibíades se había pasado al bando ateniense y se hallaba en presencia de Tisafernes, empezaron a desconfiar del sátrapa, viendo como toda su política parecía dictada por Al-

cibíades. La situación entre los soldados de la flota espartana se volvía cada vez más difícil y pronto estallaron motines y revueltas contra los mandos, e incluso algunas ciudades aliadas de Esparta, llevadas por su odio hacia la actitud de Tisafernes, atacaron una fortaleza persa. Algunos mandos de la flota espartana decidieron acudir ante el Consejo de Esparta y denunciar públicamente tanto el doble juego de Tisafernes como la actitud contemplativa de los principales dirigentes de la flota. Oídas las acusaciones, los magistrados decidieron poner orden en la escuadra otorgando el mando a Míndaro, un reconocido estratego espartano.

Mientras esto sucedía en la flota espartana, Alcibíades regresaba a Samos tras su misión ante Tisafernes. Su llegada a la isla coincidió con la presencia de los embajadores que los Cuatrocientos habían enviado para exponer ante la escuadra la nueva situación de Atenas. Aunque, en un principio, los soldados se negaban a escucharles e incluso hablaban de matarlos, como habían hecho ellos con la democracia, finalmente permitieron que se dirigieran a la asamblea. Los embajadores quisieron demostrar que el cambio de régimen había sido en beneficio de Atenas, con el fin de resolver, de la forma más provechosa, los asuntos de la guerra; igualmente negaron que, contra los rumores que habían circulado entre el ejército, los parientes de los soldados estuvieran siendo detenidos y condenados a muerte, y aseguraron que a todos ellos se les había respetado su integridad. Pero conforme hablaban, los soldados se irritaban más contra ellos y a grandes voces se animaban unos a otros a subir a los barcos y dirigirse contra la ciudad. Tuvo que ser nuevamente Alcibíades el que impusiera la cordura, criticando a aquellos soldados que se quejaban ante los embajadores sólo por motivos personales y mostrándoles la locura que suponía atacar Atenas, por cuanto el enemigo se aprovecharía de la discordia y destruiría, sin apenas problemas, el poder ateniense. Alcibíades, en su calidad de primer estratego de la flota, se encargó de que los embajadores llevaran a Atenas sus propuestas, consistentes en que, para llegar a un acuerdo, primero tenían que resistir ante el enemigo para evitar el hundimiento de la ciudad y después debían renunciar al gobierno de los Cuatrocientos y restablecer, total o parcialmente, las instituciones democráticas. Con este mensaje, los embajadores regresaron a Atenas.

Las propuestas planteadas por Alcibíades tuvieron el efecto de dividir a los dirigentes oligarcas de Atenas. Efectivamente, desde hacía tiempo, algunos dirigentes comenzaban a cuestionar el régimen en cuanto que veían el peligro que suponía la división entre Atenas y su ejército. Su idea no era tanto acabar con la oligarquía, sino introducir algunos cambios democráticos que lograran atraerse el favor de la flota de Samos y producir la reconciliación necesaria para el buen desarrollo de la guerra. Estos dirigentes, al escuchar las palabras de Alcibíades y entender la sólida posición que se había forjado entre el ejército, empezaban a vislumbrar que la oligarquía no tenía mucho futuro; movidos siempre por sus ambiciones personales, ante las perspectivas que se ofrecían a Atenas, decidieron secretamente pasarse al bando democrático, para que el cambio que veían próximo les pillara en el lado triunfante. Los oligarcas más radicales se dieron cuenta del cambio de actitud de algunos de sus colegas, por lo que se empeñaron aún más en afianzar el régimen. Enviaron nuevos emisarios a Esparta, para que apremiaran a los que habían enviado anteriormente a que llegaran a un acuerdo que no fuera excesivamente lesivo para los intereses de Atenas; junto con esta medida, decidieron fortificar la zona de El Pireo, el puerto de Atenas, en previsión de un posible ataque de la flota de Samos, aunque los oligarcas moderados denunciaban que el objetivo de la fortificación era facilitar la entrada de la flota enemiga.

Los dirigentes de Atenas, pues, se hallaban divididos, y con ellos la ciudad entera. Todos calculaban la posibilidad de que Alcibíades y la flota intentaran derrocar el régimen oligárquico y ninguno estaba dispuesto a morir por ello. Los más moderados buscaban su salvación apostando, de la noche a la mañana, por la democracia y criticando a sus propios compañeros de revolución; los más radicales estaban dispuestos, incluso, a venderse al enemigo con tal de mantener el régimen y salvar sus vidas. La crisis no tardó en desatarse; los embajadores despachados a Esparta volvieron sin lograr un acuerdo satisfactorio, lo que suscitó las críticas abiertas del bando moderado; los radicales aún concitaban esperanzas de apoyo de los enemigos e intentaban acoger a la flota espartana en la ciudad, para salvar así sus propias vidas. Por aquellos días, la isla de Eubea, de vital importancia para Atenas por cuanto de ella procedían fundamentalmente sus recursos, solicitó la ayuda de la flota espartana, para

separarse de la alianza ateniense. Una flota de Esparta costeó en dirección a Eubea pasando cerca de Atenas, lo que levantó las sospechas de parte de los atenienses, temiendo que los oligarcas radicales hubieran llamado al enemigo para que ocupara la ciudad. Atenas entera se convirtió en un nido de conjuras; tras la celebración de una sesión del Consejo, uno de los dirigentes radicales fue asesinado en el ágora; al mismo tiempo, los moderados provocaron una insurrección entre los soldados que se encargaban de fortificar el puerto de El Pireo. Al enterarse, los Cuatrocientos decidieron acabar con la insurrección por la fuerza de las armas y pasar a cuchillo a los traidores; toda la ciudad cayó en la confusión y el caos. Los ciudadanos de uno y otro bando acudieron por sus armas dispuestos a defender sus intereses y por todas partes corrían los mas insólitos rumores, creyendo cada ateniense que su rival se encontraba en su propia casa. Afortunadamente, los ciudadanos más juiciosos lograron detener el enfrentamiento civil invocando la necesidad de unirse frente al enemigo real, los espartanos. Uno y otro bando decidieron reunirse para calmar los ánimos. Los Cuatrocientos prometieron a los sublevados en El Pireo que se llevarían a cabo algunas reformas democráticas y con esto logró alejarse el peligro de la confrontación civil.

Cuando estaban reunidos se supo que la flota espartana, que se dirigía en ayuda de la isla de Eubea, se encontraba frente a las costas del Ática. Rápidamente, todos los atenienses se olvidaron de sus querellas y acudieron a El Pireo dispuestos a defender con su sangre la ciudad. La flota espartana, sin embargo, decidió continuar su misión y llegó hasta Eubea, siendo recibida por sus habitantes con gran alivio. Los atenienses sentían el peligro que les amenazaba si Eubea se separaba de la alianza; la ciudad se encontraría sin posibilidad alguna de obtener recursos, sitiada tanto en su propia tierra como en sus costas. Precipitadamente armaron una flota con los escasos recursos humanos que poseían y la enviaron a Eubea a enfrentarse con los espartanos; pero la armada, cuyos integrantes carecían de la experiencia necesaria, fue completamente derrotada. La pérdida de la isla de Eubea supuso para Atenas un golpe aún mucho mayor que el desastre de Sicilia. Ahora que la ciudad se encontraba dividida en luchas internas, que la flota destinada en Samos se había sublevado y actuaba por su propia cuenta, que se hallaban sin tiempo y casi agotadas todas las posibilidades de equipar otra escuadra, se encontra-

ban, además, con la defección de Eubea, fuente de sus recursos. El abatimiento y el sentimiento de desesperación habían calado entre los atenienses, que se veían desamparados y a merced del enemigo, el cual se encontraba en óptimas condiciones para ocupar una indefensa Atenas. Sin embargo, parecía que el destino aún era benévolo con Atenas. Cuando más temían la destrucción de la ciudad, los espartanos, siempre comedidos y lentos en la toma de decisiones, decidieron no arriesgarse. Esparta confiaba siempre en la fuerza de sus efectivos terrestres, no apostando decididamente por el uso de la fuerza naval, elemento ajeno, por otro lado, a su tradición militar.

Al comprobar que el enemigo no tomaba la iniciativa, los atenienses volvieron a mostrar su capacidad de organización en los momentos de mayor peligro del Estado. Con gran esfuerzo lograron equipar veinte naves que protegieran la ciudad; después convocaron una asamblea en la que se decidió deponer a los Cuatrocientos y entregar el poder al conjunto de cinco mil ciudadanos con recursos suficientes como para procurarse el equipo militar. Los días siguientes se nombraron magistrados encargados de dictar nuevas normas para el buen gobierno del Estado, creando un régimen consistente en una combinación entre oligarquía y democracia. Finalmente, en la asamblea se decidió enviar mensajeros a Samos para que exhortara a la flota a lograr la unidad y trabajar conjuntamente en la salvación de Atenas. Esta decisión iba acompañada de la derogación de la pena impuesta a Alcibíades y al resto de exiliados y un encarecido ruego solicitando su retorno a la ciudad.

Los últimos acontecimientos parecían favorecer los objetivos de Alcibíades; pero, mientras en Atenas se producía la caída de los Cuatrocientos, su situación comenzaba a debilitarse en Samos. La flota y el ejército ateniense le había acogido y nombrado estratego, sabedor de su influencia ante Tisafernes y bajo la promesa de lograr su alianza y la ayuda militar persa. Sin embargo, el tiempo pasaba y nada parecía cambiar en este asunto. Alcibíades empezaba a ser sospechoso ante algunos mandos, que dudaban sobre su capacidad para convencer al sátrapa. A éste, por otro lado, las cosas tampoco le eran excesivamente propicias; su táctica, sugerida por Alcibíades, de debilitar a ambos bandos y recortar las ayudas a la flota espartana, había suscitado en ésta críticas muy severas. Efectivamente, los espartanos sacaban sus propias conclusiones de la ac-

titud de Tisafernes y sus tratos con el Alcmeónida. Cuando se supo que éste se había inclinado definitivamente por el lado de su patria, Esparta no tuvo dudas de que Tisafernes parecía también apostar por los atenienses. El sátrapa, temeroso de la flota espartana, decidió demostrarles que las acusaciones eran falsas y partió hacia el lugar donde se había reunido la flota persa, con la promesa de volver con las naves y unirlas a la flota espartana. Pero, obviamente, no tenía ninguna intención de hacerlo, porque éso hubiera significado el claro triunfo de Esparta sobre Atenas, por la superioridad de sus efectivos, lo que hubiera resultado fatal para su táctica de desgaste de ambos contendientes. Algunos dirigentes espartanos fueron enviados en compañía de Tisafernes, para cerciorarse de que cumpliría su promesa; pero, llegados al punto de reunión de la flota persa, Tisafernes se negó a partir con la armada argumentando que se habían reunido menos naves de las que había ordenado y que por tanto había que esperar a que llegara el resto. Los espartanos cayeron en la cuenta del engaño al que habían sido sometidos, comprobando cómo no sólo la flota persa no saldría de sus bases, sino que, cuando llegaron al puerto persa donde estaban las naves y se presentaron ante Tisafernes, hallaron que junto a él estaba Alcibíades.

Efectivamente, Alcibíades, sabiendo que el sátrapa había marchado a reunirse con la flota persa, acudió ante él para demostrar a sus hombres que si no lograba la alianza con el sátrapa al menos conseguiría que la flota persa no se uniera a los espartanos. Al Alcmeónida no le fue difícil conseguir esto último, puesto que coincidía con los verdaderos intereses de Tisafernes. Por otro lado, con su presencia pretendía comprometer la posición de Tisafernes ante los espartanos, para que así éstos rompieran con él al creerle próximo a Alcibíades y a los atenienses.

La táctica de Tisafernes perjudicaba gravemente a la flota espartana y sus resultados no se hicieron esperar. En el otoño del 411 a.C., se produjo el primer gran enfrentamiento entre la escuadra ateniense de Samos y la flota espartana. Los atenienses salieron triunfantes de este combate, lo que posibilitó que recuperaran la moral perdida con los desastres sufridos anteriormente, que regresaran numerosas ciudades que se habían separado de su bando y que perdieran el miedo a la también poderosa flota espartana. Cuando Alcibíades supo del éxito de sus hombres volvió a Samos y se apropió del éxito, gracias a que, según decía, con su intervención ante

Tisafernes había impedido que los espartanos se reforzaran con las naves persas, inclinando de esta forma el triunfo hacia Atenas. Sin embargo, tras la derrota espartana, la posición del sátrapa ante sus aliados era cada vez más delicada y éstos ya se encargaban de difamarle abiertamente, con el peligro que suponía para el sátrapa que tales quejas llegaran a oídos del rey y se le exigieran explicaciones sobre su política en el Mar Egeo.

Capítulo XV

ALCIBÍADES, SALVADOR DE ATENAS

A finales de aquel año, Alcibíades se hallaba en disposición de retornar triunfante a Atenas, tras varios años de destierro. Los atenienses habían votado su regreso y esperaban que de su mano pudiera la ciudad superar los momentos críticos por los que atravesaba. Pero, para sorpresa de los atenienses, Alcibíades no regresó, lo que les hizo dudar acerca de si realmente apoyaba a Atenas o su política seguía los dictámenes de Tisafernes y los espartanos. Si Alcibíades demoraba su retorno a la ciudad no era por favorecer al otro bando. Conocedor y sufridor en su propia carne de las veleidades políticas de sus conciudadanos quería regresar en todo su esplendor, después de haber logrado sonoros triunfos ante la flota espartana, triunfos que mostraría a los atenienses para hacerles ver el error que cometieron al desterrarlo. Si volvía como un héroe, como el salvador de Atenas, la ciudad entera caería a sus pies sin remedio. Por aquellos días, tras la pérdida de la isla de Eubea, Atenas se encontraba en la necesidad de controlar la zona del Helesponto, situada en torno al actual estrecho de Dardanelos, y sus rutas comerciales, única forma de conseguir los necesarios suministros procedentes del Mar Negro. Con tal fin, enviaron las naves que habían podido reunir al mando de uno de sus estrategos. Las noticias del movimiento de la flota llegaron a oídos de los espartanos, quienes, al mando de su estratego Míndaro, marcharon con el objetivo de impedir la maniobra. También Alcibíades, que se encontraba en Samos, supo del peligro que amenazaba a la flota ateniense y, al mando de diecisiete naves, acudió en ayuda de sus compatriotas.

Las escuadras ateniense y espartana se encontraron frente a la ciudad de Abidos, en cuyas aguas combatieron durante todo un día con igualdad de triunfos por ambos lados. Llegada la noche, aunque el combate se mostraba equilibrado, los espartanos parecían tener cierta ventaja, momento en que hizo su entrada, de forma espectacular, la flota al mando de Alcibíades. Su aparición provocó el estupor en ambos bandos, los atenienses pensaban que llegaba en apoyo del enemigo y se sintieron sobrecogidos de terror; los espartanos, por el contrario, celebraban con gran júbilo la llegada de los que creían refuerzos enviados en su ayuda. Alcibíades ordenó desplegar las enseñas y arremeter directamente contra los espartanos, ante la sorpresa de éstos, derrotándoles y apoderándose de algunas naves y prisioneros. El triunfo logrado le granjeó definitivamente el fervor de los atenienses, que ya no dudaban en ver en él al líder que Atenas tanto estaba necesitando. Alcibíades mismo, lleno de arrogancia por el éxito alcanzado, creyó llegado el momento de presentarse ante Tisafernes, y, haciendo gala de su poder político y militar entre los atenienses, obligarle a tomar definitivo partido por Atenas. Acompañado de uno de sus generales, acudió ante el sátrapa con una nave cargada de presentes y regalos que rivalizaban en lujo entre sí. Pero el cálculo estratégico esta vez le resultó equívoco. Tisafernes, al conocer que Alcibíades llegaba ante él, encontró el pretexto que necesitaba para demostrar ante los espartanos que eran falsas las acusaciones que se vertían en su contra de estar próximo a los atenienses. Nada más pisar tierra, el sátrapa ordenó que se detuviera y encarcelara a Alcibíades, quien no salía de su estupor.

Durante treinta días permaneció preso de Tisafernes, maquinando la forma de devolverle el golpe. Al cabo de ese tiempo logró que le proporcionaran unos caballos, y, una noche, aprovechando un descuido de los guardias, Alcibíades huyó en dirección a Samos; por el camino se encargó de propagar el rumor de que no había huido, sino que Tisafernes le había dejado escapar, de forma que los aliados del sátrapa desconfiaran de él definitivamente.

Una vez llegado a Samos, en la primavera del 410 a.C., se encargó de reorganizar la flota, preparándola para enfrentarse al enemigo por el dominio de la zona de los estrechos, vital para la supervivencia de Atenas. Alcibíades y su flota se reunieron con la escuadra procedente de Atenas,



Estela de Hegesó. *La herencia de Fidias y los sufrimientos que la guerra del Peloponeso trajo sobre el Ática, dieron al género de la estela funeraria una nueva dimensión de tristeza y de dolor. (Museo Nacional de Atenas).*

a la que se habían unido los efectivos aportados por los pocos aliados que aún mantenía la ciudad. Sabedores de que la armada espartana, en número de sesenta naves, se encontraba fondeada en la ciudad de Cízico, situada en el Estrecho de los Dardanelos, las ochenta y seis trirremes atenienses pusieron rumbo hacia allí. Los atenienses buscaron refugio en las cercanías de Cízico y allí Alcibíades, después de ordenar que se agruparan todas las naves, para evitar que alguna huyera revelando sus planes al enemigo, y anunciar que los traidores pagarían su acción con la muerte, mandó convocar la asamblea. Ante los soldados, Alcibíades explicó que era necesario que dieran lo mejor de sí en la batalla, pues ellos estaban obligados a combatir al enemigo por mar y por tierra, ya que, según dijo: «Nosotros no tenemos dinero, mientras que el enemigo lo recibe del rey sin problemas».

Tras la asamblea, la flota zarpó dispuesta a entablar el combate. Alcibíades ordenó que el grueso de las fuerzas se mantuvieran más alejadas y él se presentó con veinte naves ante el adversario. Los espartanos, al comprobar la osadía de quienes con tan ridículas fuerzas les provocaban, se lanzaron sobre ellos; mientras se entablaba el combate, hizo su aparición el resto de la flota ateniense. Los espartanos, aterrados, huyeron, varando sus naves en la costa y desembarcando, pero Alcibíades se adelantó a sus planes cortándoles la retirada y derrotando completamente a la infantería. El triunfo ateniense fue aplastante; la mayor parte de las naves de la flota enemiga fueron apresadas, obteniendo un cuantioso botín, además de ocupar la ciudad de Cízico, controlar definitivamente el paso de los estrechos y alejar el peligro espartano. Para éstos, la situación se hizo aún más catastrófica, ya que a la pérdida de la flota se unía la de su general, Míndaro, muerto en el combate. La incertidumbre se apoderó de los supervivientes espartanos, que reflejaban su desesperación en los mensajes que enviaron a los magistrados de Esparta y que fueron interceptados por los atenienses, escritos en el peculiar estilo lacónico propio de los lacedemonios: «Nuestras naves están perdidas. Míndaro, muerto. Los soldados, hambrientos. No sabemos que hacer».

Al conocerse la noticia de la victoria en Atenas, los ciudadanos estallaron de alegría, realizando numerosos sacrificios a los dioses y celebrando grandes fiestas. Seleccionaron, de entre sus hombres más vigorosos, cien hoplitas y cien jinetes, que, junto con treinta trirremes, fueron enviadas a

Alcibíades. Pensaban que, ahora que dominaban los mares, les resultaría más fácil conquistar las ciudades aliadas de los espartanos. La batalla de Cízico había logrado también aflojar el cerco sobre Atenas. Desde su fortaleza de Decelia el rey espartano Agis veía como llegaban al puerto ateniense de El Pireo innumerables naves cargadas de trigo y otras provisiones. Estaba claro que, mientras Atenas mantuviera el dominio del mar y el control del Helesponto, el cerco espartano por tierra resultaba bastante inútil.

Ante tales expectativas, los espartanos decidieron solicitar la paz con Atenas. Enviaron una embajada a la ciudad al mando de su antiguo magistrado Endio, pues éste mantenía aún su prestigio ante Alcibíades. Recibidos por la asamblea ateniense, Endio habló exponiendo las razones por las que convenía a Atenas firmar la paz, ya que se encontraba en peor situación; mientras Esparta mantenía el control en tierra, ganaba aliados entre los Estados griegos y poseía el respaldo económico de Persia, Atenas sólo controlaba el mar, perdía constantemente apoyos y el sotenimiento de la flota corría a cargo del esfuerzo de sus empobrecidos ciudadanos. Por tanto, solicitaban la paz de acuerdo a unas condiciones bastante justas: que cada ciudad mantuviera los aliados y territorios que poseía en ese momento, que cesaran de enviarse guarniciones al territorio del contrario, y los prisioneros fueran liberados en proporción de un espartano por un ateniense. Endio finalizó su discurso apelando a la sensatez de los atenienses:

«Solamente los tontos encuentran satisfacción en compartir las desgracias de sus enemigos, cuando está en su mano no provocar el sufrimiento. La destrucción del enemigo no produce alegría tal que pueda compensar el dolor causado por la angustia de la gente propia. No sólo por estas razones ansiamos alcanzar un acuerdo, sino porque nosotros tenemos presente las enseñanzas de nuestros padres; en cuanto que consideramos los terribles desastres causados por las rivalidades que la guerra trae consigo, creemos que es nuestro deber demostrarlo ante los ojos de los dioses y los hombres, pues sobre todo de éstos somos responsables en tales asuntos».

Oída la propuesta espartana, los atenienses más sensatos hablaron en favor de llegar a un acuerdo, pero sus propuestas se vieron superadas por los oradores de verbo exaltado, partidarios de continuar la guerra, quienes

invocaban los éxitos obtenidos por Alcibíades y cómo la Fortuna parecía estar del lado de Atenas. Los ciudadanos, deslumbrados por los triunfos y las hermosas palabras, rechazaron la propuesta espartana. No tardarían en lamentarlo.

La estrella de Alcibíades alcanzaba su máximo esplendor. El prestigio obtenido en la victoria de Cízico le hacía temible a los enemigos. Se había forjado un aura de invicto que trasladaba incluso a los soldados de su flota, quienes, llenos de soberbia, se negaban a combatir junto con las fuerzas procedentes de la flota de Atenas, que habían sufrido derrotas previamente, argumentando que los vencidos no debían estar junto a los invencibles.

Durante el año siguiente, Alcibíades se ocupó de afianzar la posición de Atenas en la zona del Helesponto. En todas partes hacía su aparición la flota, derrotando al enemigo y obligando a numerosas ciudades, mediante el asedio y el asalto, a unirse a la alianza de Atenas y contribuir económicamente a los gastos de la guerra. Después de que estas noticias llegaran a Atenas, el pueblo ardía en deseos de que volviera a la ciudad para entregarle ciegamente su destino.

Pero, por aquellas fechas, sucedieron algunos cambios importantes entre los actores de la guerra; cambios que al final acabarían perjudicando a Atenas. A pesar de la pérdida de la flota, Esparta poseía el apoyo de Persia, gracias al cual pudo ir reconstruyendo la escuadra junto con las aportaciones de sus numerosos aliados; al mando de ella, Esparta destinó a uno de sus más prestigiosos generales, Lisandro, quien no iba a la zaga de Alcibíades en cuanto a dotes militares y políticas. Hábil orador, era capaz de convencer con su verbo a quien le escuchara, manejando la situación según sus intereses.

Mientras Lisandro entraba en escena, Tisafernes, el sátrapa de Asia Menor, salía de ella. Lo que más había temido siempre, el que su estrategia de debilitar a ambos bandos griegos llegara a oídos del rey, se había cumplido. Los espartanos se irritaron cuando Alcibíades huyó de sus manos, creyendo que le había dejado escapar; junto con ello añadían sus quejas por la falta de efectivos y el escaso apoyo financiero. Para poner fin a esta situación, el rey ordenó destituir a Tisafernes y sustituirlo por Ciro, su segundo hijo, cuya presencia demostraba ya la rapidez con que el Imperio quería solucionar el conflicto griego. Ciro anunció a los em-

bajadores espartanos que acudía con el nombramiento de *Karanos*, Jefe Supremo, en Asia Menor, y su misión consistía en apoyarles en todo lo necesario, en cuanto que aliados suyos; esta proclama satisfizo a los magistrados de Esparta, que pronto verían materializadas sus promesas. La ayuda financiera de los persas fue aumentada considerablemente, hasta el punto de que Ciro dijo que si era necesario fundiría su propio trono de oro y plata. Pero, lo que más agradó a los espartanos fue que aumentara el sueldo que se pagaba a los marineros de la flota, además de saldar los atrasos y adelantarles el sueldo de un mes. Estos logros financieros se debieron a la habilidad de Lisandro, quien logró arrancar estas condiciones de labios del nuevo sátrapa. Los atenienses veían con temor cómo no sólo su ansiado pacto con los persas se alejaba sino que el ejército espartano estaba ahora mejor dotado y sus hombres mejor dispuestos para el combate. Pesarosos, intentaron hablar con Ciro enviando embajadores a su presencia, pero el hijo del rey no se dignó recibirlos.

Con todo, los atenienses aún no presentían la gravedad de estos hechos, deslumbrados como estaban por la recuperación prodigiosa de su prestigio y su poder, todo ello gracias al impulso de Alcibíades. Éste consideró que ya estaba preparado para retornar a la ciudad y mostrar los réditos de su gloria a los atenienses, así que enfiló hacia una Atenas rendida a sus pies y dispuesta a depositar toda su confianza en él, olvidando que un día le habían injuriado, condenado a muerte y obligado al destierro.

El día 25 del mes de Targelión (6 de junio) del 407 a.C., los atenienses se agolpaban ante los muelles del puerto de El Pireo contemplando llenos de gozo la llegada, tras siete años de destierro, de Alcibíades y su escuadra. Todos los ciudadanos, en su alegría sin límites, lloraban al recordar los motivos de su condena. Unos decían que era el mejor de los atenienses, el más valeroso y brillante, que había sido desterrado por culpa de las conjuras y las insidias de gobernantes ineptos, cuando él sólo obtenía beneficios para la ciudad. Otros recordaban como se le impidió ser juzgado antes de partir a Sicilia y como fue difamado y acusado en su ausencia. Se le perdonaba el haber servido al enemigo, pues decían que estando en el destierro no podía hacer otra cosa si quería evitar la muerte. Otros concluían que, si se hubiera dejado a Alcibíades al mando de la expedición de Sicilia, habría salido triunfante de ésta y de las otras

empresas que prometía, pues estando del lado enemigo había hecho muy poderoso a éste, y ahora, estando del lado ateniense, encontrándose con una ciudad con su antiguo poder sobre los mares perdido, dueña en tierra apenas de las afueras de la ciudad, dividida y enfrentada entre sí, Alcibíades había logrado encumbrarla de nuevo a su antiguo prestigio, insuflando el temor entre los enemigos.

Los aristócratas atenienses pensaban que habían hallado en Alcibíades un líder capaz de sujetar a los ciudadanos más inquietos y peligrosos para sus intereses, mientras los pobres veían en él a quien les restituiría en los derechos que gozaban durante la democracia. Todos concebían grandes esperanzas con su retorno, pues consideraban que con él volvía la fortuna a la ciudad. Sólo algunos seguían desconfiando de su persona, diciendo que únicamente él era el causante de todos los desastres que afectaron a la ciudad en el pasado y que se corría el peligro de que con su llegada fuera el cauce de nuevos males para Atenas.

Alcibíades, ya en Atenas, se presentó ante la asamblea, donde se quejó amargamente de las desgracias que habían caído sobre él; no acusaba al pueblo de ellas sino a la mala fortuna y sobre todo a las injusticias cometidas contra él por los envidiosos. A continuación les habló dándoles grandes esperanzas sobre las posibilidades de recuperación del poder ateniense y del triunfo en la guerra. La asamblea entera aceptó sus palabras y se le impusieron coronas de oro, al tiempo que se le nombraba estratego supremo con plenos poderes militares, tanto en tierra como en el mar. Después se votó la restitución de sus propiedades, indemnizándole con otras por aquellas que habían sido vendidas; se decidió que los sacerdotes levantaran las maldiciones que habían lanzado contra él en el momento del destierro y, finalmente, arrojaron al mar la estela donde se había grabado el motivo de su condena.

Toda Atenas estaba envuelta en una constante agitación, como en los días previos a la expedición contra Sicilia, olvidando ya sus pasadas penurias. Pero muchos ciudadanos, guiados por la superstición, vislumbraban negros horizontes en el favor de los dioses. La llegada de Alcibíades coincidió con la fiesta ática de las Plinterias, en honor de la diosa Atenea. Durante estas fiestas, los ciudadanos llevaban hasta la costa una antigua estatua de la diosa en madera, que era bañada y purificada en el agua, para, a continuación, ser cubierta con un velo. Estos días eran considerados

aciagos para los atenienses, quienes se abstenían de realizar cualquier actividad física durante las fiestas. La coincidencia del retorno de Alcibíades con estos ritos era interpretado por algunos como un rechazo de la diosa hacía él, por cuanto se cubría el rostro apartándole de sus favores.

Nada más verse con el mando de las fuerzas atenienses, Alcibíades ordenó que se equiparan cien naves, puesto que tanto él como Atenas entera ardían en deseos de echarse al mar y combatir al enemigo. Sin embargo, prefirió demorar la expedición hasta el mes de septiembre, fecha en la que anualmente se celebraban los Misterios de Eleusis. Dispuesto a demostrar que el favor divino estaba de su lado, al tiempo que conseguir un gran golpe de efecto sobre sus ciudadanos, mandó a los sacerdotes que se prepararan para celebrar los ritos mistéricos. Desde que los espartanos habían ocupado Decelia y controlado la ruta entre Atenas y Eleusis, la procesión tradicional había tenido que realizarse por mar; ahora Alcibíades quería volver a la tradición, pasando ante las fuerzas enemigas, pensando que si Agis y los espartanos no actuaban caería sobre ellos una gran humillación, y si se enfrentaban a los atenienses, éstos se llenarían de gloria ante los dioses y los hombres al combatir en una batalla por la defensa de lo sagrado. El día de la procesión, destinó centinelas en las alturas del camino, marchando los sacerdotes y concelebrantes hacia Eleusis protegidos por el ejército; los espartanos no se atrevieron a actuar, con lo que los ritos se pudieron celebrar con normalidad, volviendo sin peligro la comitiva a Atenas. Esta hazaña tuvo como efecto no sólo acrecentar su soberbia y orgullo sino también su honor entre los atenienses. Las clases más desfavorecidas se reunían en torno a él y le adulaban, conminándole a que pasara por encima de las leyes e instituciones de la democracia, tomando el poder y afirmándose en él como tirano de Atenas. De esta forma podría conducir a Atenas hacia la victoria, defendiendo sus intereses, actuando sin necesidad de trabas legales y sin la insidia de envidiosos y calumniadores. Aunque Alcibíades no se pronunciaba sobre estas propuestas, algunos de los miembros de las principales familias atenienses temieron que se sintiera tentado por la tiranía, por lo que presionaron para que partiera cuanto antes con la escuadra, concediéndole todo aquello que necesitara.

Alcibíades partió, pues, a finales de octubre, con las cien naves, mil quinientos hoplitas y ciento cincuenta jinetes. Controlada la zona del Heles-

ponto, su objetivo era recuperar las islas y someter de nuevo a las ciudades jonias al imperialismo ateniense. Su primer objetivo fue la isla de Andros, que había denunciado la alianza con Atenas y acogido en su ciudad una guarnición espartana. Una vez desembarcadas las fuerzas en la isla derrotó a los enemigos, pero no pudo tomar la ciudad y tuvo que retirarse, pues comenzaban a escasear los víveres y los marineros se sentían molestos por la escasez de la paga. Este hecho hizo que ciertas murmuraciones corrieran en boca de los ciudadanos de Atenas; algunos decían que, considerando la reputación de Alcibíades y su éxito en todas las empresas, no podía entenderse que todavía no hubiera derrotado al enemigo y ocupado toda Jonia, negándose a creer que fuera por la necesidad de procurarse reservas, sino más bien por desidias y falta de interés en los asuntos de Atenas.

Alcibíades, ajeno a lo que empezaba a hablarse de él en Atenas, marchó en busca de suministros hacia la isla de Samos, utilizada como base de la escuadra, con un pequeño contingente de naves, dejando el grueso de la flota al mando de su lugarteniente Antíoco, con la orden de no atacar a la flota enemiga. Sin embargo, éste, haciendo caso omiso, se dirigió con dos naves hacia la escuadra espartana, provocándoles con insultos y desafiándoles aproximándose a sus proas. Lisandro, el estratego espartano, decidió actuar persiguiendo a los provocadores con unas pocas naves; pero, al percatarse de que llegaba el resto de efectivos en apoyo de Antíoco, ordenó que se planteara la batalla. El enfrentamiento tuvo lugar en el cabo Notion, donde la flota ateniense llegó apresuradamente en defensa de Antíoco y fue fácilmente derrotada por los espartanos de Lisandro, quienes tomaron quince naves y numerosos prisioneros a los atenienses. Cuando Alcibíades supo ésto persiguió a la escuadra enemiga, pero Lisandro se retiró a sus bases evitando un enfrentamiento en inferioridad de condiciones. Necesitado de recursos y de una pronta victoria, antes de que las noticias llegaran a Atenas, se dirigió a la ciudad jonia de Cyme, aliada de Atenas. Allí lanzó toda una serie de acusaciones falsas contra los habitantes de la ciudad, puesto que su intención era devastarla y conseguir un cuantioso botín; los habitantes de Cyme lo negaron todo, y aunque lograron resistir en la ciudad no pudieron impedir que Alcibíades arrasara el territorio.

Cuando la noticia de la derrota de Notion llegó a Atenas, los ciudadanos empezaron a clamar contra Alcibíades. Mientras las cosas fue-

ron bien, él había sido el líder deseado, cuando la situación se torcía el pueblo sólo veía un culpable: Alcibíades. Él mismo acababa de ser víctima de su propio fama y su orgullo sin límites. Uno de sus subordinados en la escuadra acudió a Atenas y, llevado por la envidia, le acusó, ante la asamblea, de no preocuparse por los intereses de Atenas, abusando de su autoridad y perdiendo las naves por dejarlas en manos de hombres inexpertos, disolutos y fanfarrones, mientras él se entregaba a los placeres de la bebida y de las mujeres en eternas francachelas. Así mismo revelaba que había malgastado tiempo y dinero de Atenas empleando a los miembros de la flota en la construcción de una muralla en torno a una de sus posesiones en la región de Tracia, pues no tenía intención de vivir en la patria. Al mismo tiempo, llegó una delegación de los habitantes de Cyme que se quejaron amargamente del ataque sufrido por Alcibíades sin que hubiera motivo que justificara atacar a un aliado de Atenas como eran ellos. Oídas estas acusaciones, los ciudadanos se irritaron contra Alcibíades como en las jornadas de Sicilia, recordando sus actuaciones pasadas, que tanto daño habían causado a la ciudad, y decidieron destituirle del mando nombrando en su lugar a diez estrategos.

Alcibíades, al conocer su destitución y las acusaciones de los atenienses, harto de las veleidades de los ciudadanos y lleno igualmente de temor, optó por retirarse, con los hombres más cercanos a él, a sus posesiones en Tracia. Allí se dedicó, durante el año 407 a.C., a luchar contra los tracios, obteniendo cuantiosas riquezas, consiguiendo la protección definitiva de las colonias griegas de la región y logrando un gran predicamento entre las tribus tracias. A pesar de todo, Alcibíades no sólo tuvo que sufrir el desprecio de sus compatriotas sino también ver cómo su prestigio era arrastrado por el lodo por su hijo; el joven Alcibíades demostraba el mismo talante en la adolescencia que su padre, y eran múltiples los escándalos que suscitaba su actitud, entregándose, siendo todavía niño, a los placeres con hombres de baja condición, y traicionando, en numerosas ocasiones, la confianza de su padre, a pesar de los esfuerzos de éste por evitar su perdición. Los enemigos de Alcibíades veían en su hijo la consecuencia del vicio y el talente corrupto inoculados por su padre y aumentaban la desconfianza del pueblo hacia él. Alcibíades rompió definitivamente con su hijo y hasta tal extremo alcanzó su odio que llegó a decir que «ni aun muerto, estaba dispuesto a recoger sus huesos».

Capítulo XVI

MUERTE EN FRIGIA

Desde la destitución de Alcibíades, la ira y la desesperación se apoderaron nuevamente de Atenas. En una situación tan crítica, los ciudadanos y los magistrados reaccionaban creyendo ver traidores en todas partes y juzgando a aquellos generales que consideraban no poner demasiado empeño en su labor en defensa de la ciudad. La escuadra ateniense sufría derrotas una y otra vez ante los espartanos de Lisandro. Fracasos que, aunque aún no eran de gran envergadura, contribuían a minar la moral ateniense y a excitar los ánimos de aquellas ciudades que querían abandonar el bando de Atenas. En cada derrota los ciudadanos actuaban sin contemplaciones, en vez de apoyar a sus mandos y permitir que llevaran los asuntos de la guerra conforme a su profesionalidad, ordenaban su regreso y los sometían a juicio. Así sucedió con los diez estrategos nombrados para sustituir a Alcibíades; tras un enfrentamiento con los espartanos, en el que la escuadra ateniense salió triunfante, aunque perdiendo algunas naves, se desató una tempestad que imposibilitó el rescate de los náufragos. Llegada la noticia a la ciudad, la asamblea montó en cólera contra sus mandos y exigió que se les juzgaran y rindieran cuentas. Presentados ante el tribunal y sin permitirles el tiempo establecido para desarrollar su defensa, en medio de un clima de condena generalizada, antes de escuchar sus alegaciones, fueron condenados a muerte y ejecutados seis de ellos, entre los que se encontraba Pericles, hijo del gran estadista, y cuatro más encarcelados. Atenas labraba así, creando la desconfianza entre sus propios mandos y soldados, su propia destrucción.

En el verano del 405 a.C., Atenas designó nuevos estrategos para comandar la escuadra, que en esos momentos se hallaba en Samos y constaba de ciento ochenta naves. Desde la isla, los atenienses se dedicaron a devastar las costas de Asia Menor, amenazando a los aliados de Esparta y Persia. El estratego espartano Lisandro se dirigió, mientras tanto, hacia el Helesponto, dispuesto a someter a las ciudades que habían aceptado guarniciones atenienses y evitar el paso de barcos cargados de trigo del Mar Negro en dirección a Atenas. Alarmados por la presencia espartana, los aliados de Atenas en la zona llamaron urgentemente a la escuadra, que persiguió a Lisandro y sus naves hasta un lugar conocido como Egospótamos, los "ríos de la cabra", situado en las costas de Tracia. La flota espartana se hallaba fondeada en una ciudad próxima, donde se procuraba todos los avituallamientos necesarios, y durante cuatro días se resistió a entablar combate con los atenienses en mar abierto, limitándose a enviar naves que espiaran los movimientos del enemigo. Esta táctica, preludio de un gran combate, era observada con temor por Alcibíades, cuyas posesiones estaban cerca del lugar. Éste se percató enseguida de la posición estratégicamente desfavorable en que se había situado al escuadra ateniense. Se hallaba fondeada en una playa, a bastantes millas de la ciudad aliada más próxima, y por tanto la necesidad de aprovisionarse les obligaba a dispersar las fuerzas por tierra y mar. Contrariamente, los espartanos se hallaban tranquilamente protegidos en las cercanías de una ciudad portuaria.

Llegándose hasta la flota ateniense, expuso estas razones a los estrategos, aconsejándoles que se retiraran a la ciudad aliada más cercana desde la que se podría combatir en mejor posición. Además, decía, si le dejaban compartir el mando, él proporcionaría el apoyo de los reyes tracios con todos sus efectivos. Sin embargo, los estrategos no le hicieron caso, se burlaron de él y le obligaron a marchar, diciendo que eran ellos y no él quienes tenían el mando ahora por decisión de la asamblea de los atenienses. Sabedores de la gran influencia que aún ejercía Alcibíades entre los soldados, temían que si compartían el mando y tenían éxito en la batalla, él se llevaría todo el prestigio. Alcibíades, viendo que no atendían a sus razonamientos, se retiró nuevamente a sus posesiones. Sus temores se verían pronto confirmados, para desgracia de Atenas.

Al quinto día de aproximaciones tácticas, Lisandro ordenó a las naves

que vigilaban los movimientos atenienses que, en cuanto les vieran que desembarcaban y se dispersaban por el territorio en busca de provisiones y por tanto confiados en que no iban a ser atacados, levantaran un escudo como señal para el ataque. Así lo hicieron, ordenando Lisandro que la flota partiera con rapidez contra el enemigo, al tiempo que un contingente de hoplitas lo hacía por tierra. El factor sorpresa del ataque fue un éxito, los atenienses se hallaban en tierra dispersos en el territorio, estando la mayoría de las naves vacías. Cuando los estrategos atenienses quisieron reaccionar ya era demasiado tarde, siendo apresadas las tripulaciones y el ejército en tierra y logrando escapar tan sólo siete naves, las únicas que se hallaban casualmente equipadas, de las ciento ochenta que componían la escuadra. El desastre era esta vez de magnitudes incalculables; los prisioneros atenienses fueron ejecutados junto con la mayoría de sus estrategos, al tiempo que Lisandro costeaba el Helesponto ocupando las ciudades aliadas de Atenas y expulsando a las guarniciones atenienses que allí se encontraban. Alcibíades, impotente, asistía como espectador de lujo a la catástrofe.

A sus oídos llegaron, en los siguientes meses, las peores noticias desde Atenas. Cuando a la ciudad llegó la confirmación de la tragedia de Egospótamos un gemido unánime recorrió Atenas, desde el puerto a la ciudad, y nadie pudo conciliar el sueño aquella noche, no sólo por el recuerdo a los muertos sino pensando que la ciudad estaba perdida y que ahora sufrirían de los espartanos la suerte que tantas veces Atenas reservó para sus enemigos. Se encontraban sin naves para defenderse y evitar el bloqueo por mar, la casi totalidad de Grecia, a excepción de la siempre fiel isla de Samos, se había pasado al bando espartano, y el ejército enemigo se hallaba a escasos kilómetros de la ciudad.

A principios del año 404 a.C., Lisandro, comandando ciento cincuenta naves de Esparta y sus aliados, entró en el puerto de El Pireo, bloqueando la entrada de barcos con provisiones, al tiempo, en una acción combinada, el ejército de Decelia, al mando de Agis, avanzó hasta situarse en las afueras de la ciudad. Sometidos al temido asedio, el hambre empezó a hacer estragos entre la población, forzando inevitablemente a la asamblea a enviar embajadores para negociar la paz con Esparta. Los primeros enviados atenienses que llegaron a Esparta se encontraron con que los espartanos no atendían sus condiciones y prácticamente les exigían el someti-

miento sin concesiones. Aterrados, ante la inminente situación de esclavitud que se les avecinaba, decidieron los atenienses intentar suavizar la postura espartana. Sin embargo, después de cuatro meses de sufrimiento, hambre y misiones infructuosas, se vieron obligados a afrontar su destino y entregarse en manos de Esparta; los embajadores fueron recibidos por los magistrados espartanos y presentados ante la asamblea de aliados, donde, al verles, los más encarnizados enemigos de Atenas, los corintios y tebanos, pidieron a Esparta que arrasara la ciudad y sometiera a sus ciudadanos a la esclavitud. No obstante, Esparta no estaba dispuesta a destruir una ciudad que, en otros tiempos, había prestado grandes servicios a Grecia y la había defendido del peligro persa. Las condiciones que impusieron a Atenas consistieron en que fueran derribados los Muros Largos, que unían la ciudad con el puerto de El Pireo; que se destruyeran las fortificaciones del puerto, se entregaran todas las naves a excepción de doce, se permitiera el regreso de los desterrados, fundamentalmente partidarios de la oligarquía y que Atenas entrara en la alianza espartana. Cuando los términos de la paz fueron expuestos ante la asamblea ateniense por sus embajadores venidos de Esparta, algunos se negaron a aceptarla comprendiendo que aquello suponía la ruina de la ciudad; pero la situación era tan terrible en ese momento que se aprobaron las condiciones. En abril del 404 a.C., las tropas espartanas desembarcaron en el puerto de El Pireo derribando los Muros Largos, mientras las tropas de Decelia hacían acto de presencia en la ciudad. Por influencia de los nuevos amos de la situación, se abolieron nuevamente las instituciones democráticas y se impuso un gobierno oligárquico, cuyo supremo poder estaba en manos de un Consejo de treinta ciudadanos designados entre los notables de Atenas. En otoño de aquel año, el rey Agis abandonó Decelia y licenció sus tropas, mientras Lisandro, al mando de la escuadra espartana, sitiaba la isla de Samos y obligaba a los samios a pactar su alianza con Esparta y aceptar un gobierno oligárquico próximo a sus intereses.

Alcibíades, en tanto que asistía a la derrota definitiva de Atenas, temía por su propia persona, ahora que los espartanos dominaban por tierra y por mar. Huyendo del peligro, marchó de sus posesiones de Tracia con gran parte de sus riquezas y resolvió que lo más conveniente para sus intereses en ese momento era ofrecer sus servicios al rey de Persia, pues podría facilitarle buenos consejos acerca de la situación de Grecia y de



El monumento del caballo. *Un joven escudero etíope intenta calmar un gran caballo, mostrándole pienso.*
(Museo Nacional de Atenas).

los griegos en ese momento, confiando en trabajarse su apoyo en defensa de los intereses de Atenas, ahora que los espartanos habían triunfado y podían hacer sombra al poder persa en Grecia. Con esta idea se trasladó a la región de Frigia, donde se puso en contacto con su gobernador, el sátrapa Farnabazo, a fin de que le facilitara todo lo necesario para acudir a la capital persa, Susa, y presentarse ante el rey. El sátrapa recibió con grandes honores a Alcibíades, quien, para halagarle, se vestía con elegantes ropas al estilo persa y se dirigía al sátrapa en su lengua; éste le concedió el mando sobre un distrito de Frigia, cuyas rentas le proporcionaron una considerable fortuna.

Mientras Alcibíades preparaba su partida y se alojaba en Frigia bajo la protección de Farnabazo, los atenienses sufrían la opresión de manos del régimen de los Treinta. Estos notables se negaron, desde un principio, a redactar y promulgar leyes, gobernando según su parecer y escogiendo de entre sus partidarios a los cargos públicos. Las represalia del nuevo régimen oligárquico cayó sobre todos aquellos que se habían destacado durante la democracia por su oposición hacia los aristócratas. Al ver que los ciudadanos se mostraban inquietos, fueron mas allá, solicitando de Esparta que enviara una guarnición que les ayudara a controlar la situación en Atenas. Los espartanos enviaron ayuda, de la cual se valieron los Treinta para llevar a cabo una represión a gran escala, en la que se incluían desde los ciudadanos más humildes hasta aquellos de los que se tenía la mínima sospecha de no simpatizar con los oligarcas. Ante esta situación opresiva, los atenienses volvieron a sus quejas y lamentaciones acordándose de los errores cometidos y como el mayor había sido retirar del mando a Alcibíades, cuando la culpa fue de un subalterno suyo, privando de esta forma a la ciudad del más experimentado e intrépido de sus estrategos. Entre el disgusto general de los ciudadanos se imponía aún la esperanza de que Atenas no estaría del todo perdida mientras Alcibíades viviera. Confiaban en que, si en el pasado, a pesar del destierro, había seguido actuando en defensa de los intereses de Atenas, ahora tampoco sería ajeno al sufrimiento de la ciudad en manos de los espartanos y la oligarquía. Este anhelo popular parecía recogerse en la obra teatral *Las Ranas* del dramaturgo Aristófanes, estrenada aquel año del 405 a.C., donde la figura de Alcibíades jugaba un papel importante en las discusiones de los personajes.

Pero, al igual que los atenienses especulaban con esta posibilidad, tam-

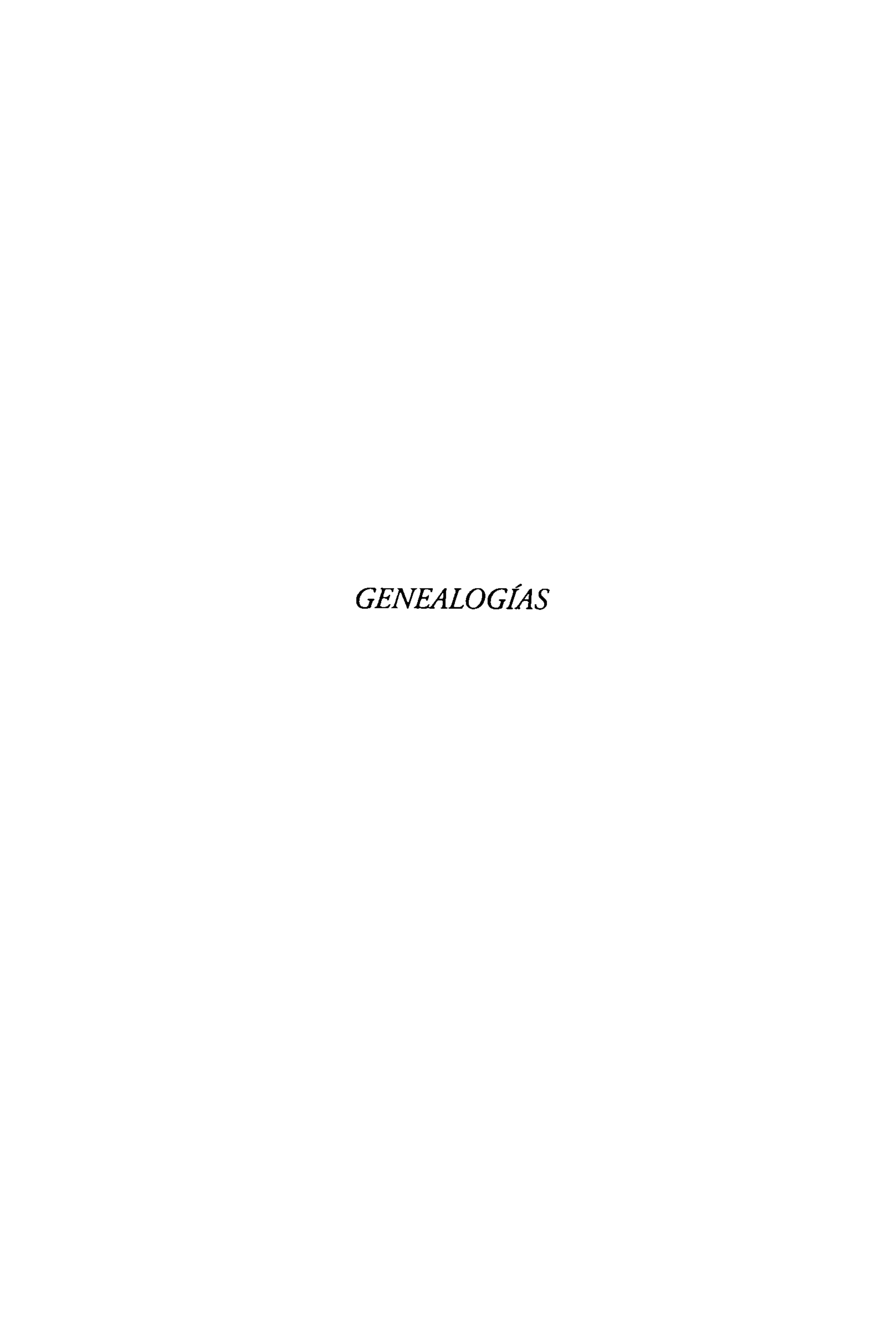
bién lo hacían los Treinta; éstos pensaban que mientras Alcibíades existiera sería siempre una amenaza permanente para el régimen y un motivo de esperanza entre los ciudadanos. A tal fin, explicaron estas razones a Lisandro, haciéndole ver que Alcibíades suponía también un peligro para Esparta, porque representaba los intereses de la democracia, régimen que había provocado, al fin y al cabo, la guerra, y que podía nuevamente cuestionar el poder espartano en toda Grecia. Lisandro consultó con los magistrados espartanos y finalmente le llegó la orden de mandar asesinar a Alcibíades, tanto por las razones expuestas por los Treinta como para contentar al rey Agis, quien no olvidaba la humillación sufrida cuando Alcibíades sedujo a su mujer.

Pero los oligarcas atenienses y los espartanos no eran los únicos que deseaban la muerte de Alcibíades. Éste se había convertido también en un personaje incómodo para el sátrapa Farnabazo. La situación en el Imperio Persa había sufrido un cambio con la muerte del rey en el año 404 a.C., y la entronización de su primogénito Artajerjes II. La enemistad que enfrentaba desde niños al nuevo rey con su hermano Ciro, gobernador en Asia Menor, se convirtió pronto en una confabulación organizada por éste para tomar el poder. Ciro contaba con las fuerzas de los pueblos de la provincia, así como con la ayuda de numerosos hoplitas griegos, facilitados por Esparta y sus aliados en pago de los servicios prestados por el joven gobernador de Asia Menor. Alcibíades conoció la trama y vio claramente la ocasión de favorecer a Atenas, acudiendo ante el rey, denunciando la confabulación y logrando así que el Imperio denunciara a Esparta por la traición cometida y se enfrentara a los espartanos, momento en que Alcibíades podría tomar el poder en Atenas y ofrecer nuevamente el apoyo y la fidelidad de los atenienses al rey frente a Esparta y sus aliados. Para este fin instó a Farnabazo a que le proporcionara urgentemente lo necesario para el viaje, pero el sátrapa desconfiaba, pues conocía también la conjura y quería comunicarla personalmente al rey ganándose su favor. Por tanto, trataba a toda costa de evitar que Alcibíades se le adelantara. Éste intentó marchar entonces por su propia cuenta. Por otro lado, cuando Lisandro llegó ante Farnabazo transmitiéndole la petición espartana para que mandara asesinar a Alcibíades, le amenazó con romper la alianza entre Esparta y Persia si no lo hacía. El sátrapa, temeroso del poder que exhibía Esparta, en cuanto potencia hegemónica del mundo griego, no lo dudó un segundo.

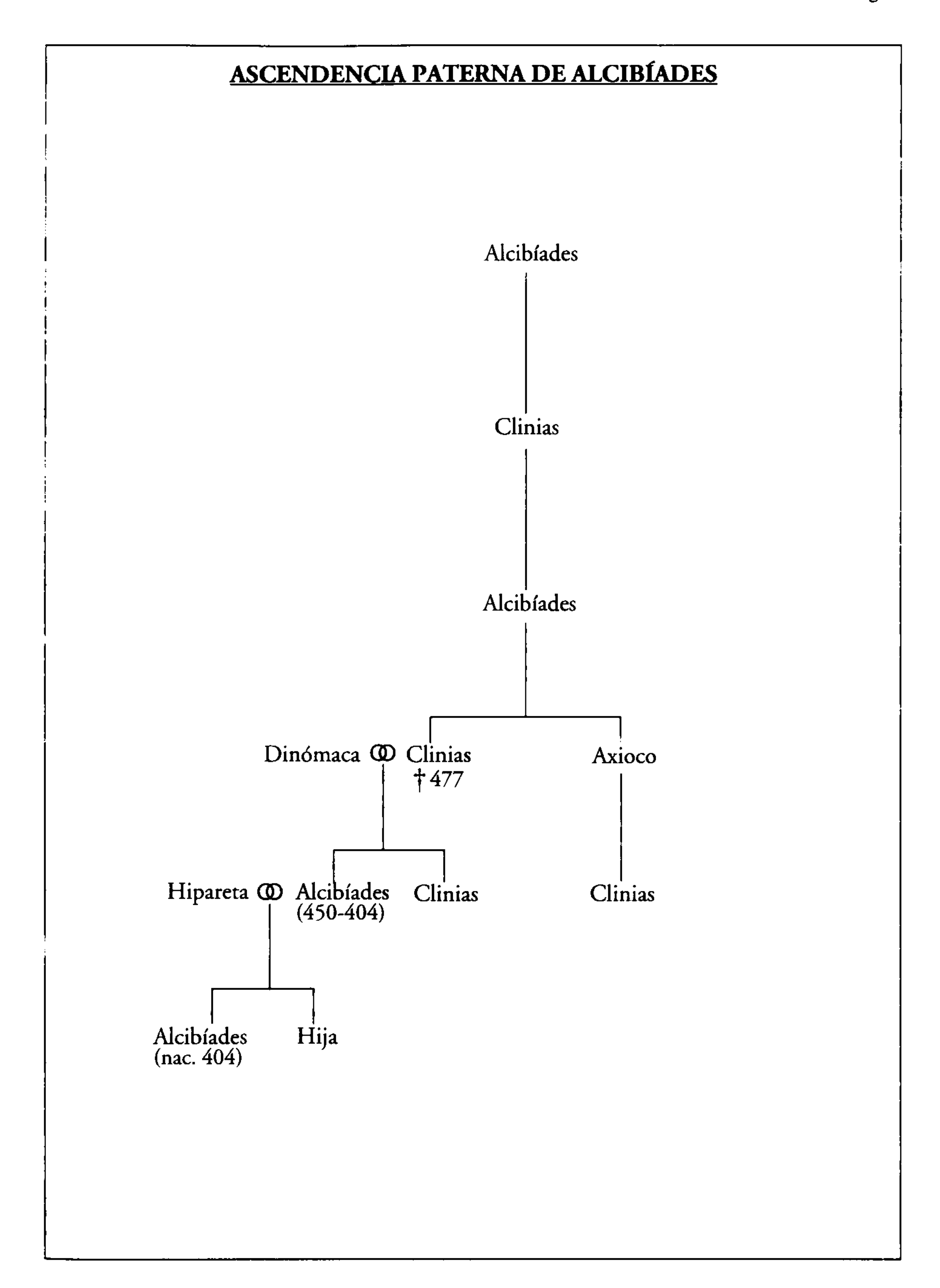
Alcibíades se encontraba en aquel momento alojado en una aldea de Frigia, llamada Melissa, acompañado de una de sus amantes, Timandra. Durante algunas noches había tenido una serie de visiones entre sueños: primero se vio ricamente vestido con las ropas de su compañera y como apoyando la cabeza en el regazo de ésta, mientras Timandra le pintaba y maquillaba el rostro como en un ceremonial mortuorio; también soñó que gentes armadas iban hacia él cortándole la cabeza y quemando su cuerpo. Estas visiones inquietaban a Alcibíades, interpretándolas como signos de acontecimientos agoreros para su persona.

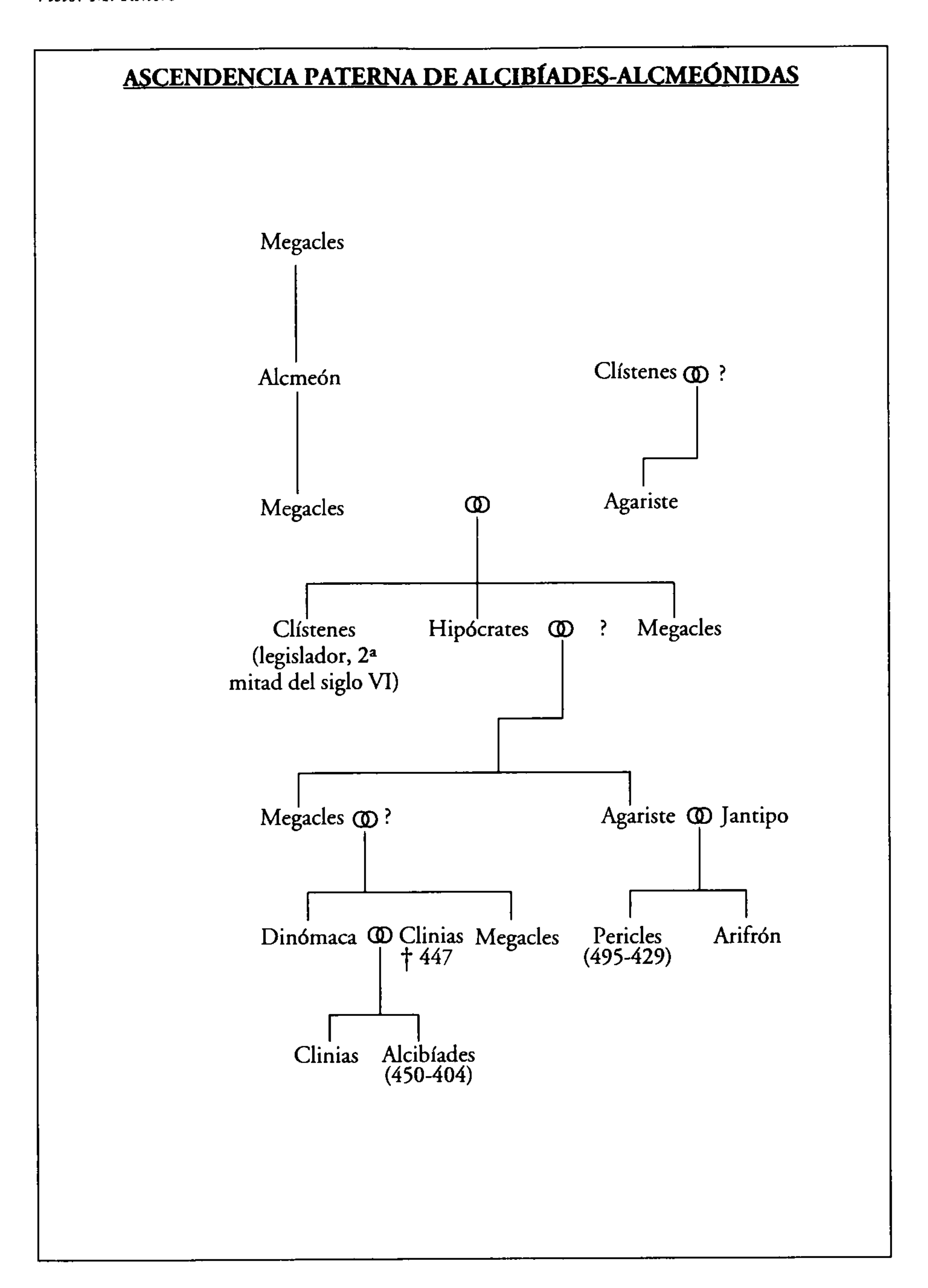
Farnabazo envió a un grupo de sicarios, que llegaron hasta la residencia de Alcibíades y la cercaron para impedir su huida; por temor a él no se atrevieron a entrar en la casa y decidieron prenderla fuego apartándose de ella. Alcibíades, al sentir el fuego, echó ropas y vestidos sobre las llamas, cubriéndose la mano izquierda con un manto y desenvainando su espada saltó sobre las ellas y se presentó ante los asesinos. Éstos, al verle, huyeron, pues ninguno se atrevía a combatir contra él cuerpo a cuerpo, y desde lejos le arrojaron todo tipo de flechas y dardos hasta que fue alcanzado fatalmente, cayendo muerto. Los asesinos se acercaron hasta el cadaver y lo decapitaron, llevando la cabeza ante la presencia de Farnabazo. Timandra recogió el cuerpo de su amado y envolviéndolo en sus ropas realizó las honras fúnebres con gran dolor, incinerando su cuerpo en el mismo fuego provocado por los asesinos. Corría el otoño del año 404 a.C., tenía cuarenta y cinco años.

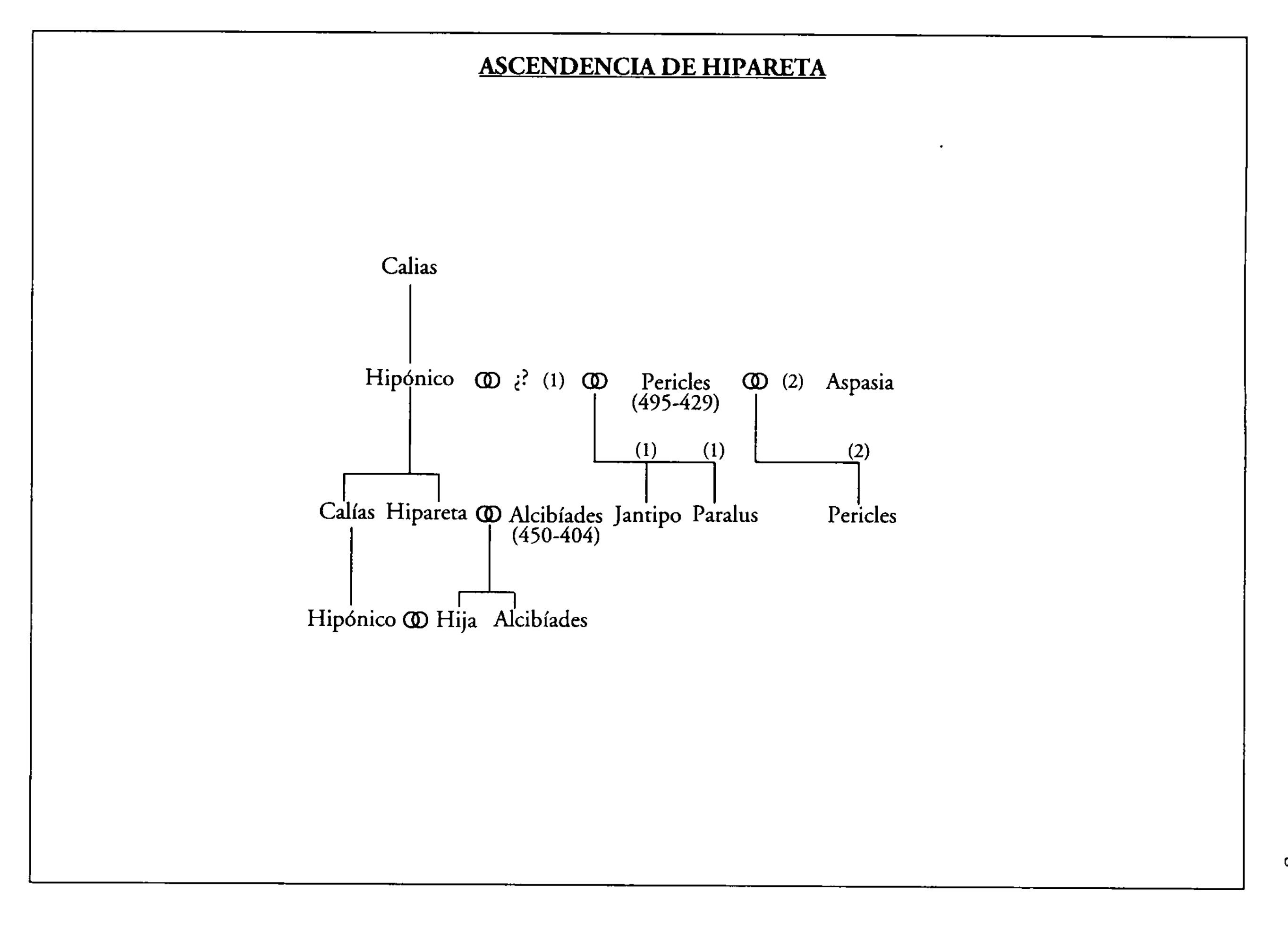
Sobre su tumba se levantó, tiempo después, un monumento. En época romana, el emperador Adriano, gran amante de la cultura griega y subyugado por la personalidad de aquel hombre, ordenó que se colocara sobre el monumento una imagen de Alcibíades, hecha en mármol, y se sacrificara en su honor un buey cada año.



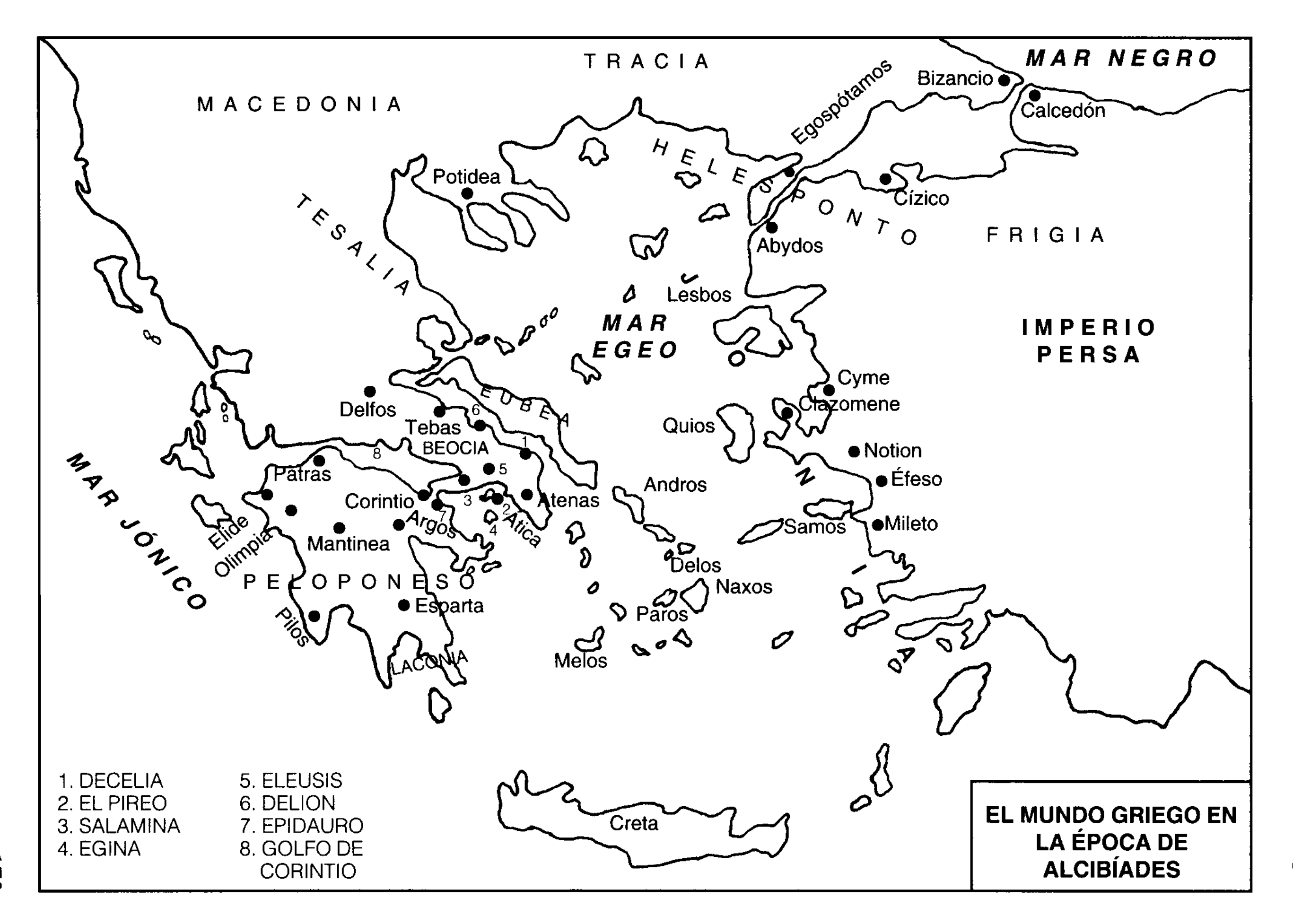
GENEALOGÍAS

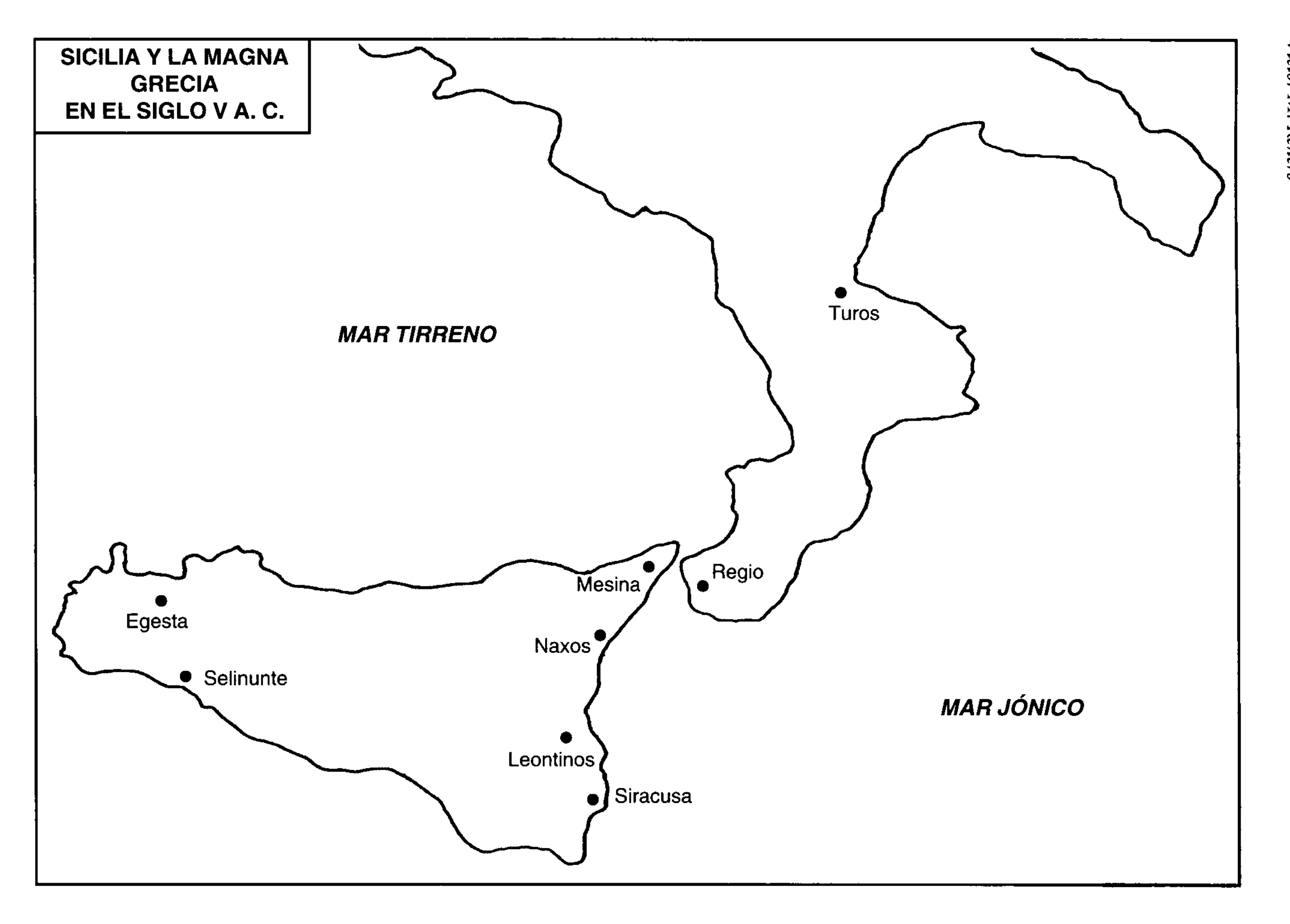

ASCENDENCIA PATERNA DE ALCIBÍADES
Alcibíades
Clinias
Alcibíades
Dinómaca ∞ Clinias
† 477
Axioco
Hipareta ∞ Alcibíades
(450-404)
Clinias
Clinias
Alcibíades
(nac. 404)
Hija

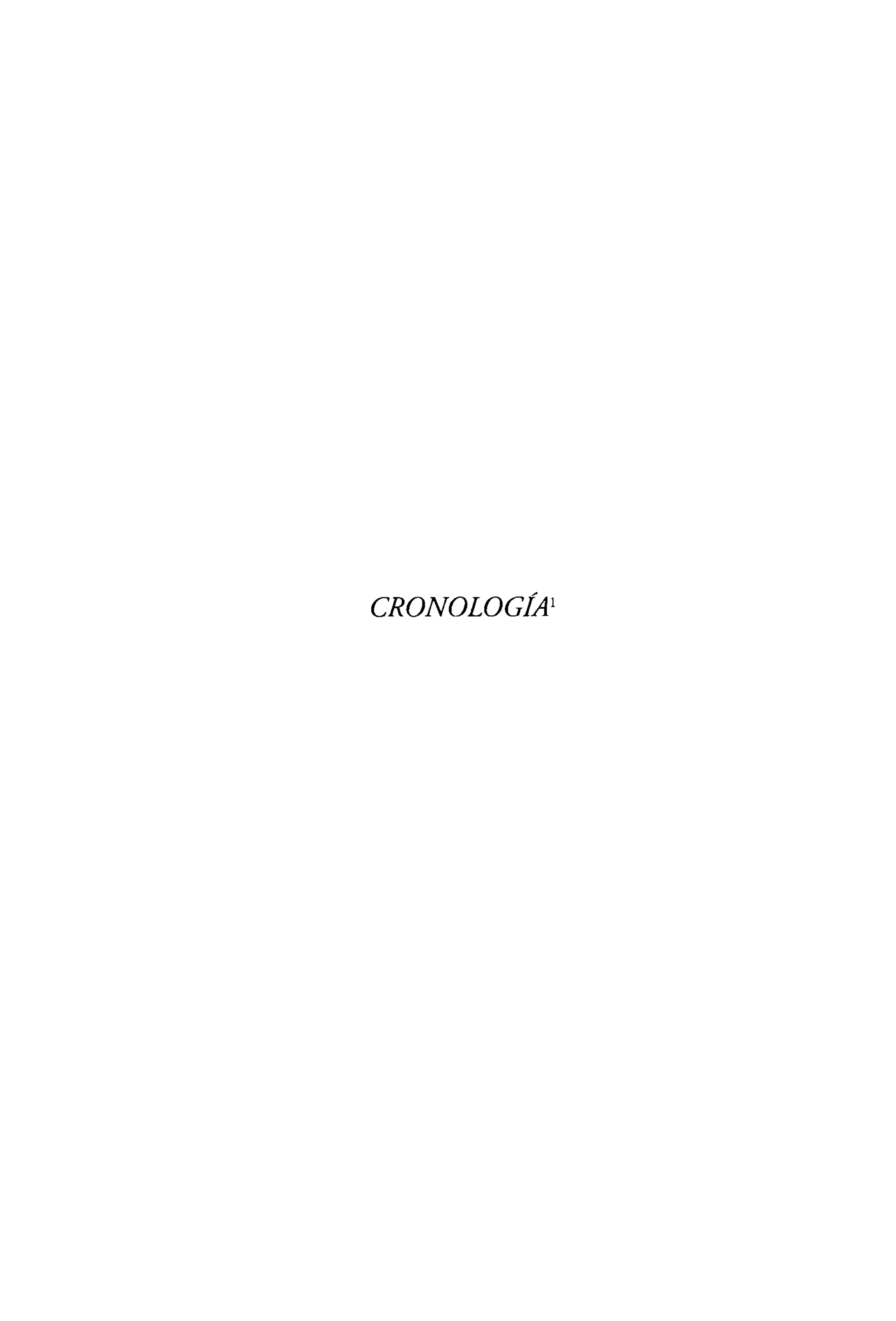

ASCENDENCIA PATERNA DE ALCIBÍADES-ALCMEÓNIDAS
Megacles
Alcmeón
Clístenes ⚭ ?
Megacles ⚭ Agariste
Clístenes
(legislador, 2ª
mitad del siglo VI)
Hipócrates ⚭ ?
Megacles
Megacles ⚭ ?
Agariste ⚭ Jantipo
Dinómaca ⚭ Clinias
† 447
Megacles
Pericles
(495-429)
Arifrón
Clinias
Alcibíades
(450-404)


ASCENDENCIA DE HIPARETA
Calias
Hipónico
¿?
(1)
Pericles
(495-429)
(2)
Aspasia
(1)
(1)
(2)
Calías
Hipareta
Alcibíades
(450-404)
Jantipo
Paralus
Pericles
Hipónico
Hija
Alcibíades

MAPAS


TRACIA
MAR NEGRO
MACEDONIA
Bizancio
Calcedón
Egospótamos
HELESPONTO
Potidea
Cízico
TESALIA
Abydos
FRIGIA
Lesbos
MAR
EGEO
IMPERIO
PERSA
Cyme
Clazomene
Delfos
EUBEA
Tebas
Quios
BEOCIA
Notion
Patras
Andros
Éfeso
Corintio
Atenas
Argos
Ática
Samos
Mileto
Élide
Olimpia
Mantinea
JONIA
MAR JÓNICO
Delos
Naxos
PELOPONESO
Esparta
Paros
Pilos
LACONIA
Melos
1. DECELIA
2. EL PIREO
3. SALAMINA
4. EGINA
5. ELEUSIS
6. DELION
7. EPIDAURO
8. GOLFO DE CORINTIO
Creta
EL MUNDO GRIEGO EN LA ÉPOCA DE ALCIBÍADES


SICILIA Y LA MAGNA
GRECIA
EN EL SIGLO V A. C.
MAR TIRRENO
Turos
Regio
Mesina
Egesta
Naxos
Selinunte
MAR JÓNICO
Leontinos
Siracusa



CRONOLOGÍA[1]

450.– Nace, en Atenas, Alcibíades hijo de Clinias.
447.– Alcibíades queda huérfano al morir su padre en la batalla de Queronea.
431.– Se inicia la Guerra del Peloponeso entre Esparta y Atenas.
430.– Batalla de Potidea. Alcibíades recibe los honores militares.
429.– Muere Pericles, víctima de la peste.
425.– Alcibíades miembro de la comisión de los tributos.
424.– Batalla de Delion. Alcibíades salva de la muerte a Sócrates.
421.– Se firma la Paz de Nicias por cincuenta años entre Atenas y Esparta.
420.– Alcibíades es nombrado estratego.
Esparta devuelve destruida la fortaleza ateniense de Panacto.
Los embajadores espartanos llegan a Atenas para resolver los conflictos entre ambas ciudades.
Alianza con Argos, Elis y Mantinea.
419.– Denuncia de la paz por parte de Atenas. Ruptura de las hostilidades.
Alcibíades en el Peloponeso. Fortificación de Patras y apoyo de Argos.
418.– El rey espartano Agis ataca al ejército argivo. Derrota de la coalición de Argos y Atenas en la batalla de Mantinea.
417.– Alcibíades elude el ostracismo y es elegido estratego junto con Nicias.
416.– Alcibíades participa en la 90ª Olimpiada, consiguiendo un gran triunfo en las carreras de carros.
Expedicion de castigo ateniense contra la isla de Melos.
415.– Los embajadores de las ciudades sicilianas de Leontinos y Egesta solicitan la ayuda ateniense contra Siracusa.
Preparativos de la expedición ateniense a Sicilia.
Los Hermes aparecen decapitados en toda la ciudad.
Acusación contra Alcibíades por profanación de los Misterios de Eleusis.
Llegada de la expedición a Sicilia.
Huída de Alcibíades.
414.– Primeras escaramuzas en Sicilia. Petición de ayuda de Siracusa y Corinto hacia Esparta.
Alcibíades en Esparta.

Esparta envía una flota al mando de Gilipo en apoyo de Siracusa.
413.– Nicias solicita refuerzos a Atenas
Las tropas espartanas al mando del rey Agis invaden el Ática y fortifican Decelia.
412.– Demóstenes llega a Sicilia al mando de tropas en ayuda de Nicias.
Derrota de las fuerzas atenienses.
Intentos de romper el cerco. Derrota naval ateniense en Siracusa.
El cuerpo expedicionario ateniense es derrotado y capturado. Ejecución de Nicias y Demóstenes.
Revuelta de Quíos y Jonia, aliados de Atenas.
411.– Alcibíades se refugia en la corte de Tisafernes. Contactos con la escuadra ateniense de Samos.
Golpe oligárquico en Atenas. Gobierno de los Cuatrocientos.
Movimiento contrarrevolucionario en Samos.
Victoria ateniense en Abydos. Alcibíades es nombrado estratego de la flota de Samos.
Derrocamiento del régimen de los Cuatrocientos.
410.– Alcibíades derrota a la flota espartana en Cízico. Ocupación del Helesponto.
408.– Victorias en Calcedón y Bizancio.
407.– Alcibíades regresa a Atenas y es nombrado estratego supremo.
406.– Expedición contra Andros y derrota ateniense en Notion. Alcibíades es destituido del mando. Se retira a sus posesiones en Tracia.
405.– La escuadra ateniense es destruida en la batalla de Egospótamos.
404.– Atenas firma la paz con Esparta. Entrada de las fuerzas espartanas e instauración de la oligarquía de los Treinta.
Alcibíades es asesinado en Melissa (Frigia).

---

1 Todos los años son antes de Cristo.

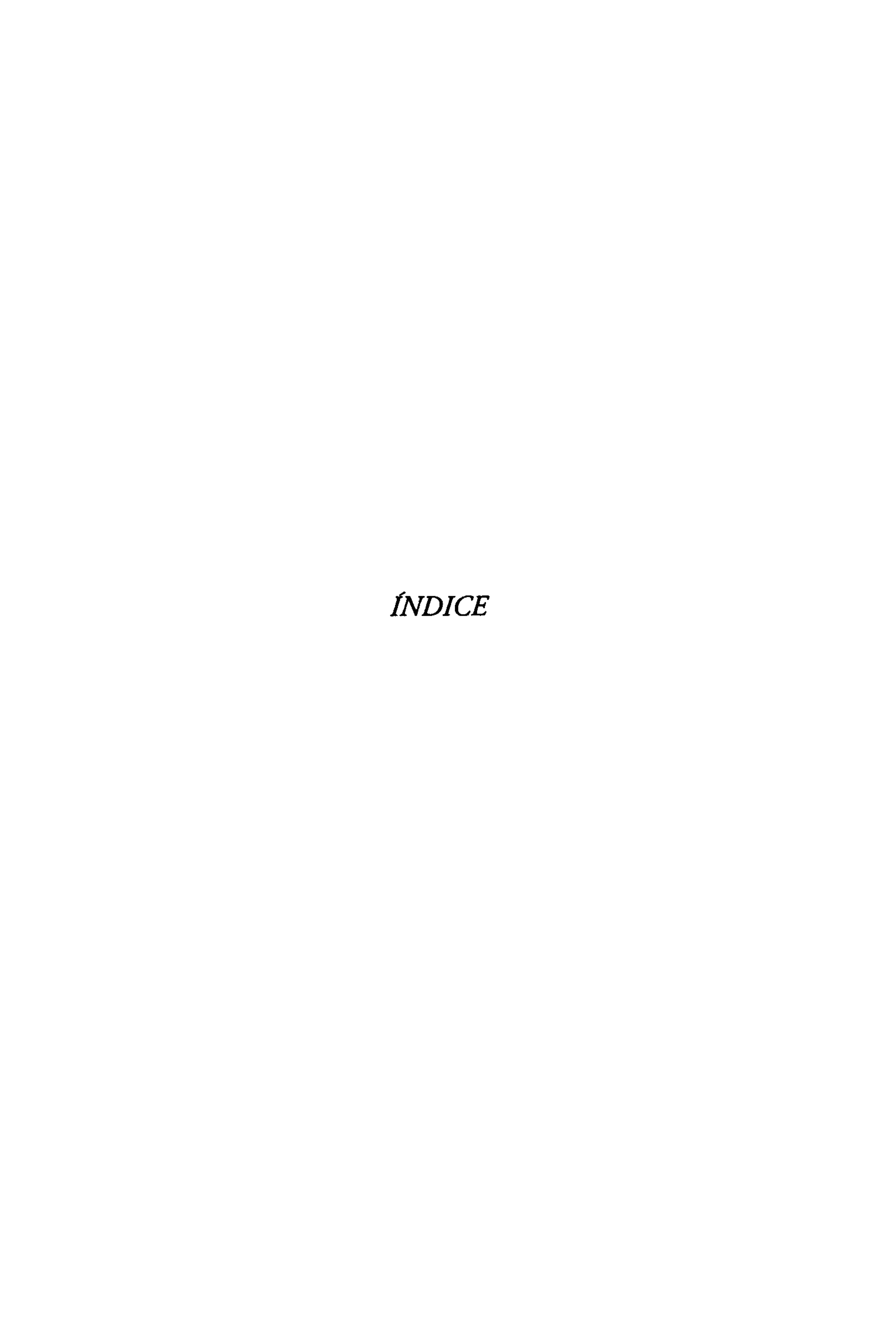


ÍNDICE DE ILUSTRACIONES



BIBLIOGRAFÍA

— ARISTÓFANES: *Comedias.*
— ANDÓCIDES: *Discours.*
— ANDÓCIDES: *Sobre los Misterios.*
— ATENEO DE NAUCRATIS: *Deipnosofists.*
— BENGTSON, Hermann: *Griegos y Persas. El Mundo Mediterráneo en la Edad Antigua.*
— BLOEDOW, Edward: *Alcibiades reexamined.*
— CANTARELLA, Eva: *Según natura. La homosexualidad en el Mundo Antiguo.*
— CORNELIO NEPOTE: *Vidas.*
— DETIENNE, M.: *Los Jardines de Adonis.*
— DIODORO SÍCULO: *Biblioteca Histórica.*
— ELLIS, Walter: *Alcibiades.*
— EPÍCTETO: *Disertaciones.*
— FARDE, Steven: *The ambition to rule: Alcibiades and the politics of imperialism in Thucydides.*
— FLACELIERE, Robert: *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles.*
— GIL, Luís y otros: *Las Olimpiadas.*
— GRIMAL, Pierre: *Diccionario de la Mitología Griega y Romana.*
— HATZFELD, Jean: *Alcibiade.*
— ISÓCRATES: *Discursos.*
— JENOFONTE: *Helénicas.*
— LISIAS: *Discursos.*
— MONTAIGNE: *Ensayos.*
— PAUSANIAS: *Descripción de Grecia.*
— PLATÓN: *Diálogos.*
— PLUTARCO: *Vidas Paralelas.*
— RODRÍGUEZ, Mª Eugenia y otros, *Alcibíades, antología de textos con notas y comentarios.*
— ROMILLY, Jacqueline de: *Alcibíades o los peligros de la ambición.*
— SÁEZ, Pedro y otros, *Esparta.*
— TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso.*



ÍNDICE

Pág.